# AYER LA LLUVIA

Emilio Pérez Miguel





Emilio Pérez Miguel
Nació en Montevideo
el 2 de diciembre de 1979.

Es Traductor Público de idioma inglés.

Ha concurrido a los Talleres Literarios de Carmen Galusso, Andrés Echevarría y Déborah Eguren.

Ha publicado los poemarios "Once" (2009) y "Ten" (2010), ambos con Rumbo Editorial.

Desde junio de 2009 gestiona MusicKO, un blog dedicado a la crítica de artistas anglosajones y uruguayos. Se hace especial hincapié en la actividad de jóvenes músicos de todo el país que buscan difundir su trabajo.
En la actualidad, se desempeña como editor de cultura de ElDiario.com.uy.
Colabora con el portal Cooltivarte.com, y con la revista LAMayor de la ciudad de Maldonado.

EmilioPerezMiguel.com
MusicKO.com

# AYER LA LLUVIA

# AYER LA LLUVIA

*(edición digital)*

Emilio Pérez Miguel

Básicamente, dicha licencia implica que:

Pueden descargar el libro gratis, y compartirlo con todos sus amigos. Lo que no pueden hacer es modificarlo de manera alguna, ni obtener una ganancia por su difusión. Esta copia digital la descargan gratis, y la tienen que distribuir de igual forma. Y sin efectuarle ninguna alteración al documento.

Gracias a todos por su tiempo, y por su interés.

Emilio

Foto de tapa: Marga Monteverdi

Foto del autor: Agustín Fagetti Methol

ISBN: 978-9974-651-43-2
Rumbo Editorial – 094 392 773
Tel 23360565
rumboeditorial@gmail.com
Montevideo – Uruguay

Para comunicarse con el autor:
emilioperezmiguel@gmail.com

Página en Facebook de “Ayer La Lluvia”:
http://facebook.com/ayerlalluvia

*Para Emiliano Rodríguez*

"A known diamond"

"Cuando tenía cinco años, mi madre siempre me decía que la felicidad era la clave para la vida. Cuando fui a la escuela, me preguntaron qué quería ser cuando fuera grande. Respondí: 'feliz'. Me dijeron que no entendía la pregunta. Yo les dije que no entendían la vida".

John Lennon

## UN LIBRO SOBRE DIVERSAS FORMAS DE AMOR.

Así es como Emilio Pérez Miguel presenta "Ayer La Lluvia", el tercer libro que publica, y su primera obra en prosa.

Todas las facetas que puede asumir el amor discurren y se deslían a lo largo de once micro-cuentos y una novela corta en la cual hay alegría efímera, tristeza que se esconde tarde y una vida que no se resigna a esperar.

El primer texto es "Hemisferios". El mismo lidia con el amor que conduce a la muerte. El último es "Cuando Estabas Ahí", una novela corta que se enfoca en la muerte que conduce al amor. Y entre esos dos extremos, nosotros, los lectores somos testigos de variadas e imaginables manifestaciones de afecto.

Hay fuego que es lluvia por no poder consumirse y lluvia que surge de miradas en suspenso ("Uniformes"). Y hay silencios que no siempre son piadosos, silencios que caen como sangre en las paredes ("Tu Silencio También Habla De Vos") y silencios que conducen a catedrales de amargura ("Había Una Fiesta En El Balcón De Al Lado").

Los fantasmas "de quienes nunca murieron" pululan en historias como "Sobrecompensaciones" y "Si lo Dijiste Borracha, lo Pensaste Sobria". Y la existencia de quienes han desaparecido logra perfilarse como más cargada de cercanías que la de aquellos que siguen de pie ante nosotros ("Asesinos").

A veces, amar a las cosas es más fácil que amar a las personas.

"Este no es mi Piano" y "Palabras de Mares" contemplan dicha actitud. Ambos textos analizan el amor por la música y el amor por la literatura. Así, el concepto que subyace en ambos casos es el de sustitución: cómo a veces nos aferramos al arte para llenar vacíos que de otros modos nos impelerían a una desintegración plena.

"Locos" es quizá el intervalo más radical del libro. Retoma una de las líneas centrales de "Ten" (libro en inglés publicado por el autor en 2010): los efectos del odio ya no en quienes lo reciben, sino en quienes lo dan, y la sombra que este derrama sobre valores humanos básicos

como la dignidad y el respeto.

Por el contrario, “Andrea” es un texto colmado de gracia y vulnerabilidad.

Trata sobre el amor ideal y fue escrito en circunstancias muy especiales, justo antes de que “Ayer La Lluvia” entrara a imprenta.(El borrador que Emilio nos dio a todos los que participamos en la presentación de este libro tenía una hoja en blanco; era la hoja que esperaba al micro-cuento “Andrea” hoy instalado en ese espacio de la obra).

Espero que un día Emilio cuente la historia, quizás en alguna presentación o entrevista.

Solo a él le corresponde hablar al respecto.

Yo ya la sé. Todo lo que puedo decir es que es tan emocionante como lo sugiere el texto en sí mismo.

Esto es lo que propone la primera parte del libro: son once micro- cuentos que Emilio escribió inspirado en diversas personas que formaron parte de su vida en años decisivos.

Ahora bien, la novela corta plantea un cambio de dinámica. “Cuando Estabas Ahí” cuenta la historia de cuatro personas buenas que eran incapaces de hacer el bien hasta que se conocieron y se complementaron.

Es un texto esencialmente autobiográfico que abarca el último año de la carrera de Traductorado Público (el mismo período cubierto por “Ten”) siendo las vivencias de los protagonistas un fiel trasunto de las del autor en aquel tiempo.

Los personajes no son buenos o malos. Los personajes son buenos *y* malos.

Ellos mismos son sus mayores antagonistas. La incapacidad para lidiar con sus propios sentimientos los empuja a situaciones adversas. Son cuatro individuos que deben aprender a recorrer la distancia entre quienes son y quienes anhelan ser, para finalmente alcanzar la armonía. Ese es el conflicto que define a esta novela corta. Y ese es el conflicto básico de la obra de Emilio, por la sencilla razón de que es la pugna que signó su vida.

Lo anunciaba en “Once”, su primer libro de poemas (2009), con sus estructuras simétricas y los “dos unos” que recorrían el libro.

Una vez el autor me explicó que las personas siempre tienen dos facetas: la que es absolutamente privada e íntima y la que ofrecen a los demás. Y entonces, subrayó que muchas veces las complicaciones en la vida surgen porque le entregamos a los demás aquello que debemos guardar para nosotros, y nos quedamos con aquello que debemos compartir. Extraña paradoja existencial que suele acompañarnos.

Esa es la lección que han aprendido los personajes al término de "Cuando Estabas Ahí".

Quién da algo que debe ser compartido, recibe algo equivalente. Es así que surgen las emociones que se alimentan recíprocamente, para luego crecer en forma independiente hasta que se reencuentran para unirse de manera definitiva.

El amor tiene muchas facetas. La que logramos ver es el resultado del lugar que elegimos ocupar.

En el transcurso de "Ayer La Lluvia" aparecen casi todas ellas.

El amor es entrega, y sacrificio.

Es piedad, y venganza.

Es un color que no se puede pintar, y todos los matices de la verdad juntos.

Es sueños encadenados, y tiempos libres.

Es gritar lo que queremos decir, y meditar lo que los demás callan.

Y es triste.

El amor es un poco triste.

Pero por sobre todas las cosas, el amor es real.

Y en un mundo de mentiras, entre tantas pérdidas y angustias, entre tantos olvidos y ausencias, es lo único que nos puede llegar a ofrecer la esperanza de una vida mejor.

*Déborah Eguren*

## HEMISFERIOS

Ella esperaba. Ya no deseba volverse palabras. Deseaba ser desahogo y rendición, pero no un fragmento de ese inicio que solo algunos logran aprehender pero que todos transitan y que reconocen como propio, aun más que quienes lo han forjado.

Por momentos sus dedos jugaban en la baranda. Se movían como si quisieran reconstruir algo – algo que ellos recordaban, pero que su memoria nunca había llegado a decidir del todo.

Adriana sentía que el cielo la perseguía con sus huesos de ángeles nuevos, mientras las sirenas de los barcos se perdían en la ausencia que deja la tarde cuando la tarde es una elección premeditada, esa clase de elección que empieza en "Yo" para terminar en "Mi". Las sirenas se enmudecían conscientemente, pero sin sentir el efecto que ocasionaban. Eran como una versión del alma.

"La historia no existe", se dijo a sí misma. "Si nadie cuenta la historia, la historia no existe". Lo repitió para sus adentros, una y otra vez. Bus- cando aprobación. Buscando repudio. Buscando algo, queriendo hallar un poco, anhelando perder un poco de algo.

No sintió la puerta cuando se cerró. Tampoco sintió los pasos ni la voz de Álvaro, ni su piel lenta. Pero sabía que había vuelto. Y pensaba que habría de volver un centenar de veces más.

"Si nadie cuenta la historia, la historia no existe". Se lo dijo a sí misma nuevamente. No sabía que ya nunca repetiría esas palabras invariables.

La lluvia comenzó a caer entonces.

–o0o–

No importaba qué tan suave o fuerte se cerrara el zaguán, el ruido que hacía era siempre como un cañonazo en un salón de ecos rotos. Álvaro lo había empujado apenas cuando salió de la casa de sus padres, y el estruendo desparramó palomas por el rojo de la tarde, un rojo conjurado en la paleta de un Van Gogh que nunca llegó a cercenarse. Y entonces todo enmudeció, como si la espiral del mundo hubiera pronunciado su sentencia final.

Álvaro se quedó de pie por unos minutos frente al zaguán, mirando las ventanas huecas en esa calle añosa, en ese barrio que siempre le pareció una cárcel donde los presos son libres de marcharse, pero no de irse.

Adriana ignoraba que él sabía, que supo desde un principio, y que siempre iba a saber, que el conocimiento lo enceguecía como destellos en un mar de navajas, navajas que marcaban su piel con la desgracia implacable de ser lo que uno hace.

Sin dejar de observar las ventanas, Álvaro se puso la mano en el bolsillo. Y corroboró que todo era cierto. Éste sería el único desenlace posible para el vendaval de cordura que lo enfebrecía. Y entonces, se echó a andar.

Cuando llegó a su cuadra, vio que Adriana estaba en el balcón, esperando. Ella no reparó en él. Miraba al cielo sin hacer ningún ademán de moverse, con la expresión de alguien que siente nostalgia de cosas que nunca tuvo.

Al verla, Álvaro recostó su espalda contra la pared. Respiraba con dificultad.

Volvió a poner la mano en su bolsillo. Sintió de nuevo la fría empuñadura del revólver que había sacado del escritorio de su padre hacía un rato.

Se pasó la otra mano por la cara.

Estaba empapada.

Todavía no empezaba a llover.

## SOBRECOMPENSACIONES

Ni siquiera llama antes. Entra a nuestra casa, y camina por ella como si estuviera en venta.

Mi hermano y yo lo admiramos.

Recorre las habitaciones, y yo lo sigo como el niño que soy, escondiéndome en los rincones que él antes imaginaba con sus marionetas, cuando podía atrapar la luz del sol con la mano y convertirla en alegría para nosotros.

Luego se dirige al comedor, donde la familia está reunida.

Mi hermano cierra su libro de química, el libro que este hombre le regaló, y lo mira expectante. Piensa que el centro de la Tierra está muy lejos todavía.

Mi padre recuerda cómo lo había querido, y su boca se queda ciega.

Mi madre quisiera echarlo.

Camina como siguiendo una línea invisible hasta la ventana de la esquina. Sus manos ahora son diferentes. Se parecen a la felicidad de la misma manera que la razón se parece a la perseverancia. Aparta las cortinas con ellas, cierra los ojos dos veces y habla sin ambages.

–Cristo murió por nosotros, y Dios murió hace mucho tiempo más, antes que las personas supieran lo que es estar solas sin estar solas.

Es un científico político. Cada vez que alguien en un lugar del mundo dice “gracias”, él responde “de nada”.

Que no escuchen lo que dice le resulta indiferente. Lo importante es decirlo. Esa es toda la garantía que necesita.

Mi madre se sienta en uno de los sillones, y abandona la habitación.

Mi padre recuerda cómo lo había querido.

Mi hermano sigue leyendo su libro. Ahora, demora mucho más en pasar las hojas.

Es un científico político.

Cuando sea grande, yo también quiero ser uno.

Y cuando sea uno, ya no sé qué voy a querer.

## UNIFORMES

Las desvestía el luto de la misma noche, pero eran tan distintas. Podía reinventarlas en mis huellas, pero cuando hablaban solo lograba es- cuchar parte de lo que pensaban. Podía privarlas de las mejores personas, y de cualquier manera su mundo callaba de formas que ni siquiera llegaban a molestarme.

El abandono siempre habría de ser distinto. La lluvia vacía que se detenía entre nosotros era preciosa para ellas, y más preciosa aun para mí. Porque era lo único que podía robarles. Y al poco tiempo lo olvidábamos, y esperábamos con recogimiento que el cielo volviera a morir a nuestros pies sin que nadie más lo notara.

Entendía sus culpas de la forma más inocentemente cruel. Ninguna de las dos mentía. Yo tampoco. Pero en un punto, dejé de hacerlo. Dejé de entenderlas.

Ese era el punto que debía alcanzar.

Vos estás leyendo esto ahora. Te preguntás si ellas existen. Te preguntás si vos sos ellas, si de tanto separar lo que hacías bien y lo que siempre vas a hacer mal yo terminé creando dos personas distintas en vos.

Nunca vas a entender.

Nunca vas a saber lo que fue vivir con miedo.

## ESTE NO ES MI PIANO

El velvetón rojo del cortinado revela una ciudad para dos. Surge lentamente, como despierta la dulzura después del arrepentimiento. Cuan- do queda totalmente expuesta, las luces de escena rezuman en todos. Son como estrellas brillando en un cielo prestado que solo debiera existir para volverse propio.

Al comenzar la obra, medio Jerónimo está de pie en el centro del escenario. Y yo siempre soy uno más en el abrazo mudo del público.

A pesar de que la obra no me resulta particularmente entretenida, la veo noche tras noche. Me hace pensar que todas las veces que te mentí lo hice porque no entendía lo que era tu calor. O simplemente, no me interesaba. Solo me importaba el perfume de tu luz.

Y solo esta ficción puede recordarme esa realidad que de otro modo ya no me alcanza.

Pero algo sucede cuando la obra está por terminar. Medio Jerónimo dice que la verdad solo corre cuando está descalza.

Y al oír esas palabras, recuerdo algo más. Recuerdo que alguien que no quiero no me quiere, ni me quiso nunca.

Cuando esto ocurre, me levanto y me voy. Me voy justo antes de la escena final. Sin dar el menor indicio, me pongo de pie y me marcho, como si fuera invisible.

Pero me consta que todos me miran.

Salgo a través de una puerta que nunca puedo volver a cerrar completamente. Y afuera, nada brilla como aquel escenario.

El trayecto a casa se me antoja el derrotero más público de todos. Lo recorro siempre al mismo ritmo; los mismos lugares me detienen, las mismas omisiones me hacen cimbrar. Si contara los pasos, seguro que el número de ese idioma sería idéntico cada noche.

Siempre hago lo mismo al regresar. Es parte de una estratagema que inventé un día para evitar hacer siempre lo mismo. Me dejo caer sobre mi cama, dejo que me embista lo que sobra entre tanta indiferencia.

Y en mi cama, vuelvo a tener el mismo sueño.

Tengo veintiséis años. Estoy con Verónica, mi profesora de piano. Me está dando una clase en el segundo piso de la casa que comparte con su abuela, con sus miosotas y con todo lo que ayer la lluvia no supo ser.

Soy consciente de que afuera la música de alguien ya corre descalza, que ya derrama sus notas como jardines en el horizonte. Por eso todo este esfuerzo. Quiero que mi música también pueda conocer tamaña libertad.

Pero este piano es distinto al que tengo en casa. Es distinto a todos los pianos que he visto. Las teclas son ora gigantescas, ora diminutas. No guardan proporción alguna. Por más que quiero, por más que lo intento, no puedo tocarlo. Mis manos terminan extraviándose, una y otra vez. Y cuando pienso qué es lo que puedo hacer para que otros escuchen mi canción, el sueño concluye.

Despierto. Me siento en la cama. Miro rápidamente alrededor, como la haría un animal en peligro. Veo las bibliotecas, los discos, el piano.

Está todo en su lugar.

Pero estos - *estos* - no son mis discos.

Y este no es mi piano.

## TEMPORALES

Aquella tarde, el timbré sonó como el prólogo de algo que ya había comenzado.

En mis recuerdos, vos eras una estatua a la cual rezarle con las manos separadas.

Pero cuando abrí la puerta de casa, me encontré con alguien muy distinta. Eras como un final donde podían caber todas las posibilidades, y como una calma que podía contener el principio de todos los temporales.

Mi cuarto estaba ordenado como si nadie nunca hubiera entrado en él.

Ocupaste la silla a un lado de la puerta, y tu mirada se estaba más bien quieta, como si temiera quedarse por siempre desarraigada.

Preferiste no tomar nada.

Al principio, tu voz sonaba como si estuvieras cantando "La Edad del Cielo", solo que con una melodía improvisada.

Pero luego hablabas mucho, y repetías la última palabra de cada frase que te decía.

Dijiste que estabas emocionada.

Que habías olvidado tu pelo en la pista de baile vacía.

Que la sombra que antes te pedía amor ya no era tuya.

Que ahora estabas bien. Y por eso, tu cuerpo no podía parar de llorar.

Ese día vi que eras una mejor persona.

Pero yo recordaba que te gustaba más cantar cuando estabas aprendiendo a cantar. Después ya todo fue distinto.

Y tu sonrisa me volvió triste.

## SI LO DIJISTE BORRACHA, LO PENSASTE SOBRIA

Tu memoria se desborda como un río de sepulcros cuando el cielo hace llover tus manos.

Ese río se transforma en lo único que podés ver.

De un lado está ella. Del otro también, con su azul más insomne que las celdas de la libertad, y sus flores de botella.

Primero te importó mucho. Después te importó la mitad. Después te importó la mitad de la mitad.

Pero igual te seguía importando. Y tenías que verla todas las tardes, y sentir el frío mucho antes de que la noche se congelara como un desierto en vano.

Vos le podías decir lo que fuera. Y ella te diría que no lo dijiste vos, con sus dientes de botella.

Hubo algo musical en el comienzo, como instrumentos que buscaron sonar por cuenta propia. Todo fue tan íntimo.

Pero la música y ese ruido de botellas ya no se prometen nada.

Y ese río sigue ahí.

De un lado está ella. Del otro estás vos.

Entendés lo que tenés que decir.

Y estás dispuesto a hacerlo.

Y ese río sigue ahí.

De un lado está ella.

Del otro no.

Solo sus flores de botella.

## ASESINOS

Víctor paseaba su mano por la pared que los separaba una vez por año. Estaba del lado más cercano a la superficie. Miguel, del lado en el cual las decisiones más valiosas son aquellas que se toman por segunda vez. Dormía desde hacía tiempo. Soñaba que había desaparecido detrás del so- nido de unas puertas que un día se abrirían tanto que ya la conciencia de nadie lograría pasar a través de ellas.

Víctor no lo sabía, pero cada vez que el apagarse de su mano se detenía en esa pared, Miguel se despertaba. Víctor no tenía idea. Miguel se despertaba como si su mano al tocar esa pared tan baja, casi inexistente, estuviera tocándolo a él.

Cuando despertaba, Miguel sentía el dolor de no tener más huesos. Era un dolor extraño. Era un error extraño. Nada de esto debería haberle ocurrido. Pero le había ocurrido. Y nadie debería estar despertándolo.

Víctor estaba del lado más cercano a la superficie. Sus ojos eran esa superficie. Su mano elegía esa pared. De no haber existido, él hubiera podido crearla. También ignoraba eso.

Pensaba, *si aquel momento llegara por primera vez…*

Esperaba.

Nada ocurría.

*En el anuncio de una soledad caída, él decidió hacer un mundo con nuestras vidas…Y eso marcó toda la diferencia.*

Dicho esto, desaparecía. Se convertía en una diferencia más.

Miguel se quedaba sintiendo ese dolor extraño.

Le costaba mucho volver a dormir.

## HABÍA UNA FIESTA EN EL BALCÓN DE AL LADO

Era un charco enorme. Podía ver casi la totalidad de su cuerpo reflejado en él, mientras esperaba que el semáforo cambiara de color. El pan- talón vaquero desgastado, la camisa bordó mal planchada sobre esa campera negra exageradamente calurosa. Los labios como asomados al filo de un laberinto que despertaba cada vez en un lugar más angosto, los ojos como estudiando una lápida donde nació la vida.

Ese hombre sostenía su mirada a ultranza.

La luz ya había cambiado a verde cuando volvió a fijarse. Caminó a través del charco. No se molestó en rodearlo.

No le importó qué imagen nutría a cuál.

El centro de la ciudad estaba desierto en aquel verano en ciernes, en aquella soledad que se engrosaba no por carencias sino por faltas. Y su edificio lucía igual de vacío.

Pero había una fiesta en el balcón de al lado.

Lo asaltó una cierta premura cuando buscó las llaves y abrió la puerta. Prácticamente corría cuando subió las escaleras. Era como si algo lo estuviera persiguiendo.

O como si él estuviera persiguiendo algo.

La puerta en el quinto piso se cerró sordamente.

Al fin estaba en casa.

Se detuvo por un momento en el centro de aquel cuarto donde todo permanecía quieto. Su sombra caía como un accidente perfecto en las paredes azules.

Se dirigió a su habitación, y se sentó en la única silla que en ese momento podía ser igual a todas las demás.

Comenzó a mirar las fotos en su celular, moviendo los dedos como títeres sobre el teclado. Ella estaba en todas.

Sus pechos tan grandes eran imperceptibles. ¿Qué era esa blusa negra que se había puesto? Ese conjunto no la favorecía en absoluto. ¿Por qué se había puesto una cosa así?

Risas en el balcón de al lado. Gritos. Aplausos. Mucha algarabía. Más de la necesaria. Alguien nombró a una tal Paula y a un tal Martín entre carcajadas estentóreas. Y agregó enseguida:

–¡Bueno! ¡Bueno! ¡Bueno! ¿¡Qué está pasando!?

–Yo estoy pasando –habló sin apartar la mirada del celular. Las palabras reconocieron sus labios y retumbaron por toda la habitación como pesadillas que buscaban escapar hacia la noche.

Y siguió estudiando esa foto, sin alterar su postura en lo más mínimo. Siguió estudiando esa foto en busca de algo distinto, a pesar de que cada rasgo y atributo estaba perfectamente definido, como grabado en piedra.

Sus pechos. Sus pechos *no* eran así.

Pero sonreía. Sus hoyuelos se dibujaban regios en sus mejillas. Era lo más hermoso que podía existir, la clase de belleza por la cual quedarse ciego. Y esa sonrisa tenía que ser para él. No podía ser para ningún otro. La comisura de su boca no podía estar así de viva por nadie más.

Al fin estaba en casa.

No le importó qué imagen nutría a cuál.

La música y las risas en el balcón de al lado siguieron toda la noche.

## ANDREA

Te conocí en aquel abril, cuando las puertas eran rituales, y la lluvia pedía respuestas. Yo no podía hablar porque ya no tenía voz, y (en cualquier caso) alguien se había llevado las palabras.

Y vos me la devolviste, como quien le da vida a una memoria en una comunión de silencios.

Andrea. Así te llamabas. Me enseñaste a soñar con esa palabra, a pensar en ella cada vez que el día no llegaba. Y podía perderme en los ojos de otra espera, o en las manos de otra vida. Y al final, tu nombre siempre me permitía acertar el camino.

En su momento, te quise lo suficiente. Pero no supe quererte demasiado. No tuve el valor para poder creer en la importancia de las cosas que se alimentan recíprocamente, para luego crecer por separado hasta que se vuelven a juntar para siempre.

Dicen que la nostalgia es algo curioso. Dicen que nos hace desear cosas que realmente no queremos tener.

Es mentira. Recuerdo nuestros viajes juntos a La Pedrera, y daría lo que fuera por tenerlos una vez más. Por verte al lado de ese mar abierto, y sentir que el mundo cobraba impulso.

Los dos primeros libros que publiqué eran para vos. Omití las dedicatorias. Después me sentí como si hubiera tratado de tapar el sol con la mano. No lo había logrado. Lo único que había hecho era restringir mi visión.

Siempre escribí historias sobre vos, y sobre mí. Pero nunca usé tu nombre. Y yo directamente no figuraba en ellas.

No te dije que te quería a tiempo.
Pero ahora te lo digo para siempre.
Quiero creer que ambas cosas se compensan.
Pero sé que no.

Muchas veces, las personas no tenemos lo que queremos.
Simplemente, tenemos lo que nos merecemos.
Y yo me merezco esto.
Tenerte, y no tenerte.

Voy a buscarte la próxima vez que vaya a La Pedrera.
Sé que hay lugares donde quedó la marca de tu sonrisa.
Quizá pueda abrazar tu voz una vez más.
Quizá vea tu sueño reflejado en el mar, como si fuera una ventana que da al mañana.
Una parte de mí quiere creerlo, aun cuando sé perfectamente bien cuál es la verdad.
Voy a tenerte, y no tenerte.

Esa parte de mí que te tenga, va a ser la más feliz del mundo, aunque sea solo por el instante que dure tu recuerdo.

Y esa parte que no te tenga, podrá ser la más importante de la historia de otra persona, de alguien que sepa sonreír con su mirada, que se sorprenda y me sorprenda cada vez que le diga que nunca es tarde para querernos como si fuera la primera vez.

## LOCOS

Ese hombre con calaveras en sus ojos bailaba desde nosotros. Respiraba el mismo hielo que respirábamos. Atravesaba las mismas imágenes que nos bañaban como un adiós perdido en un tiempo posterior a todo. Gesticulaba como la muerte misma, transpiraba la cruz de una sangre que cambiaba el olvido.

Lo vitoreábamos para que se golpeara la cabeza contra todos nuestros esquemas, y su cráneo parecía poder romperse indefinidamente.

Caía al piso y se levantaba con lo que le quedaba del alma hecha una ciénaga de odio. Y gritaba, y gritaba y gritaba hasta que sus lágrimas eran un aullido tan grande que nadie podría imaginarse cuándo ni cómo terminaría ese desdén.

Entonces nos carcajeábamos, y le escupíamos mujeres rotas. Y seguíamos dándole ánimos para que bailara de forma cada vez más endemoniada, cada vez más igual a nosotros.

Cada vez más.

Cada vez.

Éramos todos culpables. Pero algunos éramos más culpables que otros. Ahora todos lo sabemos. Pero solo yo nací con esto.

¿Eso dónde los deja a ustedes?

¿Eso dónde lo deja a él?

No sé.

Él ya no habla.

## TU SILENCIO TAMBIÉN HABLA DE VOS

Tendría que haberlo hecho. Escribir una trilogía. Seguro que Julio, Catalina, Tuco y Marita se hubieran henchido de orgullo. Hubiera sido fantástico, un tomo unitario dedicado a ellos dos. Pero estaba ocupado marcando el tiempo con las uñas en el cristal de la botella, mientras vos con tu vestido largo de terciopelo y tus zapatos en punta practicabas nuevas formas de caer de pie. Te subías a la cómoda, con tu vestido corto entramado y tus sandalias de cuero, y saltabas. Ya llevabas un buen rato haciéndolo. Y mientras escuchaba ese sonido, yo pensaba en cómo existen palabras que solo pueden transmitir emociones, así como existen ruidos que solo pueden transmitir conceptos.

Me hubiera encantado que al caer te golpearas la cabeza, y te queda- ras llorando lágrimas sucias en el piso, sujetándote el vientre. Hubiera ido a socorrerte, raudo como cualquiera de los recuerdos que ahora tengo de nuestro tiempo juntos.

Y es lo que hubiera pasado. Si tan solo hubieras seguido haciéndolo por quince minutos más, eso hubiera ocurrido.

Pero ese día cambiaba la hora. Y te tuve que acompañar a esa luna de plegarias donde naufragaban las mentiras en que todas mis historias eran ciertas.

Caminábamos perfectamente uno al lado del otro, como dos renglones donde escribir un beso de sentidos. Nuestras manos no se tocaban. Y deberían haberlo hecho. Deberían haber estado enhebradas como perlas en un collar infinito.

Nos despedimos en la parada de ómnibus que estaba más lejos de casa, a una cuadra del zoológico. Solo había tres personas más en ese lugar. Eran una madre con su hija. La niña corría por todos lados, farfullando cosas sin sentido. Estaba vestida como vos, con un vaquero claro, y una remera igual de oscura. Y championes All Star tricolores. Sus trenzas eran una más larga que la otra. La madre era una mujer obesa, con piel aceitunada, y manos en las que podrían clavarse agujas.

Sus dientes temblaban.

Me estaba yendo cuando el ruido me forzó a darme vuelta, y que- darme como una veleta tambaleante contra el púrpura del cielo. La niña se había subido al asiento de la parada, y había comenzado a saltar. Caía, volvía a escalar el asiento, y se precipitaba nuevamente. Reía con los ojos abiertos.

Así que yo no cerré los míos mientras estaba volviendo a casa. No los cerré tampoco cuando llegué. Y los abrí aún más cuando me volví a sentar en la mesa.

Coloqué la botella de lado. Echándome para adelante, empecé a hacerla girar, con ademanes cada vez más exagerados, como un director de orquesta obsesionado por una belleza que solo él entiende. Comenzó a alejarse, y cuando ya estaba por escaparse de mi alcance me recosté violentamente sobre la mesa y le di un manotazo. Salió volando, y se destrozó contra una de las bibliotecas vacías en aquel cuarto lleno de libros.

Sin despegar el cuerpo de la mesa, volví la mirada a la cómoda.

Alguien iba a tener que saltar de ahí.

Y se iba a tener que romper la cabeza.

Tendido como estaba, me puse a darle golpes a la mesa con la palma de mi mano.

Después de aquel día, ya nunca pude volver a marcar el tiempo muy bien.

## DOS MUNDOS

Hay palabras en el viento que te aman. Y no podés evitar oírlas cuando corren hacia vos, como si fueran lo que necesitás para que tu destino siempre tenga un final abierto, y que tu música se transforme en un perdón capaz de dar frutos en pleno invierno.

Y ahora, este adiós acelerado es como una metáfora de todo lo que fuimos.

Me sorprende que esto me sorprenda. Somos dos idealistas realistas, lo supimos desde un principio. Cada “otra vez” que le escribíamos al sol era como un sueño del que estábamos a punto de despertar.

Te llamaría ahora mismo, pero no cambiaría mucho.

No vas a responder.

Te iría a buscar ahora mismo, pero cambiaría demasiado.

No vas a estar ahí.

Así que escribo esto, mientras el frío pronuncia la soledad y las preguntas que los dos callábamos empiezan a tener respuestas en este papel arrugado.

Intuyo cómo sigue todo.

Vos a ver nieve sobre avenidas que no esperan a nadie, rejas que se abren como años anónimos y ojos que te miran como reclamos ignorantes.

Yo voy a ver luces blancas que me pueden robar la intensidad que me diste, estaciones arrancadas en un nunca jamás y todas las flores que como rondas de colores le dieron sentimiento a tu imagen.

Vamos a ver dos mundos distintos, vamos a ver estrellas diferentes cada noche, recordándonos que ya no vamos a poder cubrirnos y descubrirnos el uno al otro.

Pero la misma luna estará sobre nosotros, cobijándonos. Solo tenemos que verla. No sé si quieras hacerlo.

Y yo no sé si pueda.

No sé si mis ojos aún sepan cómo llegar al cielo.

## PALABRAS DE MARES

–¿Como no podés vivir tu vida, entonces vas a vivir tu muerte?

No obtuvo respuesta alguna del joven. Guardaban la clase de silencio que es un juicio irremediable ante una verdad que cae por su propio peso, con la fuerza de una idea que puede asesinar una mente.

Casi de inmediato, el viejo se dio cuenta de que no hubo respuesta porque en realidad no existió pregunta.

Aquella tarde de otoño ya estaba finalizando para ellos. Y ningún otro otoño podría volver a encontrarlos juntos. El viejo procuraba que sus pensamientos no transmigraran en ese vacío. El joven aún tenía demasiado por delante como para ponerse a pensar en eso. Todavía tenía demasiadas cosas que perder para entender lo que era la realidad de quedarse solo en un mundo repleto de voces sobre la tierra y sobre el cielo.

Pero ahora mismo, estaban sentados en aquella plaza que conocían tan bien, esperando que el otro dijera algo que pudiera convertir la sombra de lo obvio en un último olvido.

Debían poder hacerlo. Ambos eran escritores. La susceptibilidad de las palabras no le era ajena a ninguno de ellos. Sabían combinarlas, decuplicar sus significados, pluralizar lo que debieran decir. Y se encontraban en esta instancia en la cual ya ninguna revestía utilidad. Todas llegaban a sus mentes como grises malgastados alcanzando vidas descoloridas.

Nadie decía nada. El reloj de la plaza dio las cuatro cuando el viejo comenzaba a sentir la angustia que acompaña a todo lo incierto que no puede ser soslayado. ¿Él había provocado esto? ¿O lo había provocado su hermano el día que desapareció de sus vidas, dejando al muchacho con apenas seis años de edad a su cuidado? Con su esposa le habían dado todo. Lo quisieron como al hijo que habían perdido y que ya nunca recuperarían. Ella le enseñó la importancia de creer en la belleza de sus propios sueños. Él le enseñó que el lugar donde esa belleza no solo existe sino que deviene fuerza es en la literatura.

Pero todo eso parecía tan distante ahora. Lo que se había inculcado con amor no era más que un recuerdo sitiando lo más inmarcesible de sus corazones.

El joven se pasó la mano por la frente, apartando el pelo que ensombrecía la mitad de su rostro. El otro reparó en su ojo derecho, que aún estaba levemente hinchado. Lo miraba con esa clase de expresión de quienes contemplan algo por última vez, con conciencia de que el final nunca puede ser digno del principio. Todo era tan obvio que se sentía una infamia, pero... ¿era necesario haber llegado a esto?

El joven se cruzó de brazos. Tenía el pasaje en la mano izquierda. Se aferraba a él como quien sujeta el primer logro en una vida que debiera estar signada por ellos.

–Sabés que en casa siempre vas a ser bienvenido –la voz del viejo pareció salir de afuera hacia adentro.

–Gracias.

No lo sabía, pero esa sería la última palabra que le oiría decir. Esa palabra habría de resumir los catorce años que pasó con ellos. En este último día, en esta tarde de todas las tardes que acababa de forma anticipada todas las palabras habrían de desembocar allí.

El joven se levantó, y comenzó a moverse sin mirar atrás ni una sola vez. Se desplazaba como un suspiro que el día más inadvertido sería un viento capaz de barrer hasta consigo mismo.

El viejo lo miraba con ojos horadados por sesenta y nueve años de una felicidad siempre posible pero rara vez aprehendida. Veía como se alejaba de todo y de todos. En un momento entreabrió sus labios, pero no alcanzó a decir nada. Los cerró con la resignación de quien cierra las tapas de un libro antes de arrojarlo a una hoguera, al mismo tiempo que bajaba la vista.

Cuando la levantó, el joven ya había desaparecido. Dejó su mirada depositada donde lo había visto por última vez. Algo le decía que esa no era la última tristeza que le causaría. No sabía por qué, pero comenzaba a sentirse encadenado por lo ajeno de esa convicción. Luego, volvió a mirar al frente. Un grupo de niños jugaba ante la mirada dispar de sus madres.

# CUANDO ESTABAS AHÍ

“Heaven knows no frontiers
And I’ve seen heaven in your eyes”

Jimmy McCarthy

(El cielo no conoce fronteras
Y he visto el cielo en tus ojos)

# I

## Bright Smile

–La traducción más idónea para "transportista". ¿Sabe la respuesta o no, Urrutia? –la voz del profesor sonaba cada vez más gruesa. Se había levantado de su mesa con fastidio, y ahora paseaba la mirada por todo el salón. La atmósfera crepuscular se estrellaba contra los ventanales que daban al norte, a un Montevideo donde las convicciones se refugiaban como pájaros en las tardanzas de los deseos.

No. Agustín Urrutia no sabía la respuesta. Agustín Urrutia no tenía la más vaga idea. No podía resultarle más ajena. Y no lograría adivinarla ni en tres reencarnaciones consecutivas.

Ninguno de los presentes la sabía. Ni el tipo que se sentaba siempre solo en un rincón, ni Julio, ni Catalina, ni Marita…

Para colmo de males, Tuco seguía agregándole detalles a la caricatura del profesor en su cuaderno. Estaba sentado a la derecha de Agustín, y cada vez que le añadía algo a su nueva obra maestra cambiaba la orientación de la hoja para que Agustín viera los enseres de su genialidad con lujo de detalles.

Primero había dibujado al profesor, con una versión muy libre del león de San Jerónimo mordiéndole la pantorrilla. Luego, había agregado el cachilo destartalado a un costado. Era una versión infame del auto que el profesor dejaba siempre estacionado detrás de la Facultad, frente a la plaza de deportes del IAVA. En la caricatura de Tuco, incluía un pegotín en el parabrisas con la leyenda "MUCHA CHETA, MUCHA CHITA, MUCHA CHOTA" y el símbolo de Batman en las puertas delanteras. Y ahora acababa de agregar tres buitres regordetes sobrevolando al anciano catedrático.

"Qué pedazo de hijo de puta, qué pedazo de hijo de puta." No podía dejar de repetírselo mientras miraba la caricatura con el rabillo del ojo. "Si tuviéramos el diez por ciento del talento para estudiar que este hijo de puta tiene para dibujar pelotudeces, salvábamos todo cuarto año sin tocar un apunte. Qué reverendo hijo de puta". Agustín se había empezado a morder la lengua para evitar que le ganara la risa. Miró su reloj. Esto no podía extenderse mucho más.

Sus pisadas comenzarían a sonar escaleras abajo. Su contorno se dibujaría del otro lado de la puerta. *Ella* tenía que aparecer.

Así era siempre. Todos los martes y jueves la compañera nueva llegaba un poco más tarde, y la situación ya se estaba convirtiendo en emblemática de esta clase de Práctica Profesional II.

El hecho es que era imposible no reparar en ella. Primero, la escuchaban subir corriendo la escalera a un ritmo de vértigo, como si con ese solo exceso de velocidad pudiera derogar todo el tiempo perimido del mundo. Luego se detenía abruptamente afuera de la puerta, y recogía su cabello castaño claro. Parecía estar dando saltitos en el lugar. Todas las miradas en el salón se concentraban en su figura, que no se estaba quieta del otro lado de esos cristales grises. Ya nadie hablaba desde que la primera pisada se había dejado sentir escaleras abajo. El profesor también fijaba su mirada en la puerta. Abril llegaba siempre cuando el repaso de la terminología adquirida en la clase anterior era como un péndulo entre con- fines de ignorancia que se ensanchaban con cada movimiento.

Aquel día, Julio había hecho un sinfín de recados antes de ir a la Facultad. Había llegado sobre la hora, y más cargado que nunca. El número de asientos libres en el salón ese jueves era menor al habitual. Uno de los grupos de arte que funcionaba en los niveles inferiores se había apropiado de ellos. Y Julio había acaparado los únicos dos que quedaban disponibles en la primera fila, del lado izquierdo del semicírculo que se formaba en torno a la mesa del catedrático. Él había ocupado uno, y colocado todas sus bolsas en el otro.

Abril le dio un ligero golpe a la puerta, que contrastó por completo con el brío de su voz cuando exclamó "¡Con permiso!" y prorrumpió en el salón.

–Discúlpeme, profesor, es la última vez –que no tuviera casi aliento no era óbice para que hablara a toda velocidad.

El viejo catedrático le dio una mirada que transmitía más curiosidad que otra cosa. No le dijo nada. Abril no acababa de dar un par de pasos cuando le dirigió la palabra.

–La clase del martes traducimos varios conocimientos de embarque. ¿Recuerda usted el equivalente más natural que manejamos para "transportista"?

Abril se detuvo, asumió la postura de alguien que está dispuesto a quedarse de pie por mucho tiempo, y respondió de forma pausada:

–"Shipper", profesor.

–¿Y la traducción de "adecuación al fin"?

–"Fitness for purpose", profesor.

–¿Y el verbo que se emplea para la entrega de la mercadería una vez que el buque llega al puerto? ¿Es el verbo "give"? ¿Es el verbo "hand over"?

Abril iba a responderle. Pero vaciló justo cuando estaba a punto de hablar. Se tomó unos segundos, y dijo al tiempo que esbozaba una sonrisa.

–No es ninguno de ellos, profesor. El verbo en ese caso es "sur- render".

El profesor asintió. Abril comenzó a dirigirse al asiento que Julio tenía ocupado con sus bolsas y paquetes, porque era el más cercano. Claramente no quería causar más distracciones.

–¿Y cómo se denomina en inglés a la cláusula de colisión con culpabilidad de ambas partes?

Abril volvió a detenerse. Pasó un minuto que bien podía haber durado mucho más por la expectativa que generó en todos.

Pronunció la respuesta cuando ya parecía que el profesor había triunfado al jugar esa última carta.

–"Both-to-blame collision clause".

–*Good* –el profesor sonrió, y asintió una vez más.

Abril recorrió la distancia que la separaba del banco que Julio tenía ocupado. Faltando unos pasos, comenzó a desabotonarse la chaqueta.

Julio la miró. No pudo evitar hacerlo. El vaquero que vestía le marcaba demasiado la cintura, y la remera rosada que llevaba la favorecía mucho.

–¿Me puedo sentar acá? –dijo en un tono casi confidencial. Julio se vio sorprendido por la pregunta, si bien era enteramente obvio que se la iba a formular. Se sintió muy incómodo. Ella tenía que haberse percatado de cómo la había mirado.

–Ah, sí, sí, claro –le respondió, y comenzó a despejar el banco. Pero se precipitó tanto al hacerlo que todo se vino abajo estrepitosamente. En el piso se desparramaron los libros, las crayolas, las acuarelas, y las fotocopias de las clases de inglés que tendría que dar el fin de semana. Y también el disco que acababa de comprar en el CD Warehouse que estaba a pasos de la Facultad.

La interrupción hubiera sido nefasta en cualquier clase, pero en la de este profesor era especialmente catastrófica.

–*¡Both-to-blame collision!* –la voz rasposa, inconfundible de Tuco se dejó sentir desde el fondo del salón, provocando risotadas en todos, menos

en Julio y Abril que se habían convertido en el centro de atención involuntario de aquel grupo. Agustín dejó salir todas las carcajadas que venía acumulando, y terminó atorándose.

–¡Silencio! ¡Esto es una clase! ¡Silencio! –el profesor no podía sonar más contrariado. Que le trastocaran así su clase era la máxima afrenta imaginable.

Julio estaba recogiendo todo con la mayor celeridad posible. Abril se había arrodillado para levantar el disco que se salió de su caja al caer. Era el segundo álbum de Sordromo, “Salvando La Distancia”. Todos los hombres de la clase la contemplaban encantados.

Lo tomó y lo puso en su caja luego de mirarlo a la luz para asegurarse de que no estuviera rayado. Se sentó rápido, mientras Julio terminaba de recoger todo lo demás y lo colocaba en el suelo, a un costado de su banco. Recién cuando terminó Abril le alcanzó el disco.

–Es el que tiene “Las Cosas Del Querer” –Abril se lo dijo en un susurro, mientras le guiñaba un ojo y le obsequiaba una sonrisa radiante. Julio tomó el disco y lo guardó en su mochila de forma presurosa, como si le estuviera quemando la mano. Volvió a mirarla después de hacerlo, como lo haría alguien que en un estado de vigilia ha visto algo impropio del mismo, y necesita confirmar que sus ojos no le han mentido.

Abril seguía sonriéndole con la misma intensidad.

Julio enseguida miró para adelante, mientras sentía cómo el corazón empezaba a latirle de forma extraña. No rápido. Tampoco lento.

De forma extraña.

Muy, muy extraña.

Catalina estaba del lado opuesto del semicírculo, frente a él. Había contemplado la escena. De principio a fin. No se le había escapado ni el más mínimo detalle. Y ahora mismo lo estaba fulminando con la mirada.

Julio y Catalina.

–o0o–

La clase de Práctica Profesional II prosiguió sin ningún otro sobresalto. Pero Julio notó que todas las veces que Abril intervino, Catalina siempre tuvo que acotar algo. Y luego de hacerlo, la observaba largamente,

casi como si estuviera azotándola con sus ojos. Esas miradas no parecían tener injerencia alguna en Abril. Pero igual…

Cuando la clase terminara, lo mejor sería no intercambiar palabra con la compañera nueva, para no darle resquicios a Catalina.

Resultó que Abril no esperó ni un segundo para retirarse cuando llegó la hora. Si bien miró a Julio y le volvió a sonreír al incorporarse y ponerse la chaqueta, fue solo un instante. Y se marchó del salón sin decir nada.

Esa era otra constante en ella. Se iba siempre con la misma prisa con la que llegaba, como si tuviera algún compromiso irrestañable en algún otro lugar. Y era mejor así. Julio no se hubiera sentido cómodo hablándole con la mirada de Catalina cerniéndose sobre él.

Y Julio tampoco demoró mucho en irse. No quería escuchar lo que Catalina seguro tenía para decirle. Ni la forma intempestiva en que se lo diría. Así que ni bien notó que alguien le había pedido unos apuntes, aprovechó esa leve distracción para escabullirse.

Avanzaba por el pasillo, desliándose de todo. Por fin este día tan largo estaba quedando detrás. Y sorprendentemente, todo indicaba que tendría una conclusión apacible, que la cuota básica de tranquilidad que él siempre necesitaba se vería solventada.

–¡Mujeriego! –el grito de Tuco lo alcanzó cuando estaba a pasos de la escalera. Y el grito no fue lo único que lo alcanzó. Apenas lo sintió, Julio miró hacia el punto del que provino. Fue un acto reflejo. Al hacerlo, el mini- diccionario que el jugador de rugby le había tirado le pegó de lleno en la sien. Julio trastabilló, y todo lo que tenía en las bolsas se le vino abajo de nuevo.

Tuco y Agustín se descostillaban de la risa. La voz de Marita que siempre era tan comedida se dejó sentir muy fuerte.

–¡Tarados! ¡Mi diccionario! ¡Devuélvanmelo!

Tuco y Agustín ni repararon en ella. Seguían riéndose. Julio se estaba sujetando la cabeza, como si le hubieran dado un martillazo. Cuando vio que Marita se acercaba, se inclinó y levantó ese diccionario Larousse de bolsillo que tanto adoraba. Ella le cambiaba la cubierta todos los años, pero siempre era el mismo diseño: "Guernica", de Picasso.

Julio se lo extendió. Ella lo miró con sorna, se lo sacó de la mano, y lo inspeccionó. Cuando vio que no había sufrido ningún daño, contempló a Julio de pies a cabeza, y le dio la espalda con un regaño. Se encaminó de vuelta al salón, con la cabeza muy alta. "¿Pero yo qué culpa tengo?", pensó él.

Los dos jugadores de rugby se le aproximaron. Tuco ostentaba una sonrisa soberbia, Agustín tenía lágrimas en los ojos de tanto reír. Ambos lo miraron irónicos.

–¿Y? ¿Y? ¿Qué me contás de la compañerita nueva? –comenzó el pelirrojo, mientras le pasaba el brazo por encima del hombro –Está "fitness for purpose", ¿eh? ¿Le vas a pedir que te haga un "surrender", tigre?
¿Le vas a pedir que te entregue la mercadería? ¿Eh? ¡¿Eh?!

–Bueno, ya fue Tuco, cortala... –dijo Julio, con una voz apenas audible.

–¡Mirá, mirá! ¡Se pone nervioso! –Agustín siempre secundaba todos los desparpajos de Tuco. Y cuando lo hacía, era común que cambiara su registro a uno más jurídico. Ya ni se daba cuenta. Lo tenía incorporado. No en vano había estudiado casi tres años de Derecho antes de cambiarse de carrera.

–¡Es un despropósito! –exclamó Agustín, con mucha pompa y entendimiento–. Ya posee a Catalina, ¡ahora también quiere usufructuar a la nueva!

–¿Qué te pasa, nene? ¿Me querés decir algo? –La voz de Catalina se dejó sentir a un par de pasos, y retumbó por todo el pasillo, estremeciendo el aire. Dejó caer la mochila al suelo, y caminó directo hacia ellos. Los tres la miraron. Tuco le sacó el brazo del hombro a Julio. Avanzó lo suficiente como para interponerse entre ella y Agustín.

–Pará, flaca, estábamos jodiendo. Ya fue. No te pongás bardera –le dijo, como adivinándole la voz.

Sus rostros estaban a centímetros de distancia. Se miraban como lo harían dos estatuas sin rasgos. Podrían contemplarse durante horas, podrían perderse en el cansancio del mundo y nunca existiría una aquiescencia o una negativa por parte de ninguno de los dos.

Agustín no sabía si decir algo o estarse callado. Lo poco lógico de la situación lo dejaba exento de mecanismos de respuesta. Y Julio no miraba. No quería mirar. Ya no podía disimular el disgusto que sentía por incidentes como este. Seguía recogiendo todo lo que se le había caído cuando Tuco lo golpeara con el diccionario. Mantenía su cabeza obstinadamente abajo.

–¿Me acompañan a la parada? –Marita había vuelto a salir al pasillo. Nadie la vio aparecer, fue como si hubiera surgido del suelo. Ahora ya llevaba su mochila rosada al hombro, y un libro bajo el brazo. Y habló en su tono característico. Una voz carente de emociones era lo que se necesitaba para disipar una situación como ésta.

–Sí, vamos los tres juntos –dijo Julio mientras guardaba los últimos papeles que se habían desperdigado, y comenzaba a caminar hacia Marita. Catalina y Tuco empezaron a separarse muy gradualmente. No dejaron de mirarse a los ojos hasta que Julio la jaló del brazo al pasar, y Agustín se acercó e hizo lo mismo con su amigo.

Tuco y Agustín desaparecieron por la escalera. A Julio le pareció oír algo que terminaba en "…agresiva de mierda", pero no hubiera podido asegurarlo. Fuera lo que fuera, Catalina por suerte no lo escuchó. Marita le estaba dando su mochila. Se la calzó rudamente, y dijo "¿Vamos?". Más que una pregunta, sonó como un grito de guerra. Marita asintió con un movimiento de la cabeza que fue casi imaginario. Julio empezó a descender hasta el rellano de las escaleras, marchando varios pasos por delante.

Catalina tomó del brazo a Marita con ese arrebato que caracterizaba todo lo que hacía, y se la llevó consigo.

De haber sido un poco más liviana, la hubiese arrastrado por el aire. Existía una caricatura de Tuco al respecto. Existían caricaturas de Tuco para todo lo que tuviera que ver con los alumnos de aquel grupo de Traductorado Público que estaban cursando el último año de su carrera.

–o0o–

Catalina y Julio caminaban solos, de regreso a casa. Vivían en una de las cuadras más pintorescas del Parque Rodó, donde el cielo del día era siempre una transparencia, y el canto de los tambores podía conquistar la nostalgia de la noche más pensada.

Ella le tomaba el brazo. Lo hacía con bastante tranquilidad. Dejaba que él la llevara. E iba muy callada, también. Su temperamento era muy distinto cuando estaba así con él, cuando la mirada del mundo se atenuaba y entendía que sus emociones no tenían que estallar para ser asimilables.

Él la conocía. A Julio no tenía que probarle nada. Pero a todos los demás tenía un laberinto de verdades que validar y demostrarles.

No habían hablado desde que salieron de la Facultad. Acompañaron a Marita a tomar el ómnibus en la parada que estaba en Guayabo y Eduardo Acevedo. Luego, hicieron su trayecto habitual. Primero al este por Rivera y luego por Paullier, rumbo al sur.

Julio se preguntaba si este silencio en realidad no era más contaminante que esas palabras que Catalina posiblemente quería descargar, cuando notó que ella lo estaba observando. Julio sostuvo su mirada.

Dejaron de mirarse exactamente al mismo tiempo.

Ella no dijo nada. Pero le sujetó el brazo con un poco más de ahínco.

Pronto llegaron a la cuadra que los había visto crecer, y donde aún seguían viviendo. El barrio entero estaba en la calle. Reinaba un clima de algarabía. Un grupo de vecinos hacía un asado. Había niños jugando a la escondida y muchachos enfrascados en un partido que ya parecía llevar un buen rato de comenzado. Todos los saludaron.

Julio y Catalina.

No solo vivían en la misma cuadra, sino que lo hacían en casas tan contiguas y parecidas que podían perfectamente ser la misma. Ambas eran casas amplias, de dos pisos. Con claraboyas de colores y balcones a idéntica altura, con cuartos que alternaban pisos de mármol y de madera, y puertas dotadas de relieves y detalles totalmente abolidos por la estética moderna.

Se despidieron en la entrada de la casa de Catalina. Ella le tocó la punta de los dedos con los suyos después de que la besó en la mejilla, antes de que comenzara a dar los pocos pasos que lo separaban de su puerta.

Era una distancia tan pequeña.

Esa es precisamente la distancia más difícil de salvar.

–o0o–

Julio podía sentir la mirada de su amiga depositada sobre él cuando entró a su casa. No era algo que lo hiciera sentir cómodo. Pero a esta altura ya no lo afectaba tanto. Era algo que había aprendido a sobrellevar.

La escalera de mármol que conducía al patio interior le dio la bienvenida. El toldo estaba recogido, y las luces que se filtraban por la claraboya regaban todo el tramo superior de la escalera de manera casi cinematográfica. Una vez arriba, se sacó su eterna campera vaquera y la colgó en el respaldo de una de las sillas antiguas que flanqueaban el patio junto con varias macetas, algunas ya sin plantas. Después se dirigió al comedor, donde su padre terminaba de ayudar a su hermana más pequeña a hacer los deberes.

No terminaba de poner un pie en el cuarto y de decirles “Hola” cuando Lucía ya estaba fuera de la cocina. Llevaba puesto un delantal que le quedaba al menos dos talles más grandes.

–¡Hermanito! ¡¿Me conseguiste el libro?!¿Me lo conseguiste? ¿Si?

–Sí, sí. Pará, ya te lo doy... –miró entonces a su otra hermana, y le dijo:

–También tengo lo que querías, princesa.

Virginia se levantó sonriendo de la mesa, y se acercó tímidamente a su hermano. Ella siempre hacía todo con una gran docilidad. Tomó las acuarelas y las crayolas que le extendió Julio. Se quedó mirándolas con una expresión que transmitía alegría e incertidumbre en igual medida.

–¡Qué bueno! ¡Qué divino! –exclamó Lucía al tiempo que le tomaba la mano a su hermana, y se la mecía enérgicamente.

–¿No le das las gracias a tu hermano? –le preguntó su padre.

–¡Sí! –replicó ella. Recién ahora se mostraba más expansiva. Julio se hincó para que le diera un beso y un abrazo. Luego volvió a la mesa, dando pequeños brincos. Una vez que había vuelto a ocupar su lugar le mostraba todo a su padre y a su oso panda de peluche, que tenía una silla para él solo. Se llamaba Panpán, y era enorme. Era casi del mismo tamaño que ella. Virginia había cumplido siete años el mes pasado.

Por su parte, Lucía ojeaba el libro de Derecho Privado que Julio le había traído con un interés mayúsculo. Ni bien se lo dio empezó a ir de atrás para adelante, como hacía siempre con cualquier libro que caía en sus manos. Era una de sus actitudes típicas. Si fuera cualquier otro libro, Julio hubiera estado seguro de que no persistiría en su lectura por más de dos o tres días. Pero éste era distinto.

El año siguiente, Lucía cursaría sexto de Derecho. Su mayor aspiración era ser abogada, como lo había sido su madre.

Lucía tenía diecisiete años, aunque su forma aniñada de comportarse (y sobre todo de hablar) hacían que aparentara mucho menos edad. En ocasiones no parecía poder controlar el volumen de su voz, ni la intensidad con la que canalizaba determinadas emociones como la felicidad o el enojo. Le costaba concentrarse en lo que hacía. No se quedaba quieta ni por un instante. Era peripatética en el sentido más tajante de la expresión. En otras personas todo eso junto sería desquiciante, pero de algún modo a ella la hacía más simpática. Y por supuesto que todo eso determinaba que formara una dupla explosiva con Catalina. Estaban hechas a medida, aunque se podía especular en qué punto Catalina había determinado (y prefijado) alguno de sus patrones de conducta.

–¿Cómo estuvo la Facultad, hijo? –Rogelio le habló con ese tono mesurado que lo caracterizaba, y que podía infundirle tranquilidad a quien fuera. Esa era la nota distintiva de su padre. En cualquier situación compleja era capaz de traer serenidad con las palabras exactas, expresadas en la medida justa. Como si las aplicara con un cuentagotas.

–Bien... el primer parcial de la Práctica es en dos semanas. Es sobre conocimientos de embarque, y certificados de avería.

–¿Qué es eso? –Virginia preguntó mientras jugaba con las crayolas que había sacado de su caja.

–Son cosas de barcos.

–Aaahhh –exclamó Virginia asombrada. Empezó a dibujar un barquito en el cuaderno que tenía abierto.

–¿A Catalina cómo le está yendo?

–¡Sí! ¿Cómo le va a Cata! –exclamó Lucía, que ya se había desplazado a un costado de Virginia a ver qué estaba dibujando tan rápidamente que los demás ni siquiera lo habían notado.

–Bien, ella es excelente, no va a tener problemas para... –Julio se detuvo, y olfateó el aire con una expresión adusta– ¿Qué se quema?

Todas las miradas se centraron en Lucía, con ese delantal que le quedaba tan grande.

–o0o–

Luego de que Rogelio remediara la situación preparando arroz con atún para toda la familia, la cena pudo desarrollarse con total tranquilidad.

Llegó la hora de acostar a Virginia. Julio la llevó en brazos a su cuarto, mientras Lucía marchaba detrás de ellos llevando a Panpán. Una vez que Virginia y su oso estaban en la cama, Julio se quedó en la habitación para leerle un cuento. Lucía volvió a la cocina para ayudar a su padre.

No importaba qué tan cansado u ocupado estuviera, siempre le leía algunas páginas de un libro titulado "Cuentos de Hadas y Fábulas Contemporáneas" que estaba en su mesa de luz. Era un libro que le había pertenecido a él, y después a Lucía.

Esa noche le leyó una parte de "Pulgarcito". Como era costumbre, hacía pausas en puntos cruciales y la miraba directo a los ojos antes de continuar. Su hermanita se quedaba expectante. Cuando Julio finalmente seguía adelante, lo hacía con un gran dramatismo. Virginia se divertía mucho con ello.

Cuando terminó, cerró la tapa del libro con un golpecito.

–Bueno, por esta noche ya está. Tenés que dormir, que mañana vas al colegio.

–Sí...

Julio depositó el libro en la mesa de luz. Luego, se quedaron mirando un instante.

–Extraño a mami.

–Yo también.

–La quiero ver.

Habían tenido esa conversación todas las noches durante los últimos seis meses.

–Mamá está en el cielo. Mamá ahora es una estrella ahí arriba. Ella nos ve todo el tiempo. También de día. Aunque nosotros no veamos las estrellas en el cielo, ella nos está viendo. Ella nos cuida a todos desde ahí arriba. ¿Entendés, princesa?

–Sí... Pero yo quiero ver a mami. Quiero un abrazo de mami.

Julio se inclinó y le dio un beso en la frente. Era la única respuesta que podía darle a eso.

–Ahora te voy a tapar. A ver, recostate.

–¡Despedite de Panpán, también!

Le dio un beso en la cabeza a Panpán. "Chau, Panpán. Cuidá a Virginia". Luego los tapó a los dos, con la clase de amor de quienes conocen la permanencia de las pérdidas más injustas. Apagó la luz al salir, y dejó la puerta entornada.

Cuando volvió al comedor se encontró a Lucía sentada en el suelo, enfrente del televisor. Cambiaba de canal aproximadamente cada dos minutos. Su padre estaba limpiando la colección de vinilos que le había pertenecido a su esposa. Los levantaba a la luz para ver exactamente en qué estado se encontraban, les pasaba una franela, los volvía a revisar y los guardaba con mucho cuidado.

–Voy al balcón un rato. Y vos –agregó mirando a Lucía–, no te acostés después de las once.

Lucía le dijo que sí, cómo quien le dice "adiós" a alguien que le dijo "hola".

Julio salió al balcón. Todavía quedaba gente en la calle. Era lógico. El invierno aún no vertía las cenizas de su soledad sobre el mundo, pero amenazaba con hacerlo Y lo haría perentoriamente. Mas no hoy. La noche era perfecta.

No necesitó mirar a su costado para saber que Catalina también estaba asomada a su balcón, fumando. Julio dio unos pasos en su dirección, y se detuvo justo enfrente a la ventana de su cuarto.

Ella se recostaba con los brazos cruzados sobre la baranda. Él se sentó en el alféizar de su ventana. Los dos miraban hacia la calle desde sus balcones, observaban todo como quien mira al futuro desde las orillas del recuerdo, preguntándose qué hay verdaderamente del otro lado. Y no se dieron cuenta cuándo fue que ocurrió, y quizá ni un observador atento hubiera podido determinarlo. Pero en un momento, los dos estaban contemplando el cielo.

Ella, con ojos que desde hacía mucho tiempo desconocían el color de las lágrimas. Con una sonrisa dañada. Con algo que probarle a todos constantemente, por no poder probárselo a sí misma.

Él, buscando la manera de explicarle a su hermana porqué mamá ya no estaba ahí con ellos.

Creía lo que le había dicho a Virginia. En la estrella que más brillaba en el cielo la sonrisa de su madre acariciaba la noche, y cuidaba todos los sueños que de algún modo aún guiarían sus vidas.

Pero no sabía cómo enseñarle esa luz a su hermana.

Julio y Catalina.

Tenían veintidós años cuando empezaba aquel invierno.

## II

## Kathleen

Seguro que fue un día de la segunda quincena de febrero, porque acababan de celebrar el primer cumpleaños de Lucía. Su madre los había llevado a conocer a los nuevos vecinos. Julio tenía siete años, y estaba vestido muy formal, con una camisa de manga corta y un pantalón blanco de gabardina. Se paraba tan firmemente que parecía estar petrificado. A todas luces era una estatua de esas que solo se ven en los libros de arte, algo tan quiméricamente impoluto que no puede tener existencia real.

–Son una señora y su hija –le dijo su madre en el instante en que Rogelio llamaba a la puerta–. Son dos damas, así que comportate como el caballero que sé muy bien que sos.

Julio asintió, y se acomodó esos lentes enormes que usaba ya desde pequeño y que le resultaban extremadamente molestos. Hecho esto, colocó ambas manos bien adentro de sus bolsillos, y se quedó aún más tieso que antes.

Luego de una espera sospechosa, una mujer alta y con extremidades muy delgadas abrió la puerta de esa casa que antes ocupó una pareja que había emigrado a Australia. Era sorprendentemente joven. Llevaba un saco bordó arremangado, pantalones deportivos azules, y su cabello negro le caía desordenadamente sobre los costados, como buscando sus hombros a tientas sin lograr encontrarlos nunca.

La madre de Julio habló. Le explicó que eran la familia Bernárdez, que eran sus vecinos, que estaban exactamente en la casa de al lado. Le presentó a Lucía. A su hijo, Julio. A su marido, Rogelio. Y al final se presentó ella: Graciela.

Por unos segundos, la mujer pareció completamente desconcertada. Pero enseguida exclamó "¡Ah! Usted es la abogada. ¿No, señora? Y usted es el escribano, ¿no?". Su voz sonaba como si se correspondiera con gestos que no estaba haciendo. No obstante, su interés parecía genuino.

–Tuteame. Decime Graciela. Y a mi esposo, Rogelio –Rogelio sonrió cuando su mujer dijo esas palabras.

A todo esto, Julio se escondía parcialmente detrás de su madre. La nueva vecina le causaba extrañeza. Y su hija (que estaba sentada en el descanso

de la escalera) todavía más. Era la primera vez que veía una nena con una pelota de fútbol en vez de una muñeca.

Ella lo miraba como resintiendo su presencia.

–o0o–

Todos se sentaron en el comedor de esa casa a la cual Julio entraba por primera vez. Le maravillaba la similitud con la suya. Era como si hubiera atravesado un espejo. La disposición de los cuartos era idéntica. Hasta el mobiliario era similar.

Pero había algo distinto.

El frío.

Esta casa era más fría.

Y olía como a ropa recién tendida.

Graciela y la madre de Catalina ya llevaban un buen rato conversando. Hablaban con una naturalidad que crecía minuto a minuto, aunque la nueva vecina por momentos mostraba una clara dificultad para concatenar pensamientos básicos. Y a veces también entrecerraba los ojos, como si un cristal oscuro se hubiera antepuesto entre ella y todo lo demás. Rogelio asentía esporádicamente, y hacía alguna acotación que siempre era bien recibida.

Julio estaba sentado en el extremo del sillón que ocupaban sus padres. Catalina estaba a su derecha, en una silla de madera que parecía un trono por su altura y su nivel de detalle. Lo más llamativo era el tapizado que la engalanaba y sus posabrazos, que acababan en cabezas de leones a medio rugir.

Catalina no intervenía en la conversación. Ni siquiera miraba a nadie con esos ojos celosamente azules que tenía. Era como si estuviera en un espacio-tiempo distinto.

Julio quería decirle algo, pero no sabía ni por donde empezar. Y entonces, recordó que llevaba un bombón en el bolsillo de su camisa. Quizá podría utilizarlo para demostrarle a su nueva vecina que le caía bien. Que ella no tenía que mirarlo como lo había mirado hacía un rato, cuando su padre había llamado a la puerta.

–Tomá –le dijo. Catalina se quedó observándolo. Luego lo aceptó, con total indiferencia. Lo colocó ásperamente en el posabrazos de su silla. Y no le prestó más atención que antes. Ni a él, ni a nadie.

–Nos dice María Carmen que te gusta el fútbol –Rogelio hizo el comentario en un tono muy respetuoso, como se le hablaría a un adulto.

–¡A Cata le encanta jugar al fútbol! ¡Y también hacer Taekwondo! –agregó su madre con una emoción abrumadora, y en un tono por demás aleccionador.

–¡Qué bien! Sos toda una deportista –comentó Graciela de manera más mesurada. Y entonces añadió: –¿Sos buena?

Catalina ahora los miró a todos. Contempló a ese niño de su misma edad que parecía tan frágil, y que la observaba detrás de esos lentes ridículos, que lo hacían parecer un búho. Ese niño, sentado al lado de esa mujer que cargaba con un bebé, y al lado de ese hombre que infundía tranquilidad.

Ese niño. Esa mujer. Ese hombre.

¿Por qué todos los demás tenían un papá y una mamá, y ella no?

–Soy la mejor. Toda mi vida voy a ser la mejor. Voy a ser mejor que todos ustedes juntos.

Habló con una voz tremendamente fuerte para una niña de su edad. Quedaron todos en silencio. No era solo lo que había dicho, sino cómo lo había dicho y articulado. Cómo los miró, y cómo los seguía mirando. Sus ojos parecían capaces de anclar todo el odio del mundo.

Lucía lloró en el preciso instante en el cual alguien tendría que retomar la conversación de alguna u otra forma.

–¿Tu hija tiene hambre?

–Sí. Muchas gracias por recibirnos, ya nos vamos. Fue un placer conocerlas a las dos.

Catalina se levantó rudamente, y se dirigió a su cuarto. Al hacerlo, el bombón que le había dado Julio cayó al piso. A ella ni le importó. Puede que ni siquiera lo notara.

Julio sí que lo notó.

Y también reparó en la ubicación del cuarto de Catalina, en una de las esquinas de la casa. Estaba exactamente pegado al suyo.

María Carmen los acompañó escaleras abajo. Les agradeció a todos por darles la bienvenida al barrio. Dijo que era un gesto que no olvidaría.

–Si necesitás cualquier cosa, nos avisás. Y si tu hija necesita algo –continuó tras una breve pausa en que la miró firmemente a los ojos– no dudés en pedírmelo tampoco.

La madre de Catalina volvió a darles las gracias.

Eran palabras sinceras en ambos casos.

Ya de vuelta en casa, Julio notó que sus padres casi no hablaban. No hacían ningún tipo de comentario.

Rogelio salió. Faltaba hacer algunas compras para la cena. Y Julio se sorprendió porque cuando volvió también le trajo uno de esos libros de superhéroes para colorear que tanto le gustaban. Lo común era que se los regalaran una vez por mes, como recompensa por las notas en el colegio. Seguramente era porque se había comportado muy bien con las nuevas vecinas. Seguramente.

Rogelio le dijo que se quedara jugando en su cuarto. Él y su esposa fueron a hablar a su dormitorio. Cerraron la puerta.

Tuvieron una larga conversación.

Julio estaba sentado en el piso, feliz con su libro y sus lápices. En un momento, le surgió la duda de cómo colorear exactamente la armadura de Iron Man. Se incorporó para fijarse en alguna historieta de las muchas que tenía en las repisas de su cuarto.

Al acercarse a la pared, escuchó claramente a alguien que lloraba del otro lado.

–o0o–

Al día siguiente, Julio iba al almacén de la esquina con su padre. Catalina estaba pateando su pelota contra una pared. Si bien la calle estaba repleta de niños, nadie la había invitado a jugar. Y Catalina no le había preguntado a nadie si podía jugar con ellos.

–¿Estás jugando al fútbol? –le preguntó Rogelio cuando pasaron a su lado.

–Sí –la respuesta fue acompañada por una patada descomunal. Julio se estremeció cuando la pelota impactó contra la pared.

Cuando volvían del almacén, Catalina seguía en el mismo lugar. Pateaba la pelota con una ira cada vez mayor. Estaba jugando al fútbol.

*A Cata le encanta jugar al fútbol.*

–o0o–

–Catalina Arjona. Julio Bernárdez.

Esa mujer con voz melancólica que sería su maestra pronunció sus nombres, y les indicó los pupitres que ocuparían. En ese colegio siempre se determinaba la disposición de los alumnos alfabéticamente.

Así que Julio y Catalina ocuparon sus lugares, uno al lado del otro.

Él se sentía cohibido por su vecina. No sabía bien cómo actuar ni qué decir en su presencia. Ella tampoco le decía nada, por lo que probablemente no le simpatizaba. No habían interactuado prácticamente nada desde que se mudara al barrio en el verano.

En realidad, ella era la que mantenía a todos a raya. Después de haberla invitado a jugar con ellos en un par de ocasiones solo para recibir una áspera negativa, el resto de los niños del barrio comenzó a guardar su distancia.

Así que sentado a su lado el primer día de clases, Julio se limitó a sacar su cuaderno y colocarlo sobre la mesa. Luego hizo lo mismo con su cartuchera, que tenía una ilustración de Iron Man y Thor combatiendo a Loki.

De haber mirado al costado, se hubiera dado cuenta de la curiosidad enorme con que Catalina observó esa cartuchera ni bien la había dejado sobre la mesa.

–o0o–

Fue el sábado más gélido de aquel invierno. Julio había ido con su madre al supermercado. Estaban frente a la góndola que tenía los productos lácteos cuando se encontraron cara a cara con la madre de Catalina. María Carmen se movía lento, sus pies parecían no poder tocar la tierra. Los saludó con una voz que sonaba como preparada para juntar la negligencia de sus silencios más contradictorios, y convertirlos en todo lo que siempre había sabido. Graciela le preguntó qué había pasado.

–Mi esposo llamó.

–¿Qué pasó? –dijo Graciela mientras la tomaba del brazo y se la llevaba a un costado. Julio igual llegó a escuchar la conversación.

–Catalina atendió. Le saqué el teléfono. Pero hablaron.

–¿Y ahora dónde está? ¿La dejaste sola?

–Estaba durmiendo.

–¡Pero no la dejés sola! Te dijimos qué si vas a salir la podés dejar con nosotros. ¿Cuándo tiene sesión de nuevo con el psicólogo?

–El lunes.

–¿Y vos cuándo vas a que te vean la medicación?

–El jueves... ¿O el viernes?

Ahora su madre apartó aún más a María Carmen. Julio ya no se enteró de lo que estaban diciendo.

Todo lo que supo fue que su madre se veía realmente preocupada cuando volvió a su lado. Se veía hasta molesta. Eso no era común.

Volvieron los tres juntos del supermercado.

Catalina no estaba durmiendo. Estaba afuera, con su pelota. Pateándola. Cada golpe sonaba más crudo, más implacable que el anterior, como si un enajenado estuviera golpeando la puerta de un calabozo.

La lluvia empezó a caer en ese preciso instante.

–¡Cata! ¡Entrá! ¡Te vas a resfriar! ¡Entrá!

Catalina no se inmutó ante el llamado de su madre.

Miró a la pelota, a la pared, y de nuevo a la pelota. Entonces le dio una patada bestial, que hizo que terminara de destrozarse por completo. Lo que quedó de ella cayó como una roca a los pies de la pared. Catalina se acercó, y lo pateó violentamente a un costado. Al hacerlo perdió el equilibrio, y se quedó sobre una rodilla, con ambas manos en el piso. Parecía un perro que alguien echó a la calle. Y entonces, sobrevino un diluvio. El agua comenzó a desplomarse con una saña que amenazaba con abrir el pavimento.

Catalina se reincorporó con dificultad, y caminó de vuelta a su casa. Muy lentamente, como si cada paso que daba más que acercarla a su hogar la estuviera conduciendo al punto en que todo estaba más lejos de todo. Cabizbaja. Con su pelo negro azabache aplastado por la lluvia.

No miró ni a su madre, ni a la madre de Julio. Pero sí lo miró a él. Fue una fracción de segundo. Pero Julio nunca lo olvidaría.

Él nunca vería tanto dolor en una sola mirada, tanta vergüenza.

Tanta vulnerabilidad.

–o0o–

Una hora después, la lluvia ya se había detenido. Julio estaba sentado sobre su cama tendida. De la casa de al lado no se escuchaba nada.

En una de sus repisas tenía una pelota de fútbol que su padre le había regalado para el día del niño, hacía ya un par de años. Estaba completamente empolvada. No la había usado más de dos o tres veces.

No lo pensó mucho.

La tomó con ambas manos. La limpió envolviéndola con su buzo. La hizo picar una vez contra el piso. Y otra. Todo parecía estar en orden.

Entonces, con la pelota en brazos salió corriendo de su cuarto, bajó la escalera, abrió la puerta de su casa, depositó la pelota en la puerta de sus vecinas, llamó con todas sus fuerzas dos veces, y corrió dentro de su casa otra vez a una velocidad endemoniada.

No escuchó nada por varias horas.

Eran las seis y media cuando un golpe repentino en la ventana de su cuarto casi le dio un susto de muerte.

Era Catalina. Había pasado de un balcón a otro. Sí que era temeraria para hacer algo así. Estaban pegados, y casi a la misma altura. Era cierto. Pero aún estaban resbaladizos por la lluvia. Julio nunca hubiera pensado siquiera en hacer algo semejante.

Pero Catalina sí, y ahí estaba. Lo miraba fijamente a través del cristal. Levantó algo, y se lo mostró por un segundo. Julio no llegó a ver bien que era. Solo notó que era algo colorido. Catalina lo dejó afuera de la ventana, y se marchó tan raudamente como había llegado.

Julio se quedó anonadado por lo que acababa de ocurrir. Todo había acontecido tan rápido que ni siquiera había atinado a ponerse de pie. Recién ahora se levantaba y se dirigía a la ventana, a ver qué había del otro lado.

Iron Man.

Era una historieta de Iron Man.

Y adentro, una hoja de papel doblada con mucho cuidado que decía “GRACIAS”.

## III

## California

Volvían los dos juntos del colegio, como era costumbre ahora. Julio iba un par de pasos rezagado, limpiándose las lágrimas con el puño de la camisa. Sin detenerse, ella miraba hacia atrás y le decía con un ímpetu colérico:

–¡No llorés más! ¡Cortala! No tenés que llorar, ¡tenés que ser fuerte! ¡Cuando seamos grandes y seamos novios vos me tenés que cuidar a mí, yo no te tengo que andar cuidando a vos!

Ahora tenían diez años. Pasaban la mayor parte del tiempo juntos. Todos los mediodías Catalina lo esperaba puntual en la puerta de su casa, y partían al colegio. Seguían siendo compañeros de banco. Y merendaban siempre en la casa de Julio cuando volvían por la tarde.

Aquel día, él lloraba porque un grupo de niños de sexto año lo había estado molestando mientras esperaba que Catalina saliera de su clase de taekwondo. Se burlaban de sus lentes, de su peinado y de su mochila. Le decían que era de nene chico. Se la habían quitado, y se la estaban pasando por encima de su cabeza. Él no hubiera podido ni con uno solo de ellos. Catalina apareció de la nada, aventando al que los lideraba contra un portón de una patada voladora en la espalda. La dureza del golpe y la forma en la que cayó fue tal que los otros huyeron despavoridos, arrojando la mochila a un costado.

Catalina levantó al que había pateado, y lo empujó hacia el cordón de la vereda. "La próxima te mato", le dijo mientras lo veía incorporarse y darse a la fuga a los tumbos. Ni se lo gritó. No hacía falta. No necesitaba levantar su voz para transmitir peligro.

Julio seguía varado en el punto exacto que había ocupado desde que lo empezaran a molestar. No se había movido un ápice, ni siquiera en el instante en que ella había irrumpido en escena. Trataba de encontrar la fuerza para levantar la mirada entre los sollozos que lo embargaban.

Antes de que se diera cuenta, tenía a Catalina parada frente a él. Había recogido su mochila, y ahora le daba con ella contra el pecho. Julio apenas atinó a tomarla en sus brazos. Siguió exactamente donde estaba, ahora con lágrimas que le rodaban por las mejillas.

Catalina ya se encontraba casi a media cuadra de distancia cuando la buscó con la mirada.

Corrió detrás de ella. Pronto la alcanzó.

Le hubiera resultado imposible imaginarse que un día ella iba a ser quien corriera detrás de él.

–o0o–

Nadie podría adivinar que Catalina tenía tan solo trece años. Si ella quería, su cuerpo curvilíneo y su altura le permitían acusar mucha más edad. El cabello ahora le regaba la espalda en ondas oscuras que se detenían justo sobre su cadera. Y por delante, se desplegaba sobre su frente como un cortinado que dejaba solo el azul de su ojo derecho visible.

Lo que se había mantenido incambiado era su trato con los demás. Estaba tan lejos de todos como lo había estado siempre. Al resto de la clase le caía francamente mal. Sus antipatías hacia sus compañeras eran innúmeras. Y la violencia siempre latente en su proceder lograba amedrentar hasta a los varones. Ninguno de ellos se le acercaba. Que fuera tan bonita no compensaba el carácter que tenía, y las situaciones que podían surgir por el mero hecho de interactuar con ella.

Y Catalina ni siquiera se juntaba con las personas conflictivas del grupo, aun cuando eran las únicas que compartían sus gustos musicales. Era reacia a interactuar con quien fuera.

De no ser por Julio, estaría efectivamente sola. Porque su madre no estaba realmente ahí para ella.

Pero ese tema no se tocaba, por más que era una verdad avasallante. No le gustaba hablar sobre ello. Y Julio no le hacía preguntas. Ella asumía que todo silencio equivalía a una ausencia de juicio. Siempre lo haría.

Y en lo que respectaba a Julio, tampoco se lo podría definir como alguien popular. De hecho, distaba mucho de serlo. Era enormemente aplicado, no faltaba nunca, jamás molestaba en clase y sus notas eran de las mejores. Esto de por sí ya alcanzaría para condenarlo a un ostracismo indisoluble. Pero su apariencia no ayudaba en absoluto, con unos lentes tan grandes como siempre y un peinado con una raya al costado que minaba cualquier semblanza de modernidad. Y por supuesto, ser el único amigo de Catalina difícilmente era visto como algo encomiable por los demás.

Así que lo único que tenían era el uno al otro. Y les alcanzaba con eso, les bastaba con que sus soledades se protegieran recíprocamente, con vivir sin vivir a través de ojos en los que mirarse como si no hubiera otras verdades en las cuales reflejar sus días, y de sonrisas que compartir como si fueran las únicas oraciones que pudieran rezarse en un mundo de falsos silencios.

–o0o–

Ocurrió dos semanas después que Catalina cumpliera quince años. No tuvo fiesta. No le interesaba en lo más mínimo. ¿Con quién iba a celebrar algo, para empezar? Pero sí recibió un equipo de música con bandeja para CDs como regalo de cumpleaños. Y Julio fue quien le obsequió su primer disco compacto, el celebérrimo "Nevermind" de Nirvana.

Ya lo tenía en casette, pero la calidad de reproducción de este nuevo soporte podía crear un nuevo álbum hasta en la obra más consabida. Catalina lo estaba escuchando a toda hora, con una intensidad que no daba el menor indicio de lo interiorizado que ya lo tenía. Porque "Nevermind" era la pieza más preciada de su colección, la cual tenía como puntos cardinales tanto al grunge como a casi todas las bandas de metal de la década anterior, especialmente Poison y Motley Crew.

Ese era precisamente el disco que escuchaban aquel domingo. Estaban los dos sentados en su cama. Julio leía una revista inglesa de computación que había logrado encontrar en una librería de Tristán Narvaja, a un precio asequible. Estaba desarrollando una verdadera afinidad por esa lengua gracias a su pasión por la informática. Catalina estudiaba los fragmentos de las letras de Kurt, impresos en el librillo que venía con el disco. Cada uno estaba en su mundo. O eso parecía.

–Mi papá está en Estados Unidos –Catalina pronunció esas palabras de un modo tan inesperado como contundente. Probablemente no se detuvo a pensar en el peso que acarreaban.

Julio se quedó inmóvil, como lo hacía cada vez que una situación lo superaba. Su vista seguía detenida en la revista que tenía entre sus manos, pero ya no miraba ni leía nada en particular.

–Está en California. Llegó una tarjeta por mi cumpleaños. Mamá la escondió, pero yo igual la vi –Julio la miró, sin saber bien qué decir. Bajó la vista, y pasó un par de hojas. Fingió concentrarse en un artículo

sobre programación cuyo título ni siquiera entendía del todo. Ella prosiguió, con la vista detenida en algún lugar más allá de la ventana. La música concluyó en ese preciso instante.

–Voy a aprender inglés. Mucho inglés. Más inglés que nadie –ahora lo miraba fijamente–. Y cuando sea grande, lo voy a ir a conocer.

Julio se apremió de un terror cuya magnitud le resultaba totalmente ajena. Era la primera noticia que escuchaba que lo conmocionaba así, la primera noticia que podía confundir los límites de lo que (para él) era una existencia claramente definida.

Lo asaltaba la angustia de que su vida y la de su mejor amiga se dirigirían por rumbos totalmente irreconciliables. Y sentía que nada de lo que dijera podría alterar ese destino que comenzaba a escribirse en ese mismo instante, con letras tan tristes como su entendimiento de la realidad.

Las escasas aptitudes que tenía para lidiar con situaciones incómodas se estrechaban más y más a cada segundo. Estaba pensando en una forma medianamente aceptable para ausentarse de la habitación y volver a su casa cuando ella lo abrazó.

–Vos me tenés que ayudar–. Se lo dijo al oído. Recién entonces él también la abrazó, dejando caer la revista sobre la cama. Se quedaron así unos minutos, abandonados a un sentimiento que habitaban y que los habitaba. Ella fue la que comenzó a separar su cuerpo del suyo.

Lo besó en los labios cuando lo estaba haciendo. "Es mi sueño. Vos me tenés que ayudar". Hizo una pausa, como si esta vez sí estuviera midiendo el impacto de lo que diría. "Quiero una familia... Tenés que ayudarme." Si le hubiese dicho algo aquel día que destrozó su pelota de fútbol contra la pared y lo miró a los ojos, su voz seguramente hubiera sonado lo lastimosa que estaba sonando ahora.

–Yo te voy a ayudar.

–¿Me lo prometés?

–Te lo prometo.

Catalina descansó su cabeza contra su pecho. Julio la envolvió con sus brazos, como quien protege algo preciado a pesar de todas sus fallas, y lo hace de forma tal que los demás no puedan percatarse de ninguna de esas imperfecciones.

No sabía cómo ni de qué forma, pero sabía que de algún modo iba a conseguirlo. Ella también iba a tener una familia.

No sabía cómo.

–o0o–

Todo cambió después de aquel domingo. Sus labios no volvieron a juntarse, pero ahora era habitual que ella le tomara la mano cuando hacían el trayecto que separaba sus casas del liceo.

Julio pensaba en besarla todo el tiempo. De hecho, no había nada que deseara más. Ver como esos ojos azules se cerraban con las pupilas fijas en los suyos mientras pronunciaba su nombre, y entonces sentir esa suavidad y ese aliento encendido sobre su boca...

Pero le faltaba la entrega y la pulsión egoísta que constituyen la verdadera fuerza motriz de cualquier enamorado. Constantemente buscaba excusas para que sus labios pudieran encontrarse, pero en su mente todas esas excusas sonaban igual de serviles, e igual de inútiles.

Cuando no estaba ni el liceo ni en el dojo, Catalina ahora frecuentaba la Biblioteca Nacional con la misma periodicidad que visitaba la biblioteca del Instituto Anglo, y la biblioteca de la Alianza Cultural Uruguay-Estados Unidos. Económicamente, carecía de la holgura necesaria como para poder asistir a clases privadas de inglés. Así que por el momento debía contentarse con eso, y complementar lo que aprendía en el liceo con los materiales que pudiera recabar por sus propios medios.

Julio era un referente permanente en esta nueva empresa. Él sí acudía a clases en el Anglo. Lo hacía desde los doce años, y (por más empecinada que se encontrara) Catalina aún tardaría mucho en alcanzar el conocimiento formal y estructural de su amigo. Julio era el mejor guía que ella podría tener en estas excursiones a través de ese mundo que ella conocía principalmente a través de la música, una suerte de ventana que le mostraba solo una parte de un paisaje infinitamente más amplio, y (por momentos) extremadamente laberíntico. Tendría que emplearse a fondo para poder abarcarlo en su totalidad.

Así transcurrieron los primeros meses de aquel año. Julio hubiera deseado que nunca terminaran, hubiera deseado poder ocupar siempre el papel que ahora había empezado a desempeñar en su vida. Dejó de hacer cosas que disfrutaba, y no le importaba. Ya no pasaba tanto tiempo con su computadora, con sus libros y sus revistas. Dedicaba mucho tiempo a crear ejercicios para Catalina, y hacía un esfuerzo desmedido para corregirlos una vez que ella se los devolvía.

Y en un punto, comenzó a tener comportamientos antisociales en su propia casa. Empezó a mantener distancias verbales y físicas de su familia, distancias que antes hubieran sido equiparables a la peor de las negruras. A veces no comía con el resto, se quedaba en su habitación, como si todo lo que significaba algo hubiera cambiado de consistencia.

Al ser cuestionado por sus padres un día en su habitación, les explicó que estaba haciendo lo más importante que había hecho en su vida, y que no quería que lo molestaran, que él sabía perfectamente lo que estaba haciendo, y que tenían que entenderlo.

A sus padres les preocupó la forma en las que les habló. Lo hizo como si no le importara si lo estuvieran escuchando o no. Habló como si estuviera conversando consigo mismo, y justificándose todas las actitudes que venía teniendo en voz alta. Rogelio lo miró, y le dijo despacioso, “Hacés esto hasta fin de año, y solo hasta fin de año. Después, nunca más. ¿Estamos de acuerdo, hijo?”. Julio lo escuchó con los ojos cerrados y dijo que sí, volviéndose en su asiento. Al salir del cuarto, Rogelio le pasó el brazo por sobre el hombro a Graciela, y le dijo en tono confidencial, “Esto es solo una etapa… es solo una etapa”.

Pero para Julio no lo era. Esto era lo más real que había sentido y conocido. Y era el inicio de algo más grande.

Tenía que serlo.

–o0o–

–Dale, cagón. ¡Andá! ¡Preguntale! ¿Qué tenés miedo? ¿Que te pegue porque le hablastes? ¡Y además no está el amigo gil ese con el que anda siempre! Y además perdistes, ¡tenés que ir vos!

–Bueno...

Catalina ocupaba el extremo de uno de los largos bancos de granito que rodeaban el patio del liceo. A pesar de que llevaba falda, estaba sentada sobre la barra que servía de respaldo. Leía una Newsweek que Julio le había conseguido, con una mueca de antipatía en el rostro. No había nadie más sentado en ese mismo banco. No había nadie más en varios metros a la redonda.

El muchacho se aproximó con cautela, prácticamente agazapado, como si temiera que un golpe se disparara en su dirección de un momento a otro. En esa postura, su larga cabellera rubia le ocultaba buena parte del

rostro. Y cuando habló, su voz fue poco clara, como si estuviera saliendo de una boca sin labios. Sus amigos ya estaban teniendo serias dificultades para contener las carcajadas.

–¿Catalina?

Ella ni volteó la cabeza. Hubiera sido lo mismo que hablarle al aire.

–¿A vos te gusta Nirvana, no?

–¿Qué me preguntás algo que ya sabés? ¿Me estás jodiendo, nene? –seguía sin mirarlo, y le respondió con el tono de quien lee una sentencia de muerte.

Pudo escuchar las risas a su espalda. Tragó saliva antes de volver a dirigirle la palabra.

–No, no, pará... Mirá, es así. A fin de año está el concurso de talentos, nosotros queremos tocar unos temas de Nirvana, pero no tenemos cantante –había comenzado a hablar con seguridad. Ahora ya no estaba encorvado en lo más mínimo. Y su rostro podía apreciarse con claridad. Tenía facciones delicadas, y unos ojos grises que parecían estar muy alertas.

–Yo no canto. ¿Y quiénes son "nosotros"? –ahora por lo menos Catalina lo estaba observando.

El muchacho le señaló a sus tres amigos. Eran las personas conflictivas del grupo.

Si bien Catalina no se trataba con ellos, ninguno le resultaba extraño. Todos tenían algún distintivo de Nirvana o Guns 'n' Roses en sus mochilas. Y las veces que había escuchado algún fragmento de sus conversaciones al pasar, siempre estaban hablando de música. No sabía que tuvieran una banda, pero era ciertamente lógico.

Con su mano en la espalda, el rubio les hizo un gesto para que se acercaran. Lo hicieron lentamente, y se quedaron a unos pasos del lugar que él ocupaba.

–Yo soy Juan. Toco la guitarra. Mi primo Martín toca la batería, su hermano Sebastián toca la otra guitarra. Emmanuel toca el bajo.

Cada uno de ellos la saludó de forma distinta mientras los nombraba. Martín le sonrió y le guiño un ojo, Sebastián le sonrió también, y fingió tocar un acorde en el aire. Parecía ser mucho más viejo que los demás. Sus dos brazos estaban tatuados. Emmanuel le asintió, con una expresión muy seria. Catalina notó que era el único del grupo que no le estaba mirando las piernas. Él la observaba directo a los ojos, como estudiándola.

–Yo no canto.

–¿Cómo sabés? Vení a un ensayo, ¡probá a cantar con nosotros! ¡Tenés toda la actitud!

–¡Dale Cata! –la animó Martín, el baterista. Era bastante obeso, con pelo castaño enrulado y una voz muy aguda–. ¡Nos preparamos para el concurso, lo ganamos, y después seguimos de largo! ¡Hasta California no paramos!

Todos rieron con esas palabras. Todos menos Emmanuel y Catalina. Solo él reparó en cómo había cambiado la expresión de su rostro cuando Martín dijo eso.

–¿Dónde ensayan? –preguntó ella, totalmente impedida de no hacerlo. Repentinamente, se sintió como acorralada. Sintió que algo podía provocar su incertidumbre.

Eso fue enteramente nuevo.

Y no le gustó.

–En mi casa, en el Barrio Sur –Emmanuel tenía una voz muy recia. Era como si cada palabra que pronunciara fuera el inicio de una valoración durísima. En el momento que comenzó a hablar, se apartó de los dos hermanos, pasó al lado de Juan y avanzó hasta quedarse cara a cara con Catalina. Sus miradas no dejaron de encontrarse ni por un instante.

–Hoy de tarde ensayamos, a las seis.

Se observaban cada vez con mayor intensidad. Los otros tres contemplaban la escena con algo que no era temor, pero que tenía un elemento visible de miedo. Algo no estaba bien.

–¿Me das la dirección? –dijo ella, con una ligera inclinación de la cabeza.

–Dame tu mano.

Catalina hizo lo que le ordenó. Emmanuel la tomó con firmeza, y escribió una dirección en su palma abierta.

–Te esperamos.

Ella no le dijo nada, y el no responderle a una persona como Emmanuel era la respuesta más inequívoca de todas. Eso habría de aprenderlo luego, cuando ya no existía un camino hacia adelante que pudiera ser acertado, ni un camino de regreso a lo que una vez quiso existir.

Emmanuel soltó su mano, y sin mediar palabra se dirigió hacia la escalera que conducía al interior del edificio, en el otro extremo del patio, más allá de las sombras que se hincaban como gestos tan resueltos sobre las lozas blanquecinas. Los otros tres lo dejaron pasar, y se posicionaron luego

a sus costados. Los dos hermanos se colocaron a su izquierda, y Juan a su derecha.

Cuando llegó al pie de la escalera, Emmanuel súbitamente se volteó. Catalina lo seguía contemplando. No había dejado de hacerlo desde que le diera la espalda.

Ninguno de los dos entendió exactamente lo que había en esa mirada que se habían entregado todo el rato.

Pero era obvio.

Se habían mirado como dos traidores que el día menos pensado se reconocen en el fondo del precipicio donde se entierra la inocencia.

–o0o–

Ese mismo día habían acordado que se encontrarían en la puerta del liceo. Julio estaba llegando tarde, pero por lo menos había conseguido fotocopiar esa gramática de la lengua inglesa para ella. La bibliotecaria se la cedió por media hora para fotocopiarla solo por tratarse de él, y porque en todos estos años nunca se había retrasado ni un minuto en devolver un libro. Era un ejemplar precioso; estaba fuera de circulación, y la biblioteca del Anglo era la única que conservaba una copia.

Julio estaba fuera de sí mismo, sentía que no existía cosa alguna que no pudiera hacer por Catalina, ni prueba que no pudiera arrostrar. Caminaba, corría, y volvía a caminar, como si no supiera si deseaba prolongar este momento, o llegar de inmediato a la próxima instancia.

Catalina lo estaba esperando recostada contra una de las vallas en la puerta del liceo. Sus ojos vagaban por las fachadas de la vereda de enfrente, todas opacas, todas como murallas que ahogaban las vidas en su interior.

Julio llegó a su lado, y luego de tomarse unos segundos para recuperar el aliento le extendió las fotocopias, del mismo modo que se le entrega un galardón a alguien.

Ella lo recibió con displicencia. No lo miró a la cara. Ni siquiera miró del todo en su dirección.

–¿Ahora vamos a estudiar?

–No, hoy no. Tengo que ir a un lugar –dijo, e hizo una pausa como la de quien calla a mitad de frase. Pero eso era todo lo que tenía para decir.

Julio la miró, sin entender bien qué estaba ocurriendo, y sin darse cuenta de lo que estaba por pasar.

–¿Pero más tarde vas a venir a casa? ¿Vamos a estudiar? ¿Vas a venir a casa? –casi no tenía aire, pero eso no era un entorpecimiento para hablar a toda velocidad.

–Te dije que no.

Julio avanzó dos pasos hacia ella.

–Pero… ¡pero conseguí la gramática! ¡Vamos a estudiar!

–¡Te dije que no! ¡Hoy no! –Catalina gritó, con la saña de quien lanza un improperio, y todo su cuerpo se estremeció. Trató de no mirar a Julio a los ojos, pero no puedo evitar hacerlo por un instante. Y entonces, le dio la espalda. Él se había quedado totalmente conmocionado. Se estaba quieto, como alguien que ha sufrido una herida profunda, y sabe que un solo movimiento le puede costar la vida.

Catalina clavaba las pupilas en el cielo, y respiraba cada vez con mayor intensidad. Habló al cabo de unos instantes, con su vista dilatándose en el firmamento.

–Tenés que empezar a hacer cosas sin mí. Empezá a salir con otra gente –ahora hizo una pausa profunda, como si necesitara tragarse todo el aire del mundo para poder decir lo que seguía–. Olvidame. Empezá a hacer cosas sin mí –su tono fue hasta amenazante. Y sin dejar de mirar al cielo, preguntó de forma implacable:

–¿Entendiste?

Julio no habló.

–¡¿Entendiste…?!

Catalina se quedó esperando una respuesta.

Y no escuchó palabra alguna.

Tan solo sollozos, cada vez más fuertes, cada uno de ellos como marcando el final de una forma de misericordia distinta. Catalina se echó a andar rápidamente, como si la persiguiera una oscuridad insaciable. Trató de no correr, pero no pudo evitar hacerlo, y cuando dobló la esquina sus pies apenas tocaban el piso.

Entonces se detuvo. Lejos de la vista de Julio, lejos del sonido de su angustia, lejos del dolor que había ocasionado, teniendo la posibilidad de no hacerlo. Estaba temblando. Giró una vez sobre sí misma. Y otra. Y otra. Y entonces, descargó un golpe durísimo contra la pared con su mano derecha. Se laceró los nudillos. Y entonces, golpeó la pared varias veces con el filo de la mano, hasta dejarla casi en carne viva.

Cuando el ataque de furia hubo terminado, miró la palma de esa mano, con una expresión inanimada. Vio la dirección de Emmanuel escrita en ella entre los finos hilos de sangre que la recorrían.

Apoyó la mano que tenía sana contra la pared, y luego hizo lo mismo con su frente.

Al cabo de un rato quiso llorar.

Y fue ahí que se dio cuenta.

No podía.

Ya no podía hacerlo.

Algo en sus ojos se había muerto.

Y ya no podía llorar.

–o0o–

La casa de Emmanuel quedaba a unas pocas cuadras del tanque de gas de la Rambla Sur. Tenía una muy buena fachada, pero el interior era calamitoso. Los muebles y los pisos sufrían de una negligencia crónica, la pintura de las paredes se desprendía de a trozos y a nadie parecía importarle. Emmanuel vivía con su tía, y una hermana menor que miró a Catalina con desprecio, y se encerró en su cuarto a escuchar Slipknot a todo volumen sin saludarla siquiera (aunque justo es decir que Catalina no la miró de una forma muy amigable tampoco).

La banda ensayaba en el garage. Catalina no sabía casi nada sobre equipamiento, pero le impresionó lo grande de la batería y de los amplificadores, y lo reluciente que estaba todo. No se correspondía en absoluto con el resto de la casa y era como si alguien hubiera efectuado un montaje, y superpuesto un ambiente sobre otro.

Primero tocaron "Smells Like Teen Spirit", y les costó una enormidad ensamblarse. Fue necesario detenerse y empezar de nuevo cuatro veces. Juan y Sebastián (los dos guitarristas) erraron muchas notas, y Martín entró a destiempo en dos oportunidades distintas. Solo Emmanuel no se equivocó nunca. Funcionaba a otro nivel, podía enfocarse naturalmente en aquello que para el resto solo era tangible si se aplicaban a fondo. Tenía un bajo de cinco cuerdas, y en una carpeta guardaba partituras de temas de una complejidad muy superior a los de Nirvana,

Y Catalina no lo hacía mal, pero se notaba que era la primera vez en su vida que cantaba con un micrófono.

Recién cuando tocaron el tercer tema (“Come As You Are”) se comenzó a manifestar una cierta energía entre los cinco. Martín golpeaba los parches con más soltura, los dos guitarristas se miraban y sonreían, como congratulándose porque todo estaba saliendo realmente bien. Catalina dejó aflorar el caudal de su voz, y ésta alcanzó una sonoridad impensada. Y Emmanuel adoptó una postura más heroica con su bajo, lo tocaba con la intensidad de las personas para las cuales la música es el sustento de la verdad. Era como si impostara toda su vida pasada, presente y futura en el instrumento.

Y para el cuarto tema (“Heart-Shaped Box”) la clase de conexión que solo puede existir entre quienes llevan mucho tiempo ensayando jun- tos era palpable. Estaban creando algo tan anatómico que si alguien hubiera entrado al garage entonces, tendría que haber pensado que la banda llevaba junta por lo menos un año o dos.

Todos los temas que interpretaron luego estuvieron imbuidos de esa dinámica. El último fue “All Apologies”, y cuando terminaron, los cinco se miraron y sonrieron al mismo tiempo. Incluso Emmanuel. Fue una brevísima elevación de la comisura de sus labios, casi como un acto reflejo, desprovisto de toda intencionalidad. Pero fue una sonrisa al fin y al cabo.

Y esa sonrisa fue para Catalina.

Ella se dio cuenta. Detrás del micrófono, las mejillas se le encendieron, cruzó sus brazos sobre su pecho, y se quedó como recogida en sí misma.

Era la primera vez que alguien le hacía sentir algo así.

–o0o–

Ya era de noche cuando Catalina emprendió el camino de regreso a casa. Emmanuel se ofreció a acompañarla. No es que fuera lejos, y Catalina conocía bien la zona. Pero no estaba en condiciones de hacer el trayecto por sí sola. Una vez terminado el ensayo, habían estado tomando para celebrar lo bien que había salido todo. Catalina no estaba acostumbrada al alcohol. Pero no quiso parecer inmadura, por lo que consumió tanta o más cerveza que sus nuevos compañeros de banda. Y estaba sintiendo las consecuencias.

Así que Emmanuel ahora se encargaba de custodiarla hasta el Parque Rodó. Recorrieron casi todo el camino sin hablar. Él tenía las manos en sus bolsillos, y Catalina se aferraba a su brazo derecho con una fuerza alarmante.

Emmanuel comenzó a hablar cuando ya casi estaban por llegar

No decía cosas con mucho sentido o razón, y su voz era decididamente malsonante. Catalina asentía, y lo miraba todo el tiempo a los ojos.

Cuando faltaban solo dos cuadras, Emmanuel presionó sus labios contra los suyos. La besó hasta que a Catalina le faltó el aire, y tuvo que hacer su rostro a un lado. Entonces, Emmanuel la empujó contra la pared más cercana, y la comenzó a besar de modo aún más posesionado, como si no existiera diferencia entre amar y matar. Y después, se quedó un rato largo respirando en su cabello.

Cruzaron las pocas calles que faltaban en silencio total. Cuando alcanzaron su cuadra, Catalina le pidió que la dejara en la esquina. Los efectos del alcohol ya estaban remitiendo. Pero él no quiso, insistió en acompañarla hasta el zaguán de su casa. Estaba tan empecinado que Catalina tuvo que acceder. Y cuando lo habían alcanzado y ella sacaba las llaves para abrirlo, Emmanuel le dio un beso aún más violento, como si fuera un objeto al cual debía dejarle su marca personal para que nadie más pudiera reclamarlo luego.

Catalina se zafó, y abrió el zaguán apresuradamente. Emmanuel entonces la volvió a abrazar, y le dio un último beso. La mordió al final, dejándole los labios llenos de sangre.

Catalina cerró el zaguán con ambas manos (incluso cuando la derecha estaba vendada), subió un par de escalones y se sentó con pesadez en el descanso de la escalera.

No sabía bien qué pensar. Era como si una fuerza de la naturaleza estuviera invalidando todas sus ideas. Lo único que le quedaba era una sensación concreta. Muy concreta.

Y era que Emmanuel la había hecho sentirse como toda una mujer.

Emmanuel permaneció de pie frente a la casa de Catalina, y miró la ventana de su habitación. La persiana estaba cerrada, pero él la miraba como si estuviera abierta de par en par, y como si supiera que ese era su cuarto.

Por algún motivo, luego contempló de forma lúgubre a la ventana que quedaba más próxima a la casa de Catalina. Era la del cuarto de Julio.

La miró durante un largo, largo tiempo. Y entonces, comenzó a andar por esas calles donde reinaba el silencio que sigue a todas las cosas que son imprevisibles, pero que deben ocurrir.

Pensaba en Catalina.

Pensaba en el aroma de su
pelo. Pensaba en sus labios.

Sus labios, sus labios hijos de puta, hijos de puta cuando estaban lejos, más hijos de puta cuando estaban sobre los de él. Más perfectos cuando estaban mal.

Quería poseerlos por siempre, y habitarlos con la fuerza de un milagro. Y despedazarlos.

Y poseerlos.

Y poseerlos.

Y poseerlos.

Emmanuel caminaba cada vez más aprisa, de vuelta al Barrio Sur.

Lloraba y reía todo el rato.

–o0o–

Ese lunes, sus ropas eran totalmente negras, como si estuviera vistiendo luto por alguien. Y su cabello era un rubio flamígero. El cambio fue sorprendente, y Julio no pudo mirarla más que por unos segundos antes de sentir una desazón que le maceraba el alma.

Habían transcurrido dos semanas desde que Catalina empezara a juntarse con Emmanuel y su grupo de amigos, y esta fue la primera vez que le enseñó al mundo su nueva guisa.

Ese mismo fin de semana había tenido una pelea descomunal con su madre. Julio había escuchado todo desde su cuarto. Podía escuchar el menor susurro del otro lado, por lo que necesariamente tuvo que escuchar los gritos y los improperios aquella tarde. Catalina explotó cuando ella cuestionó sus nuevas juntas. Terminó insultando a todo y a todos, en un enajenamiento que pareció hasta metódico.

Menos a Julio. Y eso le llamó la atención, porque perfectamente podía haberlo hecho cuando su madre mencionó su nombre, y lo repitió varias veces. Ni bien nombraba a alguien, Catalina gritaba todas las obscenidades posibles, y desmerecía el papel que esa persona ocupaba en la vida de todos los involucrados.

Pero no Julio. Cuando su madre esgrimió su nombre, Catalina se quedó como muda. Y en vez de decir algo malo sobre su amigo de la infancia, la empezó a vituperar a ella, en la embestida más dañina que Julio nunca le conociera.

Se tuvo que tapar la cabeza con la almohada.

Pero no pudo evitar escuchar el final de la discusión.

Cuando Catalina le dijo a su madre que era una vieja de mierda. Y le deseó que se muriera de una vez, porque la tenía podrida.

Y ahora, la veía parada a un lado de Emmanuel, y le costaba reconocerla. Era como si despojarse de esas palabras la hubiera hecho arrancarse toda su humanidad, y solo hubiera quedado lo más desdeñoso y mortífero en su interior. Por su parte, Emmanuel demostraba una pasividad extraña, pero que claramente no era afectada.

Cuando Catalina intentó tomar la mano de su nuevo novio, Julio instantáneamente entró al edificio.

No vio cómo Emmanuel la rechazó, ni la expresión vacía de sus ojos al hacerlo.

–o0o–

Unas horas después, Julio estaba solo en el patio del liceo. Sin saberlo, había tomado asiento en el mismo banco que Catalina ocupaba el día que Juan y el resto de la banda le hablaron por primera vez. Y aunque tenía un libro en sus manos, su mirada estaba fija entre sus pies, y su aspecto en general era como el de alguien extremadamente negado.

Así que cuando esa voz colmada de curiosidad pronunció su nombre y lo hizo levantar la mirada, la sorpresa no pudo ser sino mayúscula.

Lourdes. Esa chica se llamaba Lourdes. Se sentaba siempre al fondo, y no tenía amigos en la clase. Era estudiosa, responsable y muy retraída. En muchos aspectos, era la versión femenina de Julio; su personalidad era un fiel trasunto de la suya.

Estaba parada frente a él con nerviosismo, pero en sus ojos había algo muy parecido a un reconocimiento.

–Mirá –le dijo en un tono algo vacilante, mientras abría rápidamente su mochila. Sacó varios libritos en inglés, y se los alcanzó. Julio los aceptó, y abrió los ojos en redondo al inspeccionarlos. Eran historietas. Pero el formato y el estilo eran totalmente diferentes a las que él acostumbraba leer. Y Lourdes volvió a hablar, antes de que él pudiera formular la primera pregunta.

–Es el equivalente japonés a los comics americanos. Se llama “manga” –explicó ella, con gran comedimiento–. ¿Vistes “Supercampeones”,

“Dragonball”, “Los Caballeros del Zodíaco”…? Bueno, en Japón todas esas series primero fueron historietas. Allá, todas las historietas que venden mucho después son series de tele. Las historietas se llaman “manga”, y las series “anime”.

Julio escuchaba todo, con un gesto que tenía bastante de otro mundo en el rostro. Lourdes lo miraba como si pudiera hablar durante semanas enteras sobre el tema.

Por supuesto que Julio conocía esos dibujos, habían sido una parte importante de su infancia, junto con otros más viejos como “Astroboy”, y algunos de robots como Mazinger Z. Como a todos los niños, el colorido y la animación lo fascinaban, y lo exagerado de los rasgos de los personajes le resultaba extremadamente divertido. Pero no sabía que se llamaban “anime”. Y no tenía idea que se basaban en estas historietas que se llamaban “manga”. Nadie sabía eso.

–¿De dónde los sacastes? –le preguntó, y la observó detenidamente. Menudo el talle, pelo negro, ojos como chispeantes. Sus ademanes cuando hablaba eran muy amplios, y cuando decía algo que consideraba importante se ponía de puntillas por unos segundos. Su voz era muy suave, cubría a las personas como pompas de jabón. Sonreía todo el tiempo.

–Mi tío es diplomático. Viaja mucho. Siempre me trae estas cosas, me encantan.

Entonces, Lourdes volvió a abrir su mochila, y reveló un nuevo librito. Esta vez, se trataba de un manga llamado “2001 Nights”.

–Este es de ciencia ficción, como te gusta a vos –comentó mientras se lo acercaba. Y ni bien Julio lo tomó en sus manos, hizo un gesto con sus labios que era típico de ella. Formó una especie de trompita, como si fuera a beber de un arcoiris.

–¿Cómo sabés que me gusta la ciencia ficción? –preguntó Julio mientras analizaba el diseño de la tapa, con una nave espacial muy diferente a las que estaba acostumbrado a ver en la literatura anglosajona.

–¡Todos saben que te gusta! –dijo ella, sin darse cuenta de lo emocionada que sonaba.

Julio guardó un hondo silencio. Nunca se había detenido a pensar qué tanto sabían los demás sobre él. Ser el amigo de Catalina había significado cortar de plano el trato con todos. Y llegado a esta instancia, ignoraba por completo qué se decía y qué no se decía sobre él.

Pensó en ello un buen rato, y pareció olvidarse que Lourdes estaba parada delante. Y cuando se dio cuenta y volvió a mirarla, ella lo estaba contemplando tan expectante como cuando inició la conversación.

–Gracias por esto –le dijo, levantando todos los tomos que tenía en la mano. Estaba verdaderamente agradecido– ¿Me prestás alguno para leer?

–¡Sí! ¡Sí! ¡Claro! Te los presto –Lourdes se puso en puntas de pie al decir la última frase–. Quiero que los leas. Me interesa tu opinión, ¡siempre me interesó!

–¿En serio?

–Yo siempre te quise hablar –prosiguió ella, y su voz sonó un poco precipitada, como si estuviera revelando información que guardaba desde hacía mucho– pero tu amiga me asustaba. Y por eso, no me acercaba a vos.

–¿Siempre me quisistes hablar? –preguntó Julio, arqueando una ceja.

–¡No! ¡No! O sea, no siempre –aclaró ella, moviendo su mano en el aire como un metrónomo fuera de control–. O sea, alguna vez, solamente.

Julio sonrió, y abrió el compartimiento de su mochila reservado para sus historietas. Tomó todas las que tenía, y se las ofreció a Lourdes.

–¿Querés leerlas? Te las presto.

–¡Sí! –exclamó ella, con una sonrisa que daba visos de una felicidad interior descomunal.

–Bueno, leé todo y contame– le solicitó él, con un gesto que podía haber parecido obsequioso, pero que era legítimo. Lourdes asintió, con una sonrisa de oreja a oreja, y le pidió exactamente lo mismo antes de despedirse y comenzar a andar hacia la cantina, dando pasos largos.

Julio la observó hasta que desapareció de su vista. Luego, echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando las nubes plateadas que se deslizaban por el cielo con una benévola gracia.

Después de estar un rato en esa postura, volvió a ojear las historietas japonesas que Lourdes le había cedido, esos “manga” que le resultaban tan novedosos y a la vez tan familiares. Estaba seguro que primero iba a leer “2001 Nights”.

Decidió ir al baño antes de que terminara el recreo. Se puso de pie, entró a la galería y caminó los pocos metros que lo separaban de la puerta.

Una vez adentro, miró su rostro en el espejo de la pared. Y le sorprendió lo que vio. Sus ojos tenían la clase de brillo de alguien que finalmente está volviendo a casa tras haberse perdido en los gritos de una ausencia eterna. Pero cuando estaba parado frente al inodoro, sintió como

si le hubieran dado un mazazo, y las piernas se le doblaron. Vomitó todo el desayuno, y luego de retorcerse durante unos instantes apoyó su espalda contra la pared y se quedó acurrucado, aferrándose el pecho con afán, como si estuviera por explotarle.

La angustia terminó al cabo de unos minutos.

Pero le quedó una sensación fría en el pecho, la sensación que in- vade a una persona cuando cobra conciencia de que su vida ha transcurrido deseando un imposible, y que por haber obrado de tal modo la diferencia entre sentir mucho y no tener nada se reduce a exactamente lo mismo.

–o0o–

La primera vez que Catalina y Emmanuel se pelearon no fue la más virulenta, pero fue la que tuvo más repercusiones debido a todas las perso- nas que terminaron involucradas.

El concurso de talentos llegaría en menos de tres meses, y la banda tenía que ponerse de acuerdo en los temas que presentaría.

Era necesario escoger solo dos, y esto hizo que Emmanuel y Catalina se enzarzaran en una discusión que rápidamente perdió los estribos.

Emmanuel quería tocar “Rape Me”, y Catalina “Smells Like Teen Spirit”. Las dos canciones eran muy similares, pero Emmanuel decía que la letra de “Rape Me” complementaba perfectamente a la de “All Apologies” (el otro tema que ya habían decidido de forma unánime que tocarían). Y además subrayó el hecho de que si bien “Rape Me” compartía el mismo riff de guitarra que “Smells Like Teen Spirit”, la canción en su conjunto sonaba mucho mejor, mucho más refinada.

Y Catalina nunca podría estar de acuerdo con eso.

“Nevermind” era su disco favorito, y sentía la necesidad de representarlo con al menos una canción (“All Apologies” provenía del álbum “In Utero”). Y argumentaba que “Smells Like Teen Spirit” era infinitamente más conocida que “Rape Me” (lo que era cierto – fue la canción que popularizó el grunge en los Estados Unidos, y que catapultó a Nirvana al estrellato).

Era imposible que alcanzaran un consenso, y a medida que la discusión avanzaba todo lo que decían sonaba como una irrisión mayor contra los deseos del otro.

Catalina pronto perdió la paciencia, y comenzó a recriminar a Emmanuel por la poca atención que le prestaba, y por lo lejos que lo sentía cuando estaban juntos. Emmanuel le repuso con fastidio que era ella la que no sabía ubicarse, la que no sabía desempeñar su papel en una pareja.

Y le dijo que tenía que mejorar muchísimo como cantante.

Que desafinaba siempre que abría la boca.

Y que no tenía nada de oído.

Los gritos y los insultos de Catalina fueron apocalípticos, igual que la patada que le pegó al parche del bombo cuando corrió afuera del garage. Juan, Martín y Sebastián intercambiaron miradas de estupefacción.

Emmanuel se quedó afinando su bajo de cinco cuerdas, con ademanes lentos y sistemáticos.

Cuando terminó, se agachó para recoger la carpeta donde guardaba sus partituras, y dijo: "Más tarde, vamos hasta la casa".

–o0o–

El portazo que dio Catalina fue semejante al golpe de una bola de demolición buscando abatir una muralla gruesa como la capa de un bun- ker. Julio estaba en el otro extremo de su casa, e incluso en ese lugar el estrépito fue tal que le llenó el pecho de congoja. Caminó hasta su cuarto y se sentó en la cama, sin apartar la mirada de la pared que lo separaba de Catalina.

Ella comenzó a escuchar el disco "Look What The Cat Dragged In" de Poison.

Ese mismo día, Julio iba a visitar la casa de Lourdes por tercera vez. Ya había conocido a sus padres y a sus hermanos. Y lo habían recibido de maravilla.

Quería pedirle a Lourdes que fuera su novia, y estaba tratando de elegir las mejores palabras cuando restalló ese portazo brutal.

Y ahora, no podía enfocarse en nada. Era como si un abismo de tinieblas se hubiera abierto a sus pies, y todas sus ideas resbalaran en él. Se cambiaba de postura de forma rápida y constante, y apretaba las palmas de sus manos.

El timbre sonó como una hora después, cuando el disco ya había terminado e imperaba el silencio. Fueron tres toques iguales y precisos. Era Emmanuel. Ni bien entró al cuarto de Catalina y comenzó a hablar sobre

lo que sentía por ella, Julio se incorporó, caminó al patio interior de su casa, recogió su campera y empezó a descender las escaleras.

Martín, Sebastían y Juan estaban tomando cerveza en el cordón de la vereda cuando Julio abrió la puerta y salió a la calle, solo con media manga de la campera puesta.

–¿Vos sos el que andaba con Cata antes? –espetó Juan apenas lo vio, mientras Sebastián tragaba un buche largo.

Julio los miró, asustado, y se apresuró a cerrar la puerta. Pero los nervios (y la campera mal puesta) hicieron que se le cayeran las llaves. Se dobló para recogerlas, y se encontró con el pie de Juan pisándolas. Sebastián estaba parado a su lado.

Martín no se acercó, ni participó en la conversación.

–¡Sos vos, sí! ¡Vos sos el amigo bobo de Cata! –rió Juan.

Julio se puso lentamente de pie, para no quedar tan expuesto. Estaba aterrorizado. Miraba hacia ambos lados y su cuerpo amenazaba con venirse abajo, como si sus piernas fueran dos columnas hechas de arena.

–Hablá bobito, ¿o además de nabo sos mudo?

–Es nabo, mudo y chupapija –agregó Juan, y los dos se carcajearon. Se acercaron aún más a él.

Emmanuel y Catalina bajaron a la calle justo en ese momento.

A Emmanuel le bastó con contemplar la escena una vez para entender lo que estaba ocurriendo. Y dijo, con una voz profunda como un bajo:

–No lo jodan. A él no.

Sebastián retrocedió varios pasos, sin dudarlo siquiera. Pero Juan se quedó donde estaba y lo miró de forma desdeñosa, cuestionando su autoridad.

Emmanuel lo contempló por unos instantes apenas, y avanzó lo justo para darle un golpe perfecto en el mentón. Juan cayó al suelo como una bolsa de basura.

–No lo jodan –dijo Emmanuel con gravedad. Y entonces miró a Julio, de una manera tan triste como precisa. Por alguna razón, Julio sintió que al hacerlo Emmanuel podía ver a todas las personas, lugares y momentos que habían marcado su vida, como si estuvieran formando una fila justo detrás de él.

Julio quiso decirle algo. Asentir. Esbozar una media sonrisa. Mirarlo de un modo que le transmitiera alguna clase de empatía.

Pero no hizo nada. El semblante de Emmanuel estaba sellado con algo demasiado terrible como para querer romper esa capa de incógnita, y

liberar lo que se escondía debajo. Hubiera sido como abrir una caja de Pandora.

Así que Julio giró sobre sí mismo, y empezó a andar. Sin embargo, al llegar a la mitad de la cuadra volteó la cabeza. Sintió una urgencia enorme por ver a Catalina.

Ella lo estaba observando como si quisiera gritar su nombre, pero ya no tuviera una boca que realmente pudiera articular todo lo que significaba.

Y Julio ya no sabía si podría escucharlo de ella ni siquiera una vez más. Así que siguió caminando, con la vista puesta inexorablemente adelante.

Cuando estaba llegando a la esquina, sonó un nuevo golpe. Julio no quiso mirar atrás.

Fue mejor así.

¿Qué hubiera hecho al ver cómo Catalina caía al piso por la cachetada que le acababa de dar Emmanuel?

–o0o–

Ya no más.

Nunca más.

Después de aquel día, Julio evitó todo contacto con Catalina, para cortar de raíz cualquier tipo de vínculo, y distanciarse tanto de su mundo como de sus protagonistas.

En el liceo, no le volvió a dirigir la palabra.

A veces, durante las clases sentía cómo su mirada se clavaba en él, pero recordar lo que había ocurrido alcanzaba para cerrarle el paso a cualquier sentimiento de reconciliación. Julio sabía que Catalina ya no podría llegar a su futuro. Y (en la medida de lo posible) debía borrarla hasta de su pasado.

Y la semana después del incidente en la puerta de su casa, Julio le pidió a Lourdes que lo acompañara a un consultorio oftalmológico. Allí obtuvo la receta para su primer par de lentes de contacto.

Y también empezó a peinarse de modo distinto, se deshizo de la raya al costado y comenzó a echarse todo el pelo hacia atrás.

Seguía siendo el mismo Julio. Una persona no cambia de la noche a la mañana.

Seguía siendo el mismo.

Pero ya no quería ser igual.
Ya no más.
Nunca más.

–o0o–

Un cielo grisáceo cubría Montevideo como una bóveda de languidez. Julio salió de la casa de Lourdes en la calle Valparaíso, y caminó hasta la parada de ómnibus más cercana, en la Avenida del Libertador.

A una cuadra de distancia, Julio notó que había solo una persona en la parada. La vio de espaldas. Era muy alta, tenía un pie en la vereda y otro en la acera. No le prestó más atención hasta que estuvo a unos pocos pasos de ella, cuando terminó de escribirle un mensaje de texto a Lourdes y guardar el celular en su funda.

Ese cabello rubio.

Esas ropas oscuras.

Julio no pudo evitar un susurro de sorpresa cuando se dio cuenta, y le pareció que el corazón se le iba a salir por la boca. Pero logró mantener la compostura, y pasó al lado de Catalina sin mostrar ninguna flaqueza. Se sentó en el extremo más lejano del banco de la parada, y empezó a mirar hacia la avenida con un aire de solemnidad.

Recién contempló a Catalina luego de varios minutos.

Su rostro estaba mortecino, como si estuviera quebrándose bajo una tormenta interior. Cuando ella lo observó, él tuvo que torcer su mirada.

Ver a Catalina en semejante estado hizo que Julio estallara de dolor. Pero se mantuvo firme en su postura de no hablarle. Eso ya lo había decidido. Era lo mejor para él. Y también para ella.

Volvió a contemplarla recién cuando Catalina se sentó en la otra punta del banco. Se había desplazado con una lentitud que no era propia de ella. Y ahora, lo estaba observando. Esta vez, Julio le devolvió la mirada por un largo rato. Cuanto más lo hacía, mayor era el sentimiento de garras clavándosele en los recuerdos felices que tenía con ella, y despedazándolos.

El ómnibus demoró más de la cuenta en pasar, lo que tornó la situación en algo aún más difícil de sobrellevar. Cuando finalmente se perfiló por la avenida, Julio se levantó, e hizo un gesto para detenerlo. El ómnibus frenó exactamente frente a él, y Julio se dispuso a abordarlo.

–Me gusta la onda que tenés ahora –observó Catalina en ese momento. Julio rápidamente dio vuelta la cabeza.

Permanecía sentada, y no daba ningún indicio de que pensara ponerse de pie.

–¿No te vas a tomar este? –preguntó él–. Este nos deja bien a los dos.

Catalina entonces lo miró, con una tristeza quemándole los ojos, como diciéndole que había cosas de las que ya no se podía volver a hablar en la vida. Su barbilla se hundió en su pecho, y apretó fuertemente los puños de sus manos, luego de depositarlas en su falda.

Por primera vez, Julio le dirigió una mirada que encerró un claro enojo.

Caminó velozmente hacia ella, la tomó de las manos, y la condujo arriba del ómnibus con él.

Se sentaron los dos juntos, bien al fondo.

Julio habló antes de que el silencio se extendiera demasiado. Sus ojos ya no lucían hostiles, como hacía unos instantes. Pero su voz sonó un tanto irritada.

–¿Qué hacías por acá?

–Estoy yendo a un nuevo psicólogo –dijo ella con un acento tan frío como la lluvia que había comenzado a lacerar la ciudad.

Julio la miró como quien mira una estrella que está a punto de consumirse, sin dejar vestigio alguno de su existencia. Y sin pensarlo siquiera, le pasó el brazo por sobre su hombro.

Catalina le devolvió el gesto, y se aferró a Julio, hundiendo el rostro en su pecho, todo latidos y todo vacancias.

Siguieron así el viaje entero.

La lluvia ya había amainado cuando bajaron del ómnibus. Las aceras tenían un lustre portentoso, como si la luna llena que danzaba en el cielo hubiera rodado por un momento sobre ellas.

Cuando llegaron a casa, Julio se paró frente a su amiga y le dijo con palabras que eran como nubes de algodón que anhelaban amanecer en su rostro:

–Te quiero dar una cosa, ¿me esperás acá?

Catalina bajó la cabeza, y le respondió con un hilo de voz.

–Voy a entrar. Estoy cansada. Más tarde, ¿dale?

Él asintió, le dio un beso en el cabello, y le tomó ambos hombros.

Catalina apoyó su cuerpo contra el de Julio, y ambos quedaron fundidos en un abrazo reencontrado.

La mirada de Julio recorría el cielo profundo de aquel agosto teñido de vida. Y antes de que se diera cuenta, Catalina lo estaba besando. Fue un beso distinto al que se habían dado la primera vez, le puso toda la lengua en la boca. Y él reaccionó sujetándole la cabeza, y acercándola todo lo que pudo a la suya.

Y fue un beso largo. Duró un par de minutos, como si estuvieran recuperando todas las emociones que creían perdidas.

Al terminar, Catalina lo miró intensamente, y sus ojos parecían estar pidiéndole perdón por algo; algo que todavía no había hecho, no algo que ya había ocurrido. Y con esa expresión todavía en sus pupilas, Catalina se despidió y entró a su casa.

Sin esperar ni un segundo, Julio fue hasta el almacén más cercano y compró una caja de bombones. Pidió que se la envolvieran para regalo.

Volvió con ella a su cuadra, y llamó a la puerta de Catalina con una sonrisa reluciente. Nadie respondió. Solo un eco vacío que se extendió por la soledad cenicienta de la noche. Fue casi como si hubiera golpeado la puerta de una cripta.

Volvió a llamar, de manera un poco más contundente.

Tampoco obtuvo respuesta

Dejó los bombones a los pies de la puerta.

Cuando salió a sacar la basura varias horas después, la caja seguía ahí. Lanzó una mirada inquieta a la ventana de Catalina.

Las persianas estaban cerradas, y ninguna luz se filtraba por ellas.

–o0o–

Catalina y Emmanuel estaban peleados cuando llegó el día del concierto, lo que no era mucho decir. Su relación era marcadamente caótica, con celos y recriminaciones constantes de ambas partes, rayanas en el absurdo. De cualquier modo, Catalina iba a cantar aquel día con la banda.

Le sorprendió que hubieran cancelado todos los ensayos de las últimas dos semanas. Emmanuel dijo que ya era suficiente, que habían alcanzado el punto que debían alcanzar, y que más ensayos solo generarían un desgaste innecesario. Y esas dos semanas, tuvo mucho menos contacto con Emmanuel, y directamente no vio al resto del grupo.

Catalina se encontró con Juan, Martín y Sebastián en el garage de la casa de Emmanuel. Los saludos fueron tensos de parte de ellos, y todos esquivaban su mirada, de forma muy evidente. El ánimo de Catalina comenzó a tornarse más y más fastidioso.

Emmanuel llegó al rato.

Con una chica.

Rubia.

Vestida totalmente de negro.

–¿Y ésta? –preguntó Catalina ni bien los vio llegar, en un tono que daba miedo.

–Es nuestra nueva cantante –dijo Emmanuel, como si cada palabra que pronunciaba fuera veneno que escupía.

Catalina se quedó mirándolos, pasmada. Parecía que le iba salir humo de la coronilla de un momento a otro.

Y la pausa que hizo Emmanuel (y él modo en que miró a esta chica) luego de decir eso daba indicios de cómo terminaría de presentarla.

–Y también es mi novia ahora.

Por un brevísimo lapso, pareció que Catalina era una bomba a segundos de explotar, y arrasar con todo en varios kilómetros a la redonda. Todos (incluido Emmanuel y su nueva novia, que había mirado a Catalina con un aire de suficiencia desde que llegara) bajaron la vista, como si estuvieran siguiendo un común acuerdo.

Para sorpresa de todos, Catalina no dijo una palabra más. Tan solo comenzó a caminar hacia la puerta abierta del garage.

Pero cuando pasó al lado de las guitarras, giró velozmente sobre sí misma, y le pegó una patada descendente al cuello del bajo, partiéndolo en dos.

Una cascada de obscenidades salió disparada de la boca de Emmanuel, y de no ser porque Juan y Sebastián lo sujetaron, se hubiera enfrentado con Catalina.

Se quedó así, enardecido, rodeado por sus compañeros de banda mientras Catalina se iba corriendo por la puerta.

Una vez lograron calmarlo, transcurrieron unos minutos en los cuales Emmanuel y Sebastián examinaron el daño causado al bajo. Y repentinamente, una piedra destrozó el cristal de la ventana del frente de la casa. Y otra le pegó a la ventana de uno de los cuartos del piso superior.

Eso fue lo último que supieron de Catalina.

–o0o–

Julio se le había declarado a Lourdes el día anterior, y ella lo había aceptado como su novio. Lourdes sabía absolutamente toda su historia con Catalina. Él se la había contado el día del enfrentamiento en la calle, cuando pensaba declarársele en una primera instancia. Aquella vez, había sido incapaz de hacerlo. Llegó a su casa hecho un manojo de angustia y de nervios. Se sentaron juntos en el balcón, Lourdes lo abrazó, y él volcó todas las asperezas de su pena en su alma. Si bien no se le declaró, terminó acercándose más a ella de lo que nunca se hubiera imaginado.

El día del concurso de talentos, Julio asistió con Lourdes y toda su familia para ver la actuación de su hermanito en una obra teatral. Cuando terminó, Julio se marchó rápidamente ya que daría comienzo el espectáculo musical. Y la banda de Catalina sería la primera en presentarse.

Lourdes lo acompañó afuera del edificio, y caminaron varias cuadras juntos. Ella hablaba sobre la actuación de su hermanito con los ojos desbordados de felicidad.

Y la vieron al doblar una esquina.

Catalina estaba sentada contra la ventana de una fotocopiadora. Miraba al frente, de modo sombrío. Alguien que no la conociera pensaría que estaba reflexionando, pero con solo ver el fuego de sus ojos Julio se dio cuenta del dolor que retenía. No estaba pensando en nada, no quería saber cosa alguna. Él conocía esa mirada. Su reflejo se había perdido en sus ojos demasiadas veces.

Julio se paró en seco, y al hacerlo también frenó a Lourdes, quien iba tomada de su mano. Lourdes observó a Catalina, y luego a él.

Y vio ese algo compartido que los unía, ese algo tan trágico y tan increíble. Y porque realmente quería a Julio, dijo la única cosa que correspondía decir:

–Andá.

Julio abrió la boca para respirar mejor, y su cabeza se hundió entre sus hombros.

–¿Vos la amás? –preguntó Lourdes, estrechándole la mano como si fuera la última vez que lo hacía, y mirando lentamente en su dirección. Julio contemplaba a Catalina, con sus ojos fijos en la expresión dolida de su rostro.

–Vos la amás –afirmó Lourdes, y Julio finalmente le devolvió la mirada. Ella lo estaba observando con los ojos cerrados. Pero no sonaba triste, ni decepcionada. De hecho, era como si todo el tiempo hubiera sabido que este momento iba a llegar

–Andá con ella –le dijo–. Andá con ella, te necesita.

–¿Pero…? ¿Y… y nosotros…?

–Andá con ella. Andá. –le contestó, dándole un beso, un abrazo, y caminando por la calle de vuelta al liceo. Julio se quedó inmóvil durante unos segundos. No miró ni a Catalina ni a Lourdes mientras se marchaba, sino que contempló su propio reflejo de perfil en un escaparate durante unos instantes.

Y entonces, avanzó y se sentó a su lado. Catalina lo miró fugazmente, como si no quisiera admitir lo que estaba pasando.

Que había sido abandonada en todo sentido, una vez más.

–o0o–

La banda estaba terminando de tocar "Rape Me"

–A vos ni te gusta ese álbum –dijo Julio, abrazándola. Catalina cerró los ojos, y se recostó sobre él.

–Y ese bajo suena como el culo –agregó con un aire casual. Eso logró arrancarle una sonrisa. Catalina se sinceró entonces, y en esa postura (con su cabeza sobre su pecho) fue como si le hablara a su corazón.

–Soy un desastre. Todos me dejan. Todos.

–Yo no te dejé. Yo no te voy a dejar –Julio le habló al oído, tan suavemente como quien no quiere despertar a una persona que duerme. Y entonces agregó, en el mismo tono:

–Te prometí que te iba a ayudar a tener una familia. ¿Te acordás?

Catalina no pronunció respuesta, pero lo estrechó con más fuerza, y postró su cabeza aún más en su pecho, mientras la música de "All Apologies" llenaba el aire primaveral.

Julio rompió el breve silencio con las siguientes palabras:

–Estuve averiguando. Hay una carrera llamada Traductorado Público de Inglés. Es la carrera más difícil que podés estudiar en Uruguay. Tiene hasta un examen de ingreso que es dificilísimo. Se presentan trescientas personas y toman solo a veinte.

Catalina ahora había levantado la barbilla. Julio terminó la explicación:

–Vamos a anotarnos juntos cuando completemos el liceo, a salvar el examen ese de ingreso, y a hacer la carrera los dos. Y después, vas a tener el mejor título que puedas tener para llevarle a tu papá, cuando vayás a California a conocerlo.

Catalina volvió a reclinar la frente sobre su pecho, y Julio ahora descansó su mentón sobre su cabeza.

La banda dejó de tocar, y recibió una ovación arrolladora, que se extendió por varios minutos.

–No tienen oído –recalcó Julio enseguida, y Catalina rió fuertemente.

Se pusieron de pie y caminaron por la calle entrelazados, hasta llegar a una pequeña plaza. Una vez ahí, él le tomó ambas manos, y acercó su cuerpo al de ella.

Catalina lo miró a la cara por una fracción de segundo antes de soltarle una de las manos, y decir:

–Voy a ir a un lado. Más tarde, vuelvo a casa.

Julio entrecerró sus ojos, preocupado. ¿No estaría pensando en ir a hablar con Emmanuel? Y como si le hubiera leído el pensamiento, Catalina remarcó:

–Me voy a hacer un tatuaje. Voy a hacerme uno por cada cosa importante que me pase en la vida.

Julio asintió, no del todo convencido, y deseando no separarse de ella en ese preciso momento. Pero no quería discutir.

Antes de que se alejara, trató de besarla en la boca. Sin embargo, ella colocó su mejilla, y fue allí donde cayó su beso. Entonces le dijo "adiós", y se fue apresuradamente, como si estuviera dándose a la fuga.

Pero solo dio unos pocos pasos antes de mirar atrás, regresar a su lado y darle un beso apasionadísimo. Y recién entonces se marchó, ahora sin correr. Caminando con tranquilidad, como una persona que sabe que el tiempo está de su lado.

Julio se quedó parado, quieto como una montaña. Nunca había sentido algo tan heterogéneo. No sabía si sentirse bien o mal, si reír o llorar, si dar las gracias o pedir perdón. Pero una especie de energía irrefrenable le había empezado a recorrer todo el cuerpo.

Y se dio cuenta. Por primera vez se dio cuenta.

De eso se trataba estar *realmente* vivo.

De no saber, pero seguir adelante de cualquier forma.

De que muchas veces lo que importa no es llegar a destino, sino hacer el recorrido.

Entendió que no tenía que darle más vueltas al asunto, y emprendió el camino de regreso a casa.

Se sintió más feliz que nunca por ver a toda su familia, y merendar con ellos. Graciela estaba enseñándole a cocinar a Lucía, le acababa de dar la primera lección, y fue tema de muchas risas y bromas.

Una vez terminada la merienda, Julio se recostó en su cama. Se cubrió con una frazada, y se quedó mirando al techo como quien busca la hora en un reloj sin manecillas.

La luz ya comenzaba a ralear cuando volvió Catalina. Cerró la puerta de su casa con mucha ductilidad, lo que a Julio le pareció más que llamativo.

Catalina no se dirigió de inmediato a su habitación. Antes, caminó al otro extremo de la casa. Habló largamente con su madre.

Y eso fue bueno. En solo un par de meses, ya no hubiera podido mantener esa conversación.

Recién entonces entró a su cuarto. Se detuvo momentáneamente al atravesar la puerta, y miró el tatuaje que se había hecho. Era un corazón con espinas que le recorrían toda la muñeca de la mano derecha. Entonces caminó directo hacia la pared que lo separaba de Julio.

Catalina se recostó contra ella, y dejó que su cuerpo se deslizara hasta el suelo. Julio escuchó todo nítidamente. Se incorporó, y se quedó sentado en su cama por unos momentos. Luego se levantó, llevando la frazada que lo tapaba consigo.

En su mesa de luz tenía la historieta de Iron Man que Catalina le había obsequiado el día que se hicieron amigos. La recogió con la mano que tenía libre. Hecho esto, se sentó con su espalda contra la pared, en el punto exacto donde debía estar ella.

Colocó la historieta con mucho cuidado en el suelo, y se arropó con la frazada. Golpeó la pared con los nudillos de su mano derecha dos veces, muy levemente.

Dos golpecitos llegaron como respuesta del otro lado, exactamente a la misma altura. Julio sonrió.

–Vas a estar bien. Los dos vamos a estar bien –lo dijo bien bajo, para sí mismo. Casi dio un salto cuando se sintieron dos golpecitos más

del otro lado. Con una sonrisa aún mayor, recostó su cabeza contra la pared y cerró los ojos. Catalina hizo lo mismo.

Cuando volvió a abrirlos, rastros de púrpura ya se fundían en el entramado del cielo.

Así fue la primera vez que durmieron juntos.

## IV

## Man Burning

Tuco empezó a abrir los ojos, con una gran dificultad. Era como si le corriera un mar de plomo por los párpados. Y ni bien logró entreabrirlos, los cerró dando un gruñido. Ya había clareado el día, y la luz del sol en el blanco anchuroso de esa recámara era como una venganza de los dioses que caía sobre la opacidad de su resaca.

Quiso llevarse las manos a la cabeza para mitigar la sensación que le desmenuzaba el cerebro, pero solo logró mover una. Algo le aprisionaba el brazo izquierdo.

Tras esperar unos minutos, entornó sus ojos con cautela. Utilizó la mano que tenía libre como pantalla, hasta que su vista logró adecuarse a la luminosidad del ambiente.

Estaba acostado boca arriba en una cama de dos plazas. Al mirar a la izquierda, descubrió que no podía mover ese brazo porque una muchacha estaba durmiendo plácidamente sobre él. Tuco le apartó la maraña de cabello rubio que le ocultaba el rostro.

No tenía idea de quién era.

Trató de liberar su brazo con suavidad, pero se impacientó enseguida y terminó haciéndolo con mucha brusquedad. Sin abrir los ojos, la muchacha gimió, nombró a alguien llamado Maximiliano y abrazó la almohada que Tuco dejaba vacante.

Al salirse de la cama, pateó algo con su pie derecho.

Había una pareja acostada en el piso de madera, junto con dos botellas de whisky escocés completamente vacías, y una montaña de ropa. Tampoco sabía quién era esta chica, pero el muchacho era Gonzalo, uno de sus compañeros del equipo de rugby.

Su resaca era tal que debió volver a sentarse en la cama luego de incorporarse.

Los minutos pasaban indiferentes mientras Tuco apoyaba los codos en sus rodillas, y se restregaba la cara con ambas manos, desganado. Cuando finalmente se volvió a levantar, lo hizo con pesadez. Dio dos pasos dubitativos, y se inclinó para recoger su vaquero y su camisa de satén negra. Estaban en la cima de esa montaña de ropa, donde todo era un manojo.

“Tengo que empezar a comer menos”, pensó mientras se enfundaba los pantalones. Al ponerse la camisa, no se dio cuenta de que se abrochó los botones de forma salteada. Tampoco reparó en que uno de los zapatos que se calzó no le pertenecía. Cuando salió del cuarto, combinaba un zapato leñador con una zapatilla deportiva.

Aquella habitación daba a un impoluto pasillo, con un sinfín de puertas en ambos sentidos. Empezó a recorrerlo siguiendo una voz muy animada, y un fuerte aroma a comida que emergía del extremo más distante.

Le era dificultoso avanzar. Se movía como si su cuerpo hubiera perdido toda noción del espacio, y en varias oportunidades debió buscar la pared como apoyo para no perder la verticalidad. Al pasar frente a muchas de esas puertas, escuchó risas y voces que provenían de su interior.

Aquel pasillo lo condujo a una cocina minuciosamente equipada. Otros dos integrantes del Old Boys estaban allí, con sus respectivas acompañantes. Uno de ellos preparaba un típico desayuno americano, mientras narraba las peripecias del reciente viaje de la escuadra por tierras chilenas. El otro esperaba en la mesa con las dos muchachas. Recostado sobre sus brazos, parecía tener una resaca aún más debilitante que la de Tuco. Las dos chicas también se veían extenuadas. Nadie parecía prestarle atención a la narración del cocinero, no obstante su entusiasmo.

–¡Y ahí está el hombre que nos dio el triunfo en la final! –gritó éste, apartando la vista de la sartén que tenía sobre el fuego solo por un instante.

Ninguno replicó nada. Tuco le hizo una señal de victoria con su diestra, y atravesó la puerta corrediza que conducía a un patio donde había varias camionetas y una moto. Era la suya.

El aire fresco despejó su cabeza, y reavivó su ánimo. Ahora sí logró orientarse. Estaba en la casa de la nueva novia del capitán del equipo de rugby, en Santander y la Rambla. No se encontraba ni a diez cuadras de distancia de su hogar, en pleno centro de Carrasco.

Empezó a recordar lo que había ocurrido la noche anterior, y conforme las imágenes cobraban forma una sonrisa cada vez más maliciosa se le dibujaba en el rostro.

Optó por dejar la moto, y hacer el camino a pie. Luego volvería por ella.

Desapareció por la calle, con un paso que se tornaba cada vez más firme. Se fue silbando la melodía de “Sympathy For The Devil”.

–o0o–

Unos quince minutos después se encontraba frente a ese portón rojo barnizado que conocía tan bien. Buscó las llaves en el bolsillo delantero del pantalón, donde siempre las llevaba.

No estaban ahí.

Y tampoco las encontró en el otro bolsillo.

No era su pantalón. Por eso le quedaba tan ceñido.

"La puta que me parió". Maldijo con más preocupación que enojo. Lo último que necesitaba era que lo vieran llegar a esa hora. No habían transcurrido ni dos semanas desde que su madre cuestionara su vida despreocupada, llena de amargura y desilusión.

La única forma de franquear ese portón sería escalarlo. Y eso fue lo que hizo. Trepó sin mucha dificultad. El aire fresco le había despejado bastante la cabeza.

Pero no lo suficiente. Una vez arriba, perdió el equilibrio y cayó del otro lado, dándose un golpe colosal. Quedó tendido un buen rato. Cuando finalmente intentó levantarse, el dolor en la rodilla derecha fue tan agudo que por un instante temió habérsela atravesado con algo.

De algún modo logró reincorporarse. Él siempre lo hacía; era su gran virtud en el campo de juego.

Cuando todos los demás estaban rendidos, él encontraba el arrojo para continuar adelante. Esto le había granjeado el respeto de todos sus iguales, y lo había convertido en algo comparable a un héroe marmóreo para el público.

Recorrió el trecho que faltaba arrastrando esa pierna. La vulgaridad de los insultos que profería se acrecentaba con cada paso que daba.

Al alcanzar el umbral y descubrir que la puerta no estaba cerrada con llave pensó que sus problemas habían finalizado. La abrió secretamente, y entró haciendo el menor ruido posible.

Comenzó a entornarla con igual sigilo cuando escuchó la voz de su padre, proveniente de su estudio.

–José Ignacio. Vení.

Tuco cerró la puerta con un golpe, y el ruido ocultó el final del insulto que elucubró al hacerlo. Pero el principio se escuchó claramente. Y cualquiera hubiera podido adivinar cómo terminaba.

Dio un bufido, se pasó la mano por la cara y atravesó el corredor que conducía al estudio de su padre.

Caminó con la mayor estoicidad posible, y logró entrar sin renguear a esa habitación que no le inspiraba más que aversión. Pero lo hizo con un zapato de cada color, un pantalón que le quedaba evidentemente chico y una camisa abrochada de cualquier forma. Su padre se encontraba detrás de una imponente mesa de caoba, presidiendo el ambiente. Era un hombre adusto, con una voz profunda y una calva incipiente. Contempló a Tuco de pies a cabeza. Luego, lo miró a los ojos.

–Salís de mi estudio, y golpeás la puerta para entrar.

Sin rechistar, Tuco hizo lo que le indicó. Retrocedió hasta el pasillo, y volvió a entrar al estudio de la forma señalada.

Su padre ahora habló sin apartar la mirada de un libro que acababa de abrir.

–Salís de mi estudio, y golpeás la puerta para entrar. Y entrás recién cuando yo te dé permiso.

Tuco hizo lo que se le ordenó, con los dientes apretados. Su padre demoró unos diez minutos en decirle que pasara.

Una vez adentro, le indicó que tomara asiento en uno de los sillones para las visitas.

Procuraba que su mirada no transmitiera sino temple y jerarquía, pero su enojo era imposible de ocultar. No dio muchos rodeos.

–Tenés veintiún años. Hace tres completaste el liceo. Hace tres que vivís de parranda. ¿Sos consciente de lo disgustados que estamos? ¿Cuándo pensás madurar?

Mientras hablaba, Tuco se enfocaba en el regio cuadro situado a sus espaldas. Era su abuelo, quien había sido Ministro de Instrucción Pública en la década de los treinta. Tuco fijaba su vista en ese punto para evitar mirar a su padre directamente a los ojos. Pero aquel hombre en el cuadro parecía estar censurándolo aún más que su progenitor.

–Tenés absolutamente todo –continuó su padre–. Nada te faltó nunca. Y seguramente, siempre tengas los medios para obtener todo lo que quieras.

Su padre entonces efectuó una pausa, como dándole una oportunidad para expresar su concordancia.

Tuco se mantuvo callado. Seguía procurando evitar la mirada inquisitiva de su padre. Miró hacia un costado, y luego hacia el otro. Las paredes estaban colmadas de libros. Tratados de Derecho, manuales de

filosofía, historias del arte, obras completas de autores clásicos... Todo en ese cuarto era historia y tradición. Todo en ese cuarto lo constreñía.

–Vas a hacer lo que quieras con tu vida. Es *tu* vida. Pero a mí, me vas a dar un título universitario. Es lo único que te voy a exigir.

Recién entonces Tuco habló. Tan solo quería desaparecer de esa habitación.

–Está bien, está bien. La semana que viene veo qué estudio, veo dónde me anoto. Es febrero, todavía hay tiempo.

Su padre asintió, y le indicó que se retirara con la cabeza. Tuco se levantó sin disimular lo ansioso que estaba por irse. Sonreía por dentro, y pensaba "no fue tan difícil" cuando la voz de su padre pudo escucharse nuevamente.

–Ya te inscribimos con tu madre en la Universidad. Vas a estudiar Traductorado Público de inglés. En tres semanas tenés la prueba de ingreso a la carrera. Te dejamos una caja con materiales en tu cuarto. Cuando te recibas, vas a trabajar en el estudio jurídico de tu tío.

– Sí, bárbaro –replicó Tuco en tono glacial, sin ajustar el paso en absoluto. "Hago lo que quieran, déjenme dormir, no me jodan más", pensó.

Una vez en su cuarto, se dejó caer sobre la cama perfectamente tendida por la criada. No abrió la caja con materiales que su madre había colocado cuidadosamente sobre la mesa, a un costado de su computadora. No lo hizo ese día, ni el día después. No lo hizo nunca en las tres semanas siguientes.

–Soy el mejor octavo que tuvo el equipo en generaciones –masculló–. Me cago en un diploma. Soy el mejor octavo de los Old Boys. Me cago en todo.

Dicho esto, sus ojos se cerraron tan fuertemente como si tuvieran que contener una maldición de lágrimas. Y repitió inconscientemente, con un resentimiento que le aplastaba la garganta, "En todo… me cago en todo", antes de quedarse dormido, esperando que al despertar el mundo fuera otro.

–o0o–

El examen de ingreso a Traductorado se compone de dos pruebas escritas, una en lengua extranjera y otra en español. Las dos tienen carácter eliminatorio, y solo quienes logran superar ambas se presentan a una última prueba oral en el idioma de su especialización.

Eso era todo lo que Tuco sabía sobre la carrera a la cual sus padres lo habían inscripto, sin preguntarle siquiera. Era todo lo que se había molestado en averiguar.

Con eso le alcanzaba para urdir una estrategia.

"En la prueba de español, copio. Para las de inglés, me tengo fe".

La primera prueba de todas fue precisamente la de español.

Tuvo lugar el primer lunes de marzo, en el anexo de la Universidad de la República, un edificio moderno y grande como una isla sobre las calles Colonia y Tristán Narvaja.

Tuco llegó temprano, por el sencillo motivo de que tenía que analizar al resto de los postulantes para determinar a quién sería más fructífero copiarle.

Llevaba un vaquero gastado, una remera con un detalle de la tapa del disco "Voodoo Lounge" de los Rolling Stones, un discman y unos lentes Rayban que no se sacó hasta mucho después.

Lo nutrido de la concurrencia le resultó sorprendente. Debía haber por lo menos doscientas cincuenta personas. Quizá trescientas. Y todos los que estaban allí tenían sendos libros de gramática en sus manos.

"A ver, a ver..." Tuco empezó a estudiar el entorno. La persona más cercana era una muchacha con aspecto muy joven, casi aniñado. Su cabello era rubio, muy claro y algo descuidado en las puntas. Del lado derecho, tenía un broche con forma de flor.

Como era quien se encontraba más cerca, fue también la primera persona a la que Tuco se aproximó. Comenzó a mirarla de soslayo.

Esa muchacha leía una novela de Thomas Hardy. En inglés.

Era el día de la prueba de español, y estaba leyendo un libro en inglés antes de ingresar al salón. Y tenía otra novela del mismo autor a un lado. Era la única persona en todo ese gentío que no estaba repasando antes de que diera inicio la prueba.

Se avocaba a ese libro que tenía una extensión descomunal, y guardaba otro igual de voluminoso al alcance de su mano. Ambos tenían tapas similares, con ilustraciones de lo que solo podía ser la vida en la campiña inglesa a finales del siglo XIX. "No, esta mina seguro que no". Tuco resumió la marcha, y continuó analizando a todos los otros postulantes dispersos por la planta baja de aquel espacioso edificio. Se topó con varios que lo convencieron bastante, pero necesitaba una certeza absoluta. No iba a correr riesgos.

“¡Ah! A ver estas gordas”. Eran tres muchachas sumamente compenetradas en su repaso, sentadas a una de las mesas de la cantina ubicada en el centro de aquel anexo. Conjugaban verbos en voz alta. Hablaban sobre sustantivos, sobre adjetivos, sobre pronombres...

Un olor a perfume caro provenía de ellas, mezclado con el aroma de los cigarrillos mentolados que fumaban

Tuco se sentó lo más cerca que pudo, y escuchó todo mientras ordenaba un café con medialunas. A los pocos minutos ya se había decantado por copiarle a cualquiera de estas tres chicas.

Cruzó las piernas sobre una silla contigua, y desenredó los auriculares con irritación. Ya había escuchado lo suficiente. Las voces chillonas de estas muchachas lo fastidiaban. Todas estas personas lo fastidiaban. Tan responsables. Tan correctas. Él ya tenía claro el beneficio que obtendría de ellas.

Se colocó los auriculares, echó la cabeza hacia atrás y comenzó a escuchar “Exile On Main Street” con la mirada puesta en las claraboyas que agrisaban la luz de la mañana, hasta convertirla en signos trazados por manos fantasmales.

–o0o–

Cuando faltaban veinte minutos para las diez, los postulantes ingresaron uno por uno al salón. Una bedel ojerosa con cabellos canos y labios gruesos leía sus nombres entre bostezos, y les asignaba un número en la puerta. Las pruebas escritas de ingreso a la carrera de Traductorado siempre son anónimas. Las identidades de los postulantes recién son reveladas cuando llega la fase oral.

Una vez adentro, Tuco logró sentarse a la izquierda de la más parlanchina de aquel grupo de estudiosas que había individualizado antes. Asimismo, se las había ingeniado para posicionarse detrás de una columna de metal que ocultaría buena parte de su accionar. Y como si eso no fuera suficiente, a su izquierda se acababa de sentar una blonda de esas que le quitaban el sueño.

“Me está gustando esta carrera. ¡Tenía que haberme anotado yo solo antes!”, pensaba mientras le miraba el escote a esta muchacha, que se había inclinado para colocar su mochila bajo el pupitre. Y se inclinó aun más para enderezar la mochila cuando ésta se cayó de lado. La mente de

Tuco viajaba de una vulgaridad a otra, a una velocidad supersónica. Una voz que luego le sería hartamente familiar le puso un final abrupto a la travesía.

–Usted. Venga para aquí. Donde está situado no lo veo.

Al mirar a su derecha, Tuco se encontró con un anciano profesor, cuyo aspecto era tan austero como su voz.

¿Qué podía hacer? No tuvo más opción que desplazarse hacia donde se lo indicara.

Para su espanto, lo ubicó delante del todo, contra una de las paredes del salón. Solo existiría una persona a quien podría copiarle, a su izquierda. Ese lugar todavía estaba disponible. “Tan mal orto no voy a tener”, pensaba Tuco. “Había mucha gente más que sabía afuera. Tranquilo, Tuquito.
¡Tranquilo!”.

El lugar que estaba libre fue ocupado recién por una de las últimas personas en ingresar al aula.

Era la muchacha que en vez de repasar estaba leyendo los libros de Thomas Hardy. Apareció sin hacer el más mínimo ruido, y tomó asiento de forma imperceptible.

Completamente azorado, Tuco se frotó la cara con violencia, y luego quedó mordiéndose los nudillos de la mano derecha durante un minuto o dos.

“Si me voy ahora, mi viejo me caga a patadas en el culo de acá hasta fin de año”.

No podía desperdiciar más tiempo. “A ver, a ver cómo es esta prueba de mierda. Tampoco puede ser tan difícil”. Tomó la hoja furioso, arrugándola. Leyó la consigna del primer ejercicio.

CLASIFICAR LAS SIGUIENTES PALABRAS POR SU ACENTO PROSÓDICO E INDICAR POR QUÉ LLEVAN TILDE

“¿Pero qué carajo es esto? ¡¿Qué carajo es esto?! ¿¡Me están jodiendo?!”. Enardecido, dio vuelta la hoja. Tenía que haber algún ejercicio que le resultara más comprensible. Lo primero que vio fue uno que postulaba:

UBICAR LAS PALABRAS DEL SIGUIENTE ENUNCIADO EN LAS CATEGORÍAS PROPUESTAS. SI A JUICIO DEL ESTUDIANTE ALGUNA DE LAS PALABRAS A CLASIFICAR POSEE CARACTERES GRAMATICALES PROPIOS DE MÁS DE UNA CLASE, REPETIRLA EN CADA UNO DE LOS ÍTEMS QUE CORRESPONDA.

"¡Pero la concha del puma! ¿¡Qué mierda es esto!?"

A lo largo de su vida estudiantil, Tuco había conocido unas pocas asignaturas que le interesaron. Otras le resultaron escasamente llamativas. Y hubo otras (la gran mayoría) cuya temática le resultó ajena por completo. Pero esta prueba en particular era el colmo. Sería lo mismo que estuviera redactada en latín.

Y de algún modo, tendría que lidiar con ella.

"A ver, a lo mejor la pendejita esta algo encara", pensó mientras bajaba la cabeza y espiaba lo que hacía la única persona a la cual podría copiarle aquel día.

Se quedó estupefacto.

Mientras él había estado analizando el examen totalmente atónito, la "pendejita esta" ya había completado el primer ejercicio, y se adentraba en el segundo sin hesitar. No paraba de sonreír mientras lo hacía, y se hamacaba ligeramente en su asiento. Era tan pequeña que sus pies ni siquiera llegaban al piso. Su sonrisa tenía algo extraño.

No se veía natural. Parecía más bien mecánica.

Y tenía una caligrafía sorprendente, también. Era como si fuera una máquina de escribir. Estampaba las letras en la hoja con una nitidez inconcebible, y todas guardaban una proporción exacta entre sí.

Pero Tuco ya había perdido demasiado tiempo como para dejarse maravillar por la situación. Se limitó a copiarle las respuestas, con una serie de cambios deliberados para no levantar ni la menor sospecha.

Y resultó que esta muchacha fue la primera persona en completar la prueba aquel día. Faltando una hora y media levantó la mano. Lo hizo de forma llamativa, con un ímpetu que parecía impropio, como si estuviera imitando a algo o alguien.

–¿Qué sucede, señorita? –inquirió el profesor que había desplazado a Tuco al principio del examen.

–Terminé –habló mirando a un pizarrón que estaba vacío. No observó al profesor.

Su voz sí que era extraña. Tuco no hubiera sabido definirla utilizando una sola palabra, no había un adjetivo que le cuadrara plenamente. Era una voz desprovista de muchas cosas, todas ellas esenciales.

Quizá "impersonal" hubiera sido la palabra más acorde.

El profesor le indicó que se acercara. La muchacha se dirigió hacia la mesa que ocupaba junto a sus dos asistentes.

Cuando caminaba, casi no movía los brazos.

Una vez allí, el anciano le hizo una serie de preguntas. Todas las respondió con monosílabos. Incluso estando a unos pocos metros de distancia, su voz era casi inaudible para Tuco.

Pero escuchó claramente al profesor preguntándole si realmente no quería revisar el examen una vez más. Le recordó que aún restaba mucho tiempo. Y luego dijo algo que resultó extraño:

–Tenga en cuenta que en esta oportunidad el examen es particularmente complicado, ¿está usted segura que no desea revisarlo con más detenimiento?

¿Qué significaba eso? ¿Por qué esa referencia a "esta oportunidad"? ¿Ya conocían a esta muchacha? ¿Ya se había presentado antes a esta prueba de admisión? De haberlo hecho, ¿por qué motivo no había logrado superarla?

¿Y lo había hecho en más de una ocasión? ¿Por eso el profesor le habló como si ya la conociera?

Mientras Tuco extraviaba su rumbo en esa vorágine de interrogantes, la muchacha simplemente asentía, entregaba su prueba y se encaminaba a su pupitre, a la procura de sus pertenencias.

Recogió todo quedamente, y se marchó del salón con parsimonia. Abrazaba los dos libros de Thomas Hardy contra su pecho, como si fueran un tesoro.

–Usted. Mire al frente, o le retiro el examen.

Tuco se vio sorprendido por la voz del profesor. Había seguido a la muchacha con la vista, sin percatarse siquiera de ello. Volvió a depositar la mirada en su hoja. No comprendía la mayoría de las respuestas que había copiado. Pero de algún modo, se sentía intrínsecamente bien.

"¿A quién carajo le copié?"

Se quedó contemplando su examen durante tanto tiempo y tan absorto que cuando volvió a mirar alrededor ya casi no quedaban personas en el salón.

–o0o–

El examen de lengua extranjera se llevó a cabo al día siguiente. El tiempo había cambiado de forma abrupta, y ese martes amaneció envuelto en un gris irrevocable. Era como si el invierno hubiera llegado de la noche a la mañana. Y el desgaste realizado en la jornada previa seguramente contribuyó a lo encapotado del ambiente.

Tuco ahora había extremado las precauciones.

Lo primero que había hecho al volver a casa luego de la prueba de español fue hurgar en esa caja con materiales que sus padres habían dejado en su habitación, y que él había desestimado por completo.

Se encontró con que incluía no solo materiales de estudio sino también muchos ejemplos de exámenes en ambas lenguas. Si tan solo se hubiera tomado el tiempo para darle una mirada, no hubiera pasado los nervios que pasó durante la prueba de español.

Por lo que pudo apreciar, el examen de inglés era mucho menos enmarañado. En buena medida, era un calco de los exámenes internacionales de inglés como el First Certificate. Sus secciones principales eran una comprensión lectora, una hoja de vocabulario y una redacción. La única parte que podía suponer algún quebradero de cabeza era la última, en la cual el postulante debía efectuar dos traducciones – la primera de español a inglés, y la otra de inglés a español. En ambos casos, se trataba de textos con una carilla de extensión. Tuco se quedó con la impresión de que superar esta prueba estaba dentro de sus posibilidades.

Y así fue. Logró resolverla por sus propios medios, sin tener que recurrir a ningún tipo de artimaña. Su mero conocimiento de lengua bastó. De hecho, fue uno de los primeros en completarla.

La primera persona fue la muchacha a la que le había copiado en el examen de español.

En esta oportunidad, lo hizo faltando casi dos horas. Otra vez se había sentado en las filas delanteras, y se repitió la escena que había tenido lugar el día anterior. Levantó la mano, anunció que había completado la prueba al ser cuestionada por el profesor, la entregó, y procedió a retirarse con calma.

Tuco observó todo desde el fondo del salón. Se había sentado a un costado de la puerta, y la vio avanzar hacia la salida, otra vez aferrándose a sus libros. La miró a los ojos y le sonrió cuando pasó a su lado.

Ella lo ignoró completamente.

–o0o–

Los resultados fueron publicados un mes después. Tuco había logrado superar ambas pruebas. Ahora el examen oral era lo único que lo separaba del ingreso a esta carrera que (para su sorpresa) comenzaba a resultarle interesante.

La prueba oral se llevó a cabo casi de inmediato. Los resultados fueron publicados un miércoles, y la prueba se fijó para el lunes siguiente.

Tuco no se tomó el tiempo de contar el número de personas que aprobaron ambos exámenes en el acta que se había publicado. Pensaba en ello mientras hacía el recorrido de Carrasco al Centro aquel lunes por la mañana en el D11. Visto que al examen se habían presentado unos trescientos candidatos, lo lógico sería que ahora hubiera no menos de cien postulantes.

Increíblemente, había solo unas treinta personas en el anexo aquel día. Y solo cuatro eran hombres.

El grupo estaba congregado en el segundo piso, esperando afuera de un pequeño salón en la esquina norte del edificio.

El oral se tomaría por parejas, y dos profesoras (precisamente quienes habían oficiado de asistentes en las pruebas escritas) estaban confeccionando la lista.

Todos los allí presentes lucían alegres. Tuco no entendía porqué predominaba un humor tan bueno. Era como si ya hubieran aprobado el examen, como si esta parte de la prueba fuera una mera formalidad. Todos estaban distendidos.

Todos, menos la muchacha que había completado los dos exámenes escritos antes que los demás. También había logrado alcanzar esta instancia. Estaba sentada al pie de una escalera, apartada del grupo. No estaba leyendo sus libros. Los tenía a un costado. Cabizbaja, envolvía sus rodillas con sus brazos.

Tuco no llegó a determinar si se estaba meciendo, o si estaba temblando. El examen comenzó antes de que pudiera acercarse.

La más joven de las profesoras saludó a todos los presentes. Los congratuló por haber superado las pruebas escritas con mucha convicción pero no mucha sinceridad, y luego llamó a quienes conformaban la primera pareja.

Eran José Ignacio Demora y Mara García.

Tuco dio un paso adelante cuando su nombre fue pronunciado. Llevaba la misma ropa que había vestido en las otras dos pruebas, incluyendo la remera con la ilustración del disco “Voodoo Lounge” de los Rolling Stones.

Mara García era la chica sentada al pie de la escalera. Se puso de pie, y se acercó dando pasos cortos.

Se veía realmente atemorizada.

–o0o–

En la primera parte del oral, los postulantes debían presentarse. Tuco lo hizo de maravilla, y en menos de un minuto ya tenía el dominio total de la situación. Dirigía la conversación a su antojo, y ambas profesoras rieron con sus ocurrencias.

Pero la chica no lo hizo nada bien. Tartamudeaba, su voz cobraba y perdía volumen hasta casi desaparecer. No decía más de tres palabras seguidas, y se le hacía difícil enlazar incluso los pensamientos más sencillos. En ningún momento levantó la mirada de la mesa.

Sentado a su lado, Tuco podía ver que cerraba y abría sus manos constantemente. Sus piernas se movían de forma cada vez más espasmódica.

Era evidente que iba a quebrar en llanto de un momento a otro. "¡No! ¡Tengo que ayudar a esta pendeja! ¿Pero cómo...?". Tuco sabía que si no le hubiera copiado a Mara el primer día, él nunca hubiera llegado tan lejos. Tenía que hacer algo.

La segunda parte del examen consistía en escoger una imagen sobre la cual el otro candidato debía explayarse. Primero fue el turno de Tuco. Tenía que seleccionar una imagen para Mara de las cinco que la profesora dispuso en el centro de la mesa. Una le resultó inmediatamente llamativa.

Era una fotografía de un paisaje rural.

Tuco colocó su dedo índice sobre ella y la desplazó, situándola delante de la chica. Le habló mirándola con toda la cara, como miraría a un compañero de equipo antes de la jugada que define un partido.

*–Look! A rural scene! Like a book by Thomas Hardy!*

La muchacha dejó de temblar. Cerró sus puños con firmeza. Miró a Tuco directamente a los ojos, con un brillo que parecía un verdadero presagio. Y entonces habló, de manera cristalina:

*–Yes... it's one of these scenes that for most people have become synonymous with an idealized England. Many are convinced that tradi- tions like maypoles and harvest festivals have been mitigated by the rush of modern life, that they have sunk beneath the reach of contemporary perception. Yet, I'm of the opinion that such traditions live on and on,*

*and will do so forever. They are too deeply ingrained in the way Britons see themselves, they are part of their collective memory. There's always someone somewhere who knows, and who takes upon himself to ensure such knowledge is being transmitted and passed along from a generation unto the other. And there's those who do more than just remembering, there's people who devote themselves to reenacting these traditions, in minute detail.*

*So, this is a photo which might come across as simple but it's not. If anything, it makes it evident that no nation's identity can be dulled so easily. The traditions that Thomas Hardy so deftly set down in works like "The Return of the Native", "A Pair of Blue Eyes" and "The Mayor of Castelbridge" are perennial by definition, and they stay somewhere for as long as that place exists. To say they no longer exist is tantamount to saying a whole country no longer exists. And the mere fact of us sitting here simply goes into proving that's not true. These ancient traditions have kept England alive and evergreen. Always have. Always will.*

Mara cerró los ojos al pronunciar la última frase. Se le dibujó una sonrisa preciosa en los labios. Comenzó a hamacarse en la silla, con una expresión cada vez más risueña en el rostro.

Silencio total.

Tuco se había quedado boquiabierto. Las dos profesoras estaban atónitas.

El examen habría de extenderse un par de minutos más. Pero la realidad fue que Tuco ya había logrado aprobarlo cuando empezó a hablar y se presentó con tanta gracia, y que Mara lo aprobó en el instante que Tuco supo crear un contexto para que ella se pudiera explayar como lo hizo.

–o0o–

Con un cigarrillo sin encender en la boca y los lentes de sol colocados sobre la frente, Tuco abrió su billetera de cuero marrón.

–Seiscientos pesos, ¡una botella de negro, y a la mierda todo por hoy!

Estaba en la puerta del Anexo. Ahora que todo había terminado, ahora que había sorteado el examen más difícil al que nunca se presentó en su vida, se arrogaba el derecho de hacer alguna locura.

Aunque no pudo evitar preguntarse dónde estaría Mara en ese momento.

Cuando salieron del salón, el resto del grupo los detuvo.

En realidad, solo lo detuvieron a él, porque se mostró propenso a hablar. Mara caminó alrededor de la gente, y comenzó a descender las escaleras.

Tuco la vio alejarse, mientras respondía las preguntas acuciantes de los demás.

Qué le habían preguntado, cuánto tuvo que hablar de cada tema, qué tal eran las profesoras...

Les explicó todo de la mejor manera, aunque repentinamente se sintió extenuado, y se excusó. Entonces fue al baño, se lavó la cara dos veces y se miró al espejo por un buen rato, con una sonrisa tan amplia que perfectamente podía ser interpretada como una mueca. Permaneció en esa postura un par de minutos más, y entonces se dirigió a la salida, dando pasos triunfantes.

Luego de cerciorarse de cuánto dinero disponía y de encender su cigarrillo, comenzó a caminar hacia 18 de Julio.

Y fue entonces que la vio.

Mara estaba de pie frente a una de esas librerías ancestrales que imponen su señorío a lo largo de Tristán Narvaja. Miraba por el escaparate. Daba la impresión de que ya llevaba un buen rato allí.

Tuco pasó por detrás, sin dejar de observarla ni por un instante. Si ella notó su presencia, no hizo nada que lo demostrara. Y al pasar, Tuco espió dentro del escaparate, pero no distinguió nada particularmente llamativo.

Siguió su camino, pero miraba hacia donde estaba ella cada dos o tres pasos. Se detuvo cuando ya estaba a un costado del Bar Gran Sportman, en la esquina misma de Tristán Narvaja y 18 de Julio.

Contempló hacia atrás una vez más. Mara seguía detenida frente al escaparate de esa librería, como atrapada por un poder sobrenatural.

Se veía triste.

Y Tuco no supo muy bien porqué lo hizo, pero caminó de vuelta hacia ella. Fue casi como si una corriente lo hubiera arrastrado. Y él no hizo nada por resistirse.

–¿Estás bien, Mara?

Mara no le respondió. Se limitó a señalar uno de los libros que estaban en exhibición.

Era un diccionario Larousse de bolsillo. Él nunca había visto un diccionario tan diminuto en su vida. Cabía en la palma de la mano. Pero lo que le resultó más sorprendente fue su costo. Y no pudo evitar expresar su asombro.

–¡¿Seiscientos pesos?! ¿Ese diccionario chiquito?

–Primera edición –Mara sonrió levemente al decirlo, zanjando la distancia verbal que se había vuelto a establecer. Y comenzó a mecerse como hacía siempre.

Tuco no replicó nada. La situación no le resultaba del todo lógica. Su mirada iba de Mara a ese diccionario en el escaparate, una y otra vez.

Mara no hacía cosa alguna que reconociera su presencia. No apartaba la vista de ese diccionario. De hacerlo, hubiera notado el instante en que Tuco se marchó de su lado, y entró a la librería.

Ella recién se dio cuenta de lo que ocurría cuando el vendedor apareció del otro lado del escaparate. Tuco estaba detrás, y asintió cuando éste tomó el diccionario y se lo enseñó.

La expresión de Mara se transformó por completo. Apoyó una mano en el vidrio, y se acercó tanto al cristal que prácticamente se hubiera podido escurrir por él.

Tuco salió de la librería con una gran sonrisa, y el diccionario en su mano.

–Mirá, te compré el… –Mara se lo arrebató. Empezó a ojearlo de inmediato.

–De nada –dijo él, visiblemente molesto.

Sin dejar de husmear el diccionario, Mara comenzó a caminar en dirección al norte, como si estuviera siguiendo un llamado en el viento.

–¡Pará! ¿A dónde vas?

–Ómnibus.

–¿Vas a una parada?

–Sí.

Tuco ahora estaba caminando a su lado.

–¿A qué calle vas?

–Eduardo Acevedo.

–A ver, te acompaño.

–Sí.

–o0o–

Eran una de las parejas más peculiares aquel día en todo Montevideo. Mara caminaba con la vista fija en el diccionario, con Tuco a su lado. Él miraba hacia adelante por los dos, y la jalaba levemente del brazo para que no chocara con otros transeúntes. Y cada vez que lo hacía, Mara tarareaba la misma melodía. Era una canción que había estado de moda hacía uno o dos años, pero él no lograba recordar su nombre ahora.

Estaba pensando en otra cosa.

No paraba de preguntarse si debía decirle a Mara que le había copiado en el examen de ingreso, o no.

Era curioso. Había copiado toda su vida, y eso nunca le había generado ningún cargo de conciencia. Pero ahora, se sentía de una manera totalmente distinta, como si hubiera cometido un crimen cuya culpa lo atenazaría eternamente de no ser confesado.

Comenzó a darle vueltas y más vueltas al asunto, y antes de que se diera cuenta ya no le prestaba más atención al entorno, perdido en sus figuraciones.

“¿Le digo, o no le digo? Con la forma de ser de esta mina, por ahí le cae mal, por ahí se siente usada. Por ahí hasta le pega tremendo bajón.

Pero de última, yo la ayudé hoy con el oral. Ahí quedamos a mano. Si yo no la ayudaba, no salvaba. Ni de rebote. No hubiera metido ni una frase”.

Tuco suspiró.

“Ta, yo le digo. Y que sepa que estamos a mano, que yo la necesité, igual que ella me necesitó”.

Visto así, tenía sentido. Comenzó a hablar al mismo tiempo que volteaba la mirada hacia ella.

–Mara, yo te...

No estaba.

Mara ya no caminaba junto a él.

La había perdido en algún

punto.

–¡Pero la puta madre! ¿Dónde se metió esta mina? –exclamó disgustado, luego de mirar rápidamente en todas direcciones, y no verla por ningún lado.

Volvió sobre sus pasos, espiando dentro de todos los comercios de la cuadra. Y la encontró enseguida, dentro de una tienda de música.

Estaba en el mostrador. Terminaba de comprar un vinilo en ese preciso momento. Había abonado el importe, y el vendedor colocaba el disco en una bolsa y se lo entregaba junto con su cambio.

Tuco dio un paso dentro de la tienda, y restalló la alarma que anunciaba el ingreso de un nuevo cliente. El vendedor miró hacia donde estaba, pero Mara no se perturbó en lo más mínimo. Guardó el dinero en un monederito rosado con calma, y recién entonces empezó a caminar hacia la salida. Al cruzarse con Tuco, estiró el brazo que tenía el disco que acababa de comprar. Miró al frente en todo momento.

Él lo tomó, y salió caminando detrás de ella. Una vez en la calle, lo sacó de su bolsa. Y su sorpresa fue total cuando vio que era el "Voodoo Lounge" de los Rolling Stones.

Tras un instante de atontamiento, buscó a Mara para darle las gracias. Descubrió que ya se había alejado varios metros.

Pero justo cuando comenzó a caminar en su dirección, Mara se detuvo y miró hacia atrás, hacia donde estaba él. Y lo esperó.

–Gracias... muchas, muchas gracias –le dijo al alcanzarla.

–Sí –replicó ella. Seguía sin mirarlo a los ojos, pero por lo menos ya no parecía estar tan lejana, tan desconectada. Su voz había cobrado algo de énfasis. A partir de ese punto, caminaron juntos con una naturalidad mayor.

Y así, llegaron a la parada.

Estaba repleta de gente, la gran mayoría estudiantes universitarios que salían del turno matutino, y alumnos del IAVA. Y también había una pareja de músicos callejeros que afinaban sus guitarras. Cada vez que tocaban una melodía, Mara la tarareaba nota por nota, feliz. Y todo el rato analizaba su nuevo diccionario.

Tuco hacía lo mismo con el disco que le había regalado.

El vendedor se había olvidado de sacarle el precio. Probablemente, ella no especificó que se trataba de un obsequio. Era una edición limitada. Había costado quinientos pesos, casi lo mismo que su diccionario.

Tuco comenzó a hablar mientras le desprendía el pegotín con el precio.

–Ya habías dado este examen antes, ¿no?

–Sí.

–Y lo habías dado más de una vez, ¿no?

–Sí.

–¿Cuántas veces lo habías dado?

–Cinco.

Recién entonces él reparó en la conversación que estaban teniendo. Miró en su dirección.

Ella lo estaba observando.

Sentimientos que Tuco ni siquiera sabía que podían existir estaban cifrados en sus ojos.

–¿Y qué pasaba? ¿Dónde perdías?

–Oral.

Tuco no formuló la siguiente pregunta de inmediato. Y cuando habló, las palabras flotaron por el aire como notas musicales buscando su lugar en un pentagrama.

–Mara, ¿cuántos años tenés?

–Veintiocho.

Increíble. Era mucho mayor que él, le llevaba siete años. Nunca lo hubiera imaginado.

Los dos guardaron silencio, por un tiempo excesivamente largo.

Solo el bullicio que se generó a su alrededor cuando se acercaron varios ómnibus pudo devolverlos a la realidad. El de Mara venía primero.

Tuco no sabía cómo despedirla. Si decirle adiós solamente, si darle la mano, si darle un beso...

Mara se puso en puntas de pie, y le humedeció la mejilla con un beso muy tierno. Se alejó dando saltitos, tarareando de nuevo esa melodía que Tuco ya no podría sacarse de la cabeza por el resto del día.

Quedó última en la fila para subir al ómnibus. Y antes de pisar el primer escalón, volteó su mirada hacia él. Y le dijo:

–Gracias, José Ignacio Demora.

–Tuco. Decime Tuco –y agregó con una sonrisa–: Decime Tuco, Marita.

–¡Marita! –su rostro se iluminó. Fue como si en ese instante librara la alegría que llevaba conteniendo toda su vida.

Tuco la despidió con la mano, mientras el ómnibus se alejaba.

Y una vez que desapareció por completo, se quedó un buen rato en la parada. Miraba el disco que Marita le acababa de regalar. Recordó las palabras de su padre.

*Tenés absolutamente todo, nada te faltó nunca. Y seguramente, siempre tengas los medios para obtener todo lo que quieras.*

Pensó en ellas todo el camino a casa luego, en el 142.

Solo se distrajo una vez, cuando una canción sonó por los altavoces. Levantó la mirada de forma inmediata, como si se la hubieran dedicado.

Y es que en cierta medida, eso había ocurrido.

Lo que Marita tarareaba todo el tiempo era el estribillo de ese tema. Era la canción "Lovefool" de The Cardigans.

Tuco la escuchó, y fue como si Marita estuviera ahí una vez más.

La canción era puntual y dulce.

Como ella.

Pero tenía una tristeza latente que por momentos amenazaba con ahogarla.

También como ella.

Al escucharla, Tuco se preguntó qué podía hacer para que eso no llegara a ocurrir.

Y al volver a casa, hizo algo que nunca había hecho antes. Recorrió el pasillo que conducía al estudio de su padre sin ser llamado. Lo encontró detrás de su escritorio, ordenando unos papeles. Avanzó hasta el centro de la habitación, caminando como si entrara a un campo de juego a disputar el partido de su vida.

–Me voy a recibir. Te voy a dar ese título.

Su padre alzó el mentón, y lo miró sorprendido. No había reparado en su presencia hasta que habló. Y su voz vibraba con una determinación que nunca le había conocido dentro de esas cuatro paredes.

–Me voy a recibir –lo repitió, aún con más temple que antes.

Su padre no supo qué decir. La situación era totalmente atípica. Solo pudo asentir. Y ni bien lo hizo, Tuco salió de su estudio con la misma firmeza que había entrado, y subió a su habitación.

Lo primero que vio fue su equipo de música, situado debajo de las muchas fotografías que tenía con sus compañeros de rugby. La caja se había quedado ahí, a pesar de que ya había superado esa instancia de la prueba. Era un Sony con bandeja para tres discos compactos y una vitrola en la parte superior. Nunca la había usado.

Este disco de pasta que le había regalado Marita era el primero que tenía.

Colocó la mano dentro del sobre, pero se detuvo ni bien sus yemas rozaron el vinilo.

"No", se dijo a sí mismo. "No". Depositó el disco sobre la caja con materiales para el ingreso a la carrera, y lo recostó contra la pared, dejándolo lo más perpendicular posible.

"Cuando me reciba lo escucho. Antes no".

Se recostó en su cama, y respiró profundamente. Cerró los ojos solo por un instante.

El sol aún brillaba en lo alto del cielo cuando los volvió a abrir. Se había quedado dormido, pero no transcurrió mucho tiempo. Más que sentirse como alguien que despertaba de una siesta, Tuco se sentía como alguien que se había recobrado de una pérdida de conocimiento. Estaba boca arriba, y miraba al techo, como perdido.

Movió su cabeza de lado. Y lo primero que vio fue el "Voodoo Lounge".

Sonrió. En un instante, lo recordó todo. Y dijo:

–Cuando me reciba.

Se acomodó en la cama, y volvió a cerrar los ojos.

Y por primera vez, sintió que todo iba a estar bien cuando los abriera de nuevo.

V

## Lantern

–Qué tengas suerte, hijo –Su madre le dio la despedida con una emoción que entrelazaba cada hebra de su voz, y formaba algo comparable a una esperanza que nunca rendiría su anhelo.

Estaba en la puerta de la casa, tomada del brazo de su esposo. Éste guardaba silencio, pero contemplaba a su hijo con ojos donde algo parecido a una luz de aprobación finalmente se estaba abriendo paso.

Tuco observó a sus padres, con ojos donde también algo distinto comenzaba a nacer. Les dijo adiós con una de las sonrisas más positivas que les había obsequiado en su vida.

Sin embargo, se detuvo preocupado al alcanzar el portón. Primero giró la cabeza, y luego el resto del cuerpo. Cualquiera diría que había olvidado algo.

Algo importante.

Cuando habló, lo hizo con una mirada propia del Tuco de antes.

–¿Puedo llevar el BMW?

Su madre no pudo evitar sonreír, mientras que su padre cerró los ojos, y movió la cabeza lentamente de lado a lado.

–Andate que vas a perder el ómnibus –fue todo lo que dijo.

Tuco asintió y siguió su camino, no sin antes tomarse unos instantes en los que pareció estar interiorizando la respuesta recibida.

Sonreía. Era la primera vez que sonreía cuando su padre le rehusaba algo. No entendía porqué.

Y ni bien hubo cruzado el portón, su padre sonrió también.

Su esposa estrechó aún más su brazo, mientras se preguntaba por qué compartir sus sonrisas tenía que costarles tanto, por qué su felicidad tenía que estar siempre como separada por toda la anchura del mundo.

Él se preguntaba exactamente lo mismo.

Y muy pronto encontraría la respuesta, donde menos lo esperaba.

Todos lo harían.

–o0o–

Era un salón minúsculo, extraviado en uno de los entrepisos de la Universidad, con vigas desgastadas en todas direcciones y columnas donde no debería haberlas. A los grupos de Traductorado siempre se les asigna ese tipo de salones. Terminan siendo algo pequeño dentro de algo infinitamente más grande, un secreto que todos guardan a la perfección sin tener siquiera conciencia de ello.

Le costó mucho encontrarlo. Cuando llegó, la clase entera ya estaba dentro. Esperaban que llegara el profesor. Y cuando atravesó la puerta, la primera persona que vio fue a Marita.

Estaba en la primera fila, leyendo un libro con su abnegación habitual.

Se había apropiado además de otra silla, y depositaba en ella diversos libros y cuadernos. Y también había colgado una cartera de un color rosado claro en su respaldo.

–¿Cómo estás? –le dijo, ajustando el paso cuando llegó a su lado. Marita sonrió tenuemente, sin levantar la mirada. Habló recién cuando Tuco ya estaba a sus espaldas, escogiendo un lugar en las filas centrales.

–Vos estás en todos lados.

La cabeza de Tuco se dio vuelta en seguida, como imantada por esas palabras. No fue lo que dijo. De hecho, no entendió muy bien a qué se refería. Fue *la manera* en que lo dijo.

Su voz tenía una viveza que antes hubiera resultado impensable. Si antes estaba marcada por una falencia emocional, ahora era todo lo contrario.

Sonriendo, se acercó a ella.

–Me voy a sentar contigo, ¿sí?

–¡Sí! –le respondió con una rápida sonrisa, como si súbitamente hubiera recordado una broma que no debía contarle a nadie. Y además, apartó la vista del libro por un instante. Le dio una mirada repleta de complicidad.

Tuco tomó asiento a su lado. No la miró de inmediato. Comenzó a sentir mucho calor.

Seguro que era por haber corrido cuando buscaba el salón.

Seguro.

Concentró su atención en la cuadernola que había comprado en una papelería llamada Nueva Jurídica, a un lado de la Universidad. La tapa le gustó. Era una ilustración en relieve de un jugador de rugby. No podía ser sino Jonah Lomu. El mundial de Gales lo tenía expectante. Era la primera

participación de Uruguay en una copa del mundo. Los Teros compartían serie con España, Escocia y el actual campeón, Sudáfrica.

Cuando finalmente la miró, estaba enfocada en su libro. “Qué raro”, pensó él, con un cándido toque de ironía.

Recién entonces reparó en la silla donde Marita tenía todas sus pertenencias. De forma espontánea, alargó su brazo para dejar allí su cuadernola.

Y fue entonces que se dio cuenta.

El diccionario que le había regalado estaba ahí, coronando esa pila de cuadernos y libros.

–o0o–

Transcurrió menos de una semana antes de que Tuco se diera cuenta de las dificultades que le revestiría esta carrera. No era ningún ingenuo, y ciertamente anticipaba complicaciones. Estudiar simplemente no estaba en su naturaleza.

Pero esta carrera rebasaba todas sus aptitudes. De las cuatro asignaturas que habría de cursar aquel año, solo una le resultaba sufrible. Y esa era Inglés I.

Todas las demás se le hacían insoportables, por un motivo u otro. Sentía un verdadero repudio por Derecho Público. No era una materia verdaderamente difícil, pero todo aquello que lo ataba a la historia de su familia le inspiraba aversión.

Y las otras dos asignaturas restantes eran una fuente de perplejidad. Querer asimilar Español I y Lingüística Aplicada cuando había copiado en la prueba de admisión de forma tan descarada era una contradicción en términos.

Pero de algún modo lo resolvería.

No había estudiado en su vida, y había llegado hasta la universidad. Tuco pensaba en todo esto durante una hora puente, sentado al lado de Marita en la biblioteca de la Facultad, mientras navegaba por Internet. Marita mostraba una sonrisa serena, y pasaba las hojas de una colección de historias cortas escritas por Thomas Hardy.

El libro se titulaba “Las Pequeñas Ironías de la Vida”,

–o0o–

–Tu amiga no habla mucho, ¿no?

–No, es bastante... especial.

Había pasado un mes desde el inicio de clases, y unos fuertes lazos de camaradería ya se habían estrechado entre todos.

Pero había dos excepciones.

Marita era una de ellas. Solo tenía trato con Tuco. Llegaba, y sin saludar a nadie tomaba asiento en las filas delanteras. Hecho esto, se sumergía en alguno de los libros que llevaba consigo. O a veces, escribía en un cuaderno. Pero la atención que le prestaba al entorno era exigua.

La otra era un grupo conformado por aquellas tres chicas a las que Tuco intentó copiarles en el examen de ingreso, y dos más que provenían de la Facultad de Humanidades. Discutían constantemente con los profesores como si en ello se les fuera la vida, pero sin tener el mínimo fundamento. Y de tenerlo, lo pendenciero de sus exposiciones le quitaba toda credibilidad a lo que estaban argumentado. Y al resto de sus compañeros, los trataban con una condescendencia salvaje.

Así que Marita no era la única que no encajaba. Y el hecho de ser "la amiga" de Tuco implicaba que los demás no denostaran su presencia. Simplemente, era alguien que no se involucraba. No contribuía, pero tampoco molestaba.

Sin embargo, cada vez que se referían a ella como "su amiga", Tuco no podía evitar pensar en lo curioso de su relación.

Día tras día, Tuco llegaba, la saludaba y se sentaba a su lado. No intercambiaban palabra durante toda la jornada. Y cuando terminaba la clase, se encargaba de acompañarla hasta la parada donde Marita tomaba el 128, en la esquina de la Facultad. Ella nunca se lo pidió, y él nunca se lo ofreció. Simplemente ocurría. Cuando llegaban, Marita colocaba la mejilla para que le diera un beso de despedida. Y una vez se lo había dado, Tuco se marchaba.

Esta situación seguramente se hubiera extendido de forma indefinida de no ser por lo que ocurrió aquel miércoles de la última semana de mayo, en la clase de Inglés I.

Tuco se vio obligado a ayudar a su tío en una mudanza, y llegó como con una hora de retraso. Para aquel entonces, la hoja de asistencia que circulaba por la clase estaba en la mesa del profesor. Y como ya había causado una interrupción al llegar tarde, lo correcto era esperar a que la clase terminara para recoger la hoja y firmarla.

Aquel día se había entablado un intenso debate sobre que se debe hacer cuando hay que traducir malas palabras. La mayoría del grupo pensaba que debían ser suavizadas para no herir la sensibilidad del público, y la minoría restante sostenía que el texto ha de ser traducido fielmente. Los alumnos que ocupaban la primera fila continuaron debatiendo al término de la clase. Y cuando Tuco se acercó al frente del salón para recoger la hoja de asistencia, el profesor lo sumó a la charla.

La conversación se prolongó por más de cuarenta minutos. Tuco quedó atrapado en ella contra su voluntad. Nada de lo que discutía esa gente de forma tan acalorada podía importarle menos.

Para colmo, la conversación tuvo varios falsos finales en los cuales una u otra muchacha de ese grupo que le resultaba odioso a toda la clase trataba de tener la última palabra, y alguien se sentía obligado a responderles para no dar el brazo a torcer.

Cuando la conversación hubo terminado, Tuco salió furioso del salón. Sus pasos retumbaron con acrimonia en el piso de madera, como el ruido de alguien tratando de tirar una puerta abajo a patadas. Y apenas pudo evitar chocar con Marita.

Lo había esperado todo este tiempo en el pasillo.

–¡Marita! ¿Estabas acá? –pasó del enojo a un estado de sorpresa en un abrir y cerrar de ojos, como si alguien hubiera activado un interrup- tor–. ¿Estuviste todo este rato acá?

Marita se quedó mirándolo, sin cambiar en nada su expresión. Y entonces, habló con una voz tan apocada como de costumbre.

–¿Vamos?

Le dio la espalda, y se puso en marcha. Tuco se colocó a su lado, y la escoltó como siempre hasta la parada. Empezó a hablar ni bien salieron del edificio, mirándola con insistencia.

–Estaría bueno que muestres más cosas sobre vos –le dijo, en un tono que tuvo algo de recriminación, incluso cuando ese no era el efecto deseado–. Por ejemplo, no sé casi nada de vos, en todo este tiempo no hablamos casi. Sé que te gusta Thomas Hardy, y alguna banda nueva. Pero nada más.

–Me gusta Picasso –replicó ella, dándole una fugaz mirada a su diccionario Larousse.

Hecho esto, se encogió de hombros, y se detuvo debajo del cartel de la parada. Tuco se quedó a su lado, y durante los minutos que transcurrieron el silencio de sus labios parecía fundido sin una sola fisura con el silencio de los cielos.

Cuando el ómnibus finalmente se dejó adivinar a la distancia, Marita colocó la mejilla para que le diera el clásico beso de despedida, y una vez recibido se quedó con la cabeza inclinada de lado. Tuco se echó a andar. Pero luego de haber dado un par de pasos, dio vuelta la mitad del cuerpo y la miró largamente antes de marcharse.

Y a partir de ese miércoles, empezó a hacer algo distinto.

Cada vez que se despedían, él comenzaba a recorrer su camino ha- bitual. Pero lo que hacía en realidad era alejarse lo suficiente como para que Marita no se percatara de su presencia. Y entonces, se quedaba esperando que llegara su ómnibus. Recién cuando veía que lo abordaba, Tuco se dirigía a su parada.

Hubiera sido interesante preguntarle por qué lo hacía.

Seguro que no hubiera sabido responder si era por ella, o por él.

O por ambos.

–o0o–

Un uno.

En el primer parcial de Lingüística Aplicada, Tuco había obtenido un uno. Necesitaba un promedio de tres para tener derecho a rendir examen en diciembre. Y si su objetivo era exonerar el curso y evitar una prueba a fin de año, debía promediar un seis.

Y había obtenido un uno.

La profesora le entregó la hoja con una mirada funesta. Tuco la dobló y la escondió dentro de su cuadernola, antes de que alguien más la viera. Sentía el rubor que le ascendía por el rostro, y un cepo de vergüenza que le oprimía el pecho.

La profesora continuó caminando entre las filas, repartiendo las pruebas restantes. Pronto volvió a acercarse.

–Mara García –pronunció su nombre con un tono de aprobación. Y le extendió su prueba, con una clara expresión de respeto.

Marita la recibió. La miró con indiferencia durante unos segundos. Acto seguido, la hizo a un costado, y continuó escribiendo.

Había obtenido un once.

Era completamente lógico. Pero igual, era imposible no asombrarse. Sentado a su lado, Tuco se preguntaba si Marita realmente comprendía la situación en su justa medida cuando su voz lo tomó desprevenido.

–La próxima estudiamos juntos.

–¿¡Eh!?

–La próxima estudiamos juntos. Así aprobás –ahora sonreía, con algo que en cualquier otra persona hubiera sido malicia– y no tenés que copiarle ni a mí ni a nadie, como hiciste en la prueba de ingreso.

Marita le dijo todo esto sin mirarlo ni una vez. Tuco no dejó de observarla ni por un instante.

Y no dejó de contemplarla ni aun cuando terminó de hablar. Estudiaba su expresión, esperaba ver algún cambio en su rostro. No lo hubo. Y ni bien Tuco miró otra vez hacia adelante, Marita recalcó:

–En dos semanas es el Parcial de Español I.

Él creía que era en un mes. Ni se acordaba. Pero no tuvo tiempo de expresar nada.

–Este fin de semana estudiamos juntos.

La forma en la que lo dijo imposibilitaba cualquier respuesta en negativo. No fue una sugerencia, mucho menos una invitación.

Y Tuco tan solo pudo asentir tontamente.

Aquel día le resultó imposible concentrase. No que habitualmente lo hiciera con facilidad, pero simplemente ya no iba a poder prestarle atención a nada de lo expuesto por la profesora. Y al darse cuenta de ello, se entretuvo haciendo caricaturas en su cuaderno.

Dibujó a todos sus compañeros, haciendo especial hincapié en las cinco integrantes del grupo discordante. Y por primera vez, dibujó a Marita. En esta caricatura, estaba sentada en la cima de una pirámide de libros. Tenía un tomo enorme en cada mano, y había un cartel clavado a un costado que decía “LO SÉ TODO”.

Alrededor de la pirámide se sucedía una serie de catástrofes, cada una más exagerada que la otra. Había una lluvia de meteoritos, un crucero gigantesco que se hundía, dos dinosaurios que luchaban encarnizadamente... y Marita inmutable, leyendo esos dos libros que eran casi tan grandes como ella.

Tuco sonrió al hacer el último trazo. Sí que le había quedado gracioso. O eso pensó.

Le tocó el brazo levemente, y le enseñó la hoja. Dejó que observara el conjunto por unos instantes, y luego le indicó la parte donde estaba ella con un rápido movimiento de su lapicera.

Marita la estudió, con bastante detenimiento. Pero no comentó nada. Su semblante se mantuvo impasible. Siguió tomando apuntes en su cuadernola.

¿Se había enojado?

Mientras trataba de dilucidar qué había ocurrido, Tuco notó que Marita estaba escribiendo algo verticalmente en el margen de la

hoja. "TARADO".

Miró las letras sorprendido, como si no supiera lo que significaban. Y es que en cierta forma, no lo sabía. Los límites del lenguaje para Marita eran otros. Hasta las palabras más simples y directas debían ser descifradas. Pero Tuco descubrió enseguida cual era el significado de estas en particular. Tan solo tuvo que contemplar su rostro.

Sonreía, de nuevo. Con ese algo que en cualquier otra persona hubiera sido la señal más clara de una cierta cuota de malicia.

La situación se le hizo muy graciosa, y Tuco tuvo que hacer un gran esfuerzo para poder ahogar una risa.

Marita entonces completó la frase.

"TARADO. NO ME DISTRAIGAS EN CLASE".

Tuco sonrió. No la distrajo más durante el resto de la jornada. Continuó haciendo dibujos y garabatos en su cuaderno.

Y si bien no la volvió a molestar, no pudo evitar mirarla cada tanto.

–o0o–

Salieron juntos del edificio por la puerta que daba a Eduardo Acevedo, y caminaron los pocos metros que los separaban de la parada sobre la calle Guayabo. Se detuvieron a un costado del pequeño quiosco que ha custodiado esa esquina desde siempre, como un centinela fiel. Tuco habló casi de inmediato.

–Bueno, yo voy yendo.

–Quedate.

Lo categórico de esta respuesta superó incluso al aplomo de su invitación para estudiar juntos el fin de semana.

Y al igual que antes, era imposible hacer caso omiso. Tuco se quedó detenido como si todo estuviera en un equilibrio precario, como si el menor ademán pudiera desarmar algo que ya nunca volvería a ser recuperado.

Decir algo en una situación así era realmente difícil. A Tuco se le ocurrían un sinfín de chistes y comentarios ocurrentes, pero no quería limitarse siempre a lo mismo. Quería encontrar algo que dijera más sobre él, y menos sobre las cosas en general. Y le estaba costando una enormidad.

Era como si las palabras fueran el impedimento más grande para lo que quería expresar.

Tras varios minutos, Tuco finalmente comenzó a desgranar las líneas para una posible conversación. Y estaba pronto para hablar, cuando notó que dos compañeras se acercaban.

Eran las dos más mordaces de ese sector de la clase que a todos les resultaba desagradable. Venían conversando muy animadas, pero al ver a Tuco y Marita juntos en la parada guardaron la clase de silencio repentino que delata un aluvión de pensamientos, ninguno de ellos positivo. Al pasar a su lado, los observaron con una sonrisa socarrona en sus rostros. Y ni bien se hubieron alejado un poco, una le comentó algo a la otra. Ambas rieron fuertemente, como queriendo hacerse notar. La que había hecho el comentario miró hacia atrás, y volvió a decirle algo a su amiga. Otra vez, estalló una risa de hienas. Y el sonido quedó flotando como veneno en el aire.

Tuco no recordaba la última vez que había sentido una impotencia y una rabia comparables. Las palabras que había estado a punto de decir desaparecieron en una nube negra de amargura.

Por su parte, la expresión de Marita no dejaba entrever emoción alguna. En ningún momento había desviado su mirada de la esquina por donde debería aparecer el ómnibus.

Tuco también miró en esa dirección.

Ojala que no demorara, pensó.

Todo lo que deseaba en ese momento era irse lo más lejos posible. La voz de Marita sonó como un rumor, como si las palabras estuvieran saliendo desde tan adentro de su alma que ya habían perdido todo relieve cuando llegaban a su boca.

–Yo no sé todo, vos –un auto frenó violentamente en el semáforo de la esquina, y dio un largo bocinazo. Todas las personas miraron en esa dirección. Tuco también. Pero Marita siguió hablando. Cuando volvió a observarla, terminaba de pronunciar una oración. Y al hacerlo, comenzó a morderse el labio inferior.

Por su expresión y postura, era como si hubiera confesado un secreto de esos que a fuerza de ser escondido y relegado deviene irreal.

Pero él no tuvo tiempo de pedirle que repitiera el final de la frase, ni de decirle ninguna otra cosa. El ómnibus llegó en ese momento. Y Marita colocó su mejilla para que le diera el beso habitual de despedida. Tuco se lo dio, y si bien sabía que se iban a reunir en dos días para estudiar no pudo

evitar sentir como que en ese momento estaba despidiéndose de alguien que ya no volvería a ver.

Y esta vez ni siquiera esperó que Marita subiera al ómnibus para marcharse. Se fue de inmediato, y no volvió a mirar atrás. Caminaba cabizbajo, con las manos hundidas en los bolsillos de su canguro. Su mirada parecía estar atada a su sombra, que se extendía infinitamente por la vereda bajo las luces de la plaza de deportes del IAVA.

El 128 donde viajaba Marita pasó a su lado tan vertiginosamente que parecía empujado por una explosión. Y a pesar del estruendo que hizo, él no levantó la cabeza.

De haberlo hecho, se hubiera dado cuenta de cómo lo estaba mirando.

–Yo no sé todo. Vos sí. Enseñame, por favor.

Eso fue lo que Tuco no alcanzó a escuchar. Sentada en el ómnibus, con la frente recostada contra el cristal de la ventana, Marita repitió esas palabras como si fueran parte de una oración que rezaba todas las noches, escondida bajo un manto de creencias que nadie podría entender. Las palabras rodaron por sus labios, y se desprendieron como gotas de rocío de una flor que nunca había conocido la mañana hasta ese entonces.

Cuando terminó de pronunciarlas, sintió cómo sus ojos empezaban a cargarse de tristeza. Se aferró a sus libros, como hacía cada vez que el peso de la realidad amenazaba con abismarla. Y cuando sintió que su diccionario estaba ahí, sonrió.

Sonrió todo el camino a casa.

Tuco siguió caminando hacia su parada. Ni siquiera miraba por donde iba; era como si sus pies conocieran el camino. Y cuando estaba llegando, un viento helado sopló repentinamente, arrastrando una miríada de hojas y papeles de la calle. Cerró los ojos y se detuvo, como conteniendo un fuerte golpe que hubiera podido evitar de estar atento.

Como guiado por una señal incandescente, cuando abrió los párpados lo primero que hizo fue mirar hacia el lugar donde había desaparecido el ómnibus de Marita.

Nada. No vio nada.

Nunca en su vida había visto nada. Y ahora que quería hacerlo, tampoco lo lograba.

No sabía por qué se sentía así. No lo sabía.

Solo sabía que hubiera dado cualquier cosa por atenuar esa sensación.

–o0o–

Un verde irisado bañaba Carrasco ese mediodía en que Marita se detuvo por primera vez frente al portón de la casa de Tuco. A pesar de que el otoño estaba terminando, aún quedaba una gran tibieza en el aire, fundida con el aroma de los eucaliptos y el canto de pájaros que se llamaban y respondían como celebrando una vida nueva.

Tuco sentía una ansiedad enorme. Se había despertado muy temprano, y ya no había podido volver a conciliar el sueño.

El timbre lo sorprendió de pie frente al espejo de su habitación, tratando de decidir qué remera usar. Ya se había cambiado varias veces. Salió velozmente de su cuarto ni bien sonó, solo para frenarse cuando llegó a la escalera y volver corriendo. Comenzó a sacarse la remera que tenía puesta a unos pasos de la puerta, y una vez dentro la arrojó sobre la cama. Le pareció mejor cambiarla por la remera de la selección de Nueva Zelanda. Se miró al espejo primero de frente, luego de perfil, y entonces de frente una vez más. Recién ahí se dio por satisfecho, y volvió a salir de la habitación, ahora corriendo como si fuera a marcar un try.

Pero cuando había bajado el primer tramo de la escalera retrocedió nuevamente, y volvió a su cuarto aún más rápido que antes, subiendo los escalones de dos en dos. Lo que hizo en esta oportunidad fue recoger todas las remeras que se había estado probando, y que habían quedado encima de su cama, y guardarlas en un cajón. Entonces sí salió corriendo, y no paró hasta llegar al portón. Cuando lo alcanzó, lo abrió con una sola mano, como si fuera de cartulina. Tan solo un poco más de ímpetu hubiera sido suficiente para arrancarlo.

Quedó cara a cara con una Marita que lucía muy distinta a la de siempre. Se había maquillado. Y lo había hecho con una sofisticación impropia en ella.

Los dos parecían sorprendidos. Él, por su aspecto. Ella, por lo súbito de su aparición.

–Hola –hablaron exactamente al mismo tiempo, y bajaron la mirada enseguida, como niños avergonzados.

Marita llevaba una mochila con libros, y abrazaba dos cuadernolas y el diccionario que Tuco le había regalado.

Ahora lo había forrado. Su tapa se había convertido en Guernica.

Luego de una pausa en la que los dos se mantuvieron exactamente inmóviles, como si existiera un límite imaginario que no debía ser cruzado, Tuco la invitó a pasar. Recorrieron el jardín en silencio, y entraron a la casa, La conversación recién fue resumida cuando Tuco abrió la puerta de su habitación en la planta alta, y le cedió el paso.

–Bueno, este es mi cuarto.

Habló con un aire de importancia. La noche anterior se había tomado un buen rato para ordenarlo. Toda su ropa estaba en los cajones. El bajo que tanto le había costado que le compraran (y que nunca aprendió a tocar) estaba en su atril, no tirado en el suelo. Y su escritorio destilaba prolijidad. El teclado, el ratón, los CDs… todo estaba donde buenamente se suponía que debía estar. Y el disco de pasta que Marita le había regalado estaba allí, sobre la caja de materiales para el ingreso a la carrera. Esa caja nunca se había movido de su escritorio.

Pero lo más llamativo de todo eran sus trofeos. Estaban más rutilantes que nunca. Se paró a un lado de la repisa que contenía los más esplendentes, y miró a Marita. Los consideraba una estampa de quien era, de su faceta que producía orgullo en todos.

Marita se veía profundamente decepcionada.

–¿Qué te pasa? –preguntó él. Su expresión era preocupante. Cuando finalmente respondió, lo hizo con una voz que parecía estar conteniendo el llanto.

–No tenés ningún libro.

–o0o–

–A ver, esperame acá. Entrás cuando te llame, ¿sí?

–Sí –la voz de Marita casi no podía oírse.

Tuco la dejó al final del pasillo que conducía al estudio de su padre. Al entrar, lo encontró en su postura habitual, detrás de su mesa de caoba, analizando libros como si fuera el corrector de una imprenta.

–Padre –Tuco habló desde la puerta, tras haber anunciado su presencia con un leve golpe.

–¿Si?

–Ya llegó mi amiga, y yo quería... –el impacto lo desplazó por completo, y el grito de asombro de Marita fue tan penetrante que se le estremecieron todos los nervios del cuerpo.

Aun siendo tan pequeña, Marita se lo llevó por delante, y logró desplazarlo en parte porque estaba mal parado, y en parte porque realmente entró como impelida por un cañón.

Se detuvo en el centro de la habitación, pero no por eso dejó de transmitir una energía glacial. Miraba extasiada las bibliotecas que prácticamente empapelaban las cuatro paredes. Exceptuando el cuadro del abuelo de Tuco y una ventana doble que daba al jardín, no existía un sitio donde no hubiera un libro.

Recién entonces él pudo terminar la frase.

–Y yo quería mostrarle tus bibliotecas.

En el instante que le llevó pronunciar esa oración, Marita ya estaba de pie frente a una de ellas, expectante. Era como si cada volumen estuviera hecho de cartas con noticias que había esperado leer toda su vida.

–Ah –fue todo lo que su padre acertó a replicar. La contemplaba con mucha curiosidad. Casi de inmediato, se levantó y se desplazó a su lado.

–Esta sección tiene filósofos y pensadores griegos. Aquella, escritores renacentistas. Aquella, autores románticos. Aquella...

Marita recibía cada explicación con exclamaciones de asombro crecientes, y apartaba uno o dos libros de cada sección. O procesaba los nombres a una velocidad sin parangón, o le gustaban todos y cada uno de los escritores en esas repisas.

Posiblemente ambos, pensó Tuco.

Recostado contra el marco de la puerta, no le perdía mirada.

Iba de biblioteca en biblioteca, como una abejita en el jardín más rico del mundo.

¿Se podía ser así de feliz con tan poco?

–o0o–

Marita marchaba al frente cuando volvieron a su habitación, y él cargaba un bolso con libros que su padre gentilmente le había prestado.

Tuco se descalzó y se sentó en la cama, cruzándose de piernas. Marita ocupó la silla ubicada enfrente de su escritorio, tras hacerla girar suavemente sobre su base.

Sin el menor preámbulo, sacó una serie de fotocopias de uno de sus cuadernos y se las dio. Entonces, se limpió la garganta y habló.

–Repaso de conceptos –trató de imponer confianza y autoridad, pero su voz sonó muy frágil. Miró a Tuco con fijeza, hasta que él se dio cuenta de que ella esperaba que comenzara. Y entonces, leyó la primera definición.

–Se denomina “sustantivo” a toda palabra que puede ser el sujeto de una oración –la frase continuaba, pero hizo una pausa para observar a Marita. Esperaba ver aunque sea un atisbo de empatía. Pero solo se encontró con esa persona hermética que se sentaba todos los días a su lado en la universidad.

Fue ella quien terminó de leer ese párrafo:

–El sustantivo va acompañado en muchas ocasiones por otra palabra, con la cual forma un grupo unitario. Esta palabra se llama “adjetivo”.

Tuco la miró sin pestañear, y entonces añadió:

–El adjetivo concuerda con el sustantivo en persona y en número –la definición terminaba en ese punto, pero agregó algo antes de que Marita continuara leyendo.

–¿Te gusta mi casa?

–Se denomina “verbo” a la palabra que funciona como el núcleo de la oración. Sí, me gusta.

–El verbo puede ir acompañado por varios complementos. ¿Es parecida a la tuya?

–El primero de ellos es el complemento directo. Se refiere al objeto sobre el cual recae la acción del verbo. No. La mía es más chica.

–Luego, tenemos el complemento indirecto. Este se refiere al destinatario de la acción del verbo. ¿Con quién vivís? ¿Vivís con tus padres?

Tuco hizo la pregunta con la vista aún depositada en la hoja. No se percató de cómo cambió la expresión de Marita en el instante que dijo la palabra “padres”. Ella resumió la lectura, con una voz un poco más abyecta.

–Por su parte, el complemento preposicional es el que va precedido por una preposición específica. No, vivo con mis abuelos.

Ahora fue Marita la que hizo una pausa. Y para sorpresa de Tuco, formuló una pregunta.

–¿Tus padres a qué se dedican?

–Mi padre es abogado, y mi madre es ama de casa. Le gusta mucho la pintura.

–¿Hace mucho que están juntos?

–Se conocieron en el liceo.

Fue en ese momento que Tuco notó lo alicaída que estaba Marita. Sintió entonces el deseo de preguntarle más acerca de su familia, de averiguar porqué vivía con sus abuelos y no con sus padres. Pero algo le dijo que sería mejor no abundar en ello, al menos no en ese momento.

Los dos se quedaron mirando las fotocopias por unos instantes, hasta que Marita volvió a hablar:

–¿Tenés hermanos?

–No.

–Marita, ¿por qué querés ser traductora?

Lo miró fijamente. Cuando respondió, su voz tenía todos los rasgos de una esperanza tan fecunda como la luz que sale de un túnel desde el fondo mismo de la desilusión.

–Porque solo así voy a ser feliz.

A Tuco casi se le escapa una exclamación de asombro, pero logró contener la impresión que le causaron esas palabras, el modo en que enfatizó cada una de ellas. Era increíble cómo algo así de directo podía generar sentimientos tan complejos.

–¿Y vos? –Marita lo seguía observando, con igual compenetración.

Tuco se tomó unos segundos en los cuales sustituyó lo que hubiera dicho naturalmente por una respuesta diferente, pero igual de valedera.

–Porque hay cosas que tengo que probarme a mí mismo.

La mirada de Tuco quedó asimilada con la de Marita, como si fueran dos rayos buscando un sol del cual provenir. Y el silencio que guardaron dijo aun más que todas las palabras que acababan de intercambiar, y que habían intercambiado desde aquel día en que partieron de puntos totalmente opuestos para encontrarse a medio camino, y descubrir que la única dirección en la que podrían seguir avanzando era aquella en la que se movieran juntos.

–Tenemos que seguir estudiando –dijo Marita bajando la mirada de súbito, y adoptando un tono contrito–. Existen diecisiete preposiciones en total, y todas ellas cumplen una función de enlace…

Así transcurrió el resto de la jornada. Repasaban conceptos, y ocasionalmente hablaban sobre ellos. Tuco le contó sobre las expectativas que siempre sintió que su familia depositaba en él, y cómo tanta tradición lo agobiaba. Y Marita demostró una locuacidad cada vez mayor.

Cuando terminaron, Tuco se dio cuenta de que nunca le había revelado todo lo que había dicho a nadie. Con sus compañeros de equipo, esta clase de charla era inexistente. Y se dio cuenta de que tampoco tocaba estos temas con aquellos que consideraba sus amigos.

Si le hubiese respondido lo que pensaba en el instante que le preguntó por qué quería ser traductor, entonces tendría que haberle dicho algo así como "porque al conocerte a vos me di cuenta de lo que realmente valen muchas cosas, y porque una parte de mí que no sé si es la mejor pero seguro que es la más importante te admira de verdad".

Y ahora no sabía si tenía que habérselo dicho o no. Porque otra vez se sentía como en el día de la prueba de admisión, cuando estaba volviendo a casa en el ómnibus. Albergaba algo íntimamente triste, y (al mismo tiempo) algo parecido a la suma de todas las sonrisas que podían depositarse como estrellas fugaces sobre un tiempo aparentemente perdido.

Pero no sabía bien qué predominaba. Aun cuando la tenía enfrente, aun cuando lo único que debía hacer para mirar hasta lo más profundo de sus ojos era inclinarse un poco, no lo sabía.

Había demasiadas cosas que no sabía cuando se trataba de ella.

–o0o–

Ya eran casi las nueve cuando terminaron de estudiar. A pesar de estar agotado, Tuco se sentía satisfecho. Pero era una satisfacción extraña, como la de quien ha experimentado algo indescriptiblemente bello, cuya hermosura solo será evidente mucho tiempo después.

Acompañaba a Marita escaleras abajo cuando se cruzaron con su madre, que salía del comedor. Marita se detuvo en seco, como si hubiera una prohibición de seguir avanzando. Tuco terminó de bajar la escalera, y quedó en el medio de las dos. Las presentó rápidamente.

–Encantada de conocerla, señora. Gracias por recibirme hoy en su casa –dijo Marita ni bien la nombró, y se inclinó levemente al pronunciar esas palabras. La madre de Tuco se quedó maravillada. Ya no había chicas así de educadas, pensó. Y su reacción fue instantánea:

–Hijo, ¿tu amiga quiere quedarse a cenar?

–No –Tuco respondió de inmediato, clavándole la mirada a su madre.

–¡Sí! –la voz surgió desde sus espaldas, rebosante de júbilo. Tuco se dio vuelta bruscamente, como si le hubieran pegado una pedrada.

Marita sonreía, más cándida y bonancible que nunca.

–o0o–

Tuco y su padre ocupaban las cabeceras de la mesa, mientras que Marita y su madre estaban cara a cara. Las separaba una escasa distancia.

Tuco no podía disimular su preocupación. Cambiaba los cubiertos de un lugar a otro, como si estuviera buscando crear una ecuación perfecta.

Su madre fue quien rompió el silencio, luego de que llegara el primer plato.

–¿Cómo se porta José Ignacio en las clases?

–Bien –dijo Marita, terminando de tragar un bocado –pero mira mucho a las chicas.

–¡Oh! –exclamó ella dándole una rápida mirada a su hijo, visiblemente preocupada.

–Y está mucho tiempo haciendo caricaturas en el cuaderno –agregó Marita, de modo totalmente casual, como quien se quita una pelusilla de la solapa.

Conforme hablaba, Tuco se iba deslizando en su silla, como si quisiera desaparecer no solo del cuarto sino de la casa.

Miró a su padre, como tratando de medir el daño causado, con una cara similar a la de quien se pone una venda antes de sufrir una herida.

No se veía para nada molesto. Todo lo contrario, parecía estar disfrutando a pleno cada segundo de esta situación.

–¿Y cómo le va en las pruebas? –inquirió entonces su madre, consternada. Y Marita respondió apaciblemente, luego de limpiarse los labios con una servilleta:

–Horrible.

El padre de Tuco se deshizo en carcajadas. Y él no entendía nada, lo contemplaba falto de palabras. Se reía con un fervor que le resultaba desconocido, y cuando miró alrededor vio que todos los demás sonreían. Muy lentamente, Tuco también comenzó a sonreír, y antes de que se diera cuenta estaba riendo junto con su padre, mientras las sonrisas en los rostros de su madre y de Marita brillaban como si fueran las dos únicas estrellas en un cielo tan pálido como las últimas lágrimas de un verdadero amor.

–o0o–

Ya eran más de las diez cuando la cena terminó, y todos acompañaron a Marita hasta el recibidor. Habían comido opíparamente. Y habían reído aún más.

–Muchas gracias por invitarme. Pasé muy bien –exclamó, poniéndose de frente a su madre, y haciendo una rápida pero profusa reverencia. Y entonces, se volvió hacia el padre de Tuco, y dijo con una expresión infinitamente más seria:

–Gracias a usted también, señor. Gracias por los libros, se los devuelvo en el instante que haya terminado de leerlos.

–Tomate tu tiempo, como si fueran tuyos –dijo. Y agregó, mirando a Tuco:

–Llevá a esta chica a su casa.

–¿Cómo?

Su padre buscó en su bolsillo, y le extendió un par de llaves. Eran las llaves del BMW.

Tuco las contempló, sorprendido.

–¿Las vas a usar o no? –le preguntó al ver que no reaccionaba, agitándolas en el aire.

Recién entonces Tuco estiró la mano. Las tomó, y las apretó firmemente, como si necesitara verificar su corporeidad. Su mirada se encontró con la de su padre.

Fue la primera vez desde que dejara su adolescencia que mantenían un contacto visual tan pleno.

–En un rato vuelvo –le dijo, y miró luego a su madre.

–Te esperamos –repuso ella.

–Te esperamos –corroboró su padre. Y añadió:

–No vuelvas muy tarde.

Él les dijo que no, que no lo haría. Que estaría de regreso temprano.

Pero esta era la primera vez que no les importaría en absoluto que demorara en volver.

–o0o–

–¿Acá está bien?

–Sí.

Tuco detuvo el auto frente a una residencia que parecía una casa de muñecas, con un jardín que dejaba de manifiesto una paciencia infinita.

Era una casa de dos plantas, con dos balcones que adornaban el segundo piso, y le daban un aire de pequeño palacio. La entrada tenía una marquesina muy elegante, y había un farol eléctrico a cada lado de la puerta. Pero por algún motivo, solo uno estaba encendido.

Cuando estacionó el vehículo, le pareció que una de las cortinas en el piso superior se movió. De haber sido así, fue solo un segundo. Miró entonces a Marita.

No habían intercambiado palabra en todo el camino. Lo primero que Tuco había hecho cuando subieron al auto fue encender la radio. Estaba sonando “Animal Instinct” en un especial de The Cranberries en Diamante FM. Marita la reconoció en cuestión de segundos, y le hizo una señal con la mano para que subiera el volumen. Con la canción vibrando a través de los parlantes, recostó todo su cuerpo contra el respaldo de su asiento y cerró los ojos.

Y su postura no varió mucho una vez llegaron a su casa. Cuando Tuco le preguntó si éste era el lugar, abrió momentáneamente los ojos. Pero luego de asentir los cerró con fuerza, como lo haría alguien que busca apartarse de la realidad.

Se veía extenuada, como si estuviera sintiendo los efectos de un entumecimiento físico y mental.

–Bueno, Marita… –dijo mirando a través del parabrisas, que ahora estaba ligeramente empañado, y guardó silencio. Le impresionó el matiz de su voz, sonaba como un signo vital quebrado. Y ni bien dejó de hablar, Marita lo abrazó con una fuerza de la que su pequeño cuerpo no debería ser capaz. Lo abrazó, y dijo luego de un profundo suspiro:

–Yo siempre quise un amigo. Siempre.

Tuco no supo qué decir. Probablemente, porque ella ya lo había dicho todo.

Así que le pasó la mano por el cabello, como si estuviera contando ilusiones. Y luego la abrazó.

Se quedaron así un buen rato, hasta que Marita le dio un beso a modo de despedida en la mejilla, y se bajó del auto.

Caminó hasta la marquesina, envuelta en el perfume de los rosales y hortensias que cubrían el jardín. Y al alcanzarla, se dio vuelta a la luz de ese único farol, y dijo algo.

Tuco no supo bien qué fue.

Solo supo que sus labios se movieron como una sinfonía.

Y esa melodía que no llegó a escuchar pero sí a sentir lo acompañó durante el largo trayecto a casa, como si el aire mismo se hubiera puesto a rezar, y las palabras aletearan en el silencio de la noche.

Cuando volvió, se encontró con sus padres en la sala de estar. Los miró por un instante. Y recién entonces se dio cuenta. Ellos lo habían mirado desde siempre.

Su felicidad no estaba separada por toda la anchura del mundo. Su felicidad estaba *unida* por toda la anchura del mundo, era algo presente en toda distancia y lejanía, como un corazón que latía cada vez con un pulso más seguro cuantas más dificultades tenía que atravesar.

Subió a su habitación lentamente, como si no quisiera que ese día terminara, que todo ese tren de momentos se detuviera.

La luz de la luna entraba por la ventana como un sueño en alas de seda, y alumbraba su escritorio. Le daba de lleno al disco que Marita le había regalado.

Fue lo último que Tuco vio al acostarse, antes de cerrar los ojos. Sí.

Se podía ser así de feliz con tan poco.

# VI

## Rainslicker

–Tuco, ¿vos estudiás algo que tiene que ver con el inglés, no?

–Sí, Traductorado de Inglés. ¿Por?

–Ah, justito. Porque voy a largar Derecho, y me parece que voy para ahí. ¿Cómo la ves?

La conversación tenía lugar en los vestuarios del British, luego de una práctica de rugby. Quien hacía todas estas preguntas era Agustín Urrutia, uno de los integrantes con más futuro en la escuadra del Old Boys.

Agustín tenía rasgos fuertes, pelo castaño y una mirada imperiosa. Sus ojos verdes guardaban mucho de soberbia. E incluso más de premeditación. Era un poco menos corpulento que Tuco, pero su musculatura era igual de impactante.

–¿Cómo la ves? ¿Es tan difícil como dicen? ¿O solo el ingreso es jodido? –volvió a preguntar, mientras terminaba de secarse el pelo con una toalla.

Tuco se tomó su tiempo para responder. Era como si estuviera buscando las palabras más invariables para expresar algo eternamente complejo. Pero al fin y al cabo, solo pudo decir una cosa:

–Es un huevo. Todo. El ingreso, y la carrera. Un huevo, y la mitad del otro– dijo pesadamente. Y subrayó entonces con una expresión de disgusto propia de una arenga contra alguien, y no contra algo:

–Todo.

No hablaron más por varios minutos. Agustín reanudó la charla cuando ya estaban por salir del vestuario.

–Vos hace pila que estás ahí, no ¿En qué año entrastes?

Tuco limpió el cristal del espejo que tenía frente a sí, y quedó mirando su reflejo por un buen rato. Su expresión era distinta. Muy distinta.

Había cambiado desde que Marita obtuvo aquella beca para estudiar en Cambridge, al final del primer año de la carrera. Y desapareció para siempre de su vida. Y cuando miró a Agustín de nuevo era como si los ojos se le hubieran quedado perdidos ahí, en ese espejo que albergaba una imagen a dos tiempos, ambos igual de exangües.

–Entré en 1999 –dijo Tuco, de manera bastante pacata. Ya habían transcurrido tres años.

–¿Y cómo venís?

–El año que viene tengo que ver si liquido lo que me falta de segundo. Y si hago alguna de tercero.

Salieron juntos del edificio, y caminaron hasta sus camionetas, estacionadas una al lado de la otra.

–Bueno –señaló Agustín con la clase de sarcasmo que solía provocar peleas a puño limpio–, ¡a este ritmo, vamos a terminar haciendo cuarto año juntos!

–Dale, puto. Te espero en cuarto –respondió Tuco, sonriéndole con saña.

–¡Y a lo mejor me recibo yo antes que vos! ¡Ojo! ¡Mucho ojo, eh!– canturreó Agustín mientras entraba a su cuatro por cuatro, y le ofrecía el dedo del medio a modo de despedida.

Tuco le devolvió el gesto, y le escupió la ventanilla trasera de la camioneta cuando arrancó.

Luego permaneció donde estaba, con las llaves en la mano, y la frente muy erguida. Una oscuridad enorme estaba naciendo en el borde del cielo.

Se miró en el vidrio polarizado de su camioneta antes de abrir la puerta.

Era distinta.

Su expresión era distinta.

Ya estaba olvidando cómo se veía su rostro en aquel año que compartió con Marita.

Pero estaba seguro de que no era así.

–o0o–

Ningún incidente hizo que Agustín dejara de estudiar Derecho. La carrera lo entusiasmaba. Su personalidad era completamente afín con la profesión de abogado, y no dudaba de su capacidad para desempeñarse en un juzgado. La idea no lo asustaba ni un poco. Siempre le había gustado medirse con las personas, y que su intelecto prevaleciera sobre el de cualquier otro.

Pero cuando despertó el día después de haber cumplido veintiún años, se dio cuenta de que su vida estaba tomando un rumbo que no lo haría sentirse realizado. Iba a ser abogado, como lo fue su padre, como lo había sido su abuelo, y como lo habían sido todos en su familia durante generaciones. Iba a recibirse, y a la media hora de tener el título en sus manos ya estaría trabajando en alguno de los casos que su padre le asignara.

Él no quería eso. Agustín quería tener *su* vida. No iba a ser la sombra de nadie, ni a tener una existencia programada. Él no era como los demás. Él tenía personalidad. Y lo último que quería era que pensaran que estudiaba esa carrera porque le faltaba el coraje para forjar su propio destino.

Así que al despertar aquel martes, decidió darle un vuelco a su vida, y abocarse a una de sus más grandes pasiones: el inglés.

Pero bajo ningún concepto se dedicaría a la docencia. Su solo temperamento derrocaba esa idea. Nunca se pondría de pie ante un grupo de gente sin interés alguno por lo que estaba exponiendo. Su tiempo era solo para aquellas personas que estaban realmente dispuestas a escuchar y ponderar lo que decía. Agustín se regía por un simple principio: discutir con alguien que ha renunciado a la lógica es como darle un medicamento a un hombre muerto.

No tenía tiempo para perder el tiempo.

Ya tenía veintiún años.

Su familia lo entendería. Y si no, él haría que lo entendieran.

Era el momento de demostrarles a todos lo brillante que podía ser. Le apasionaba el inglés, y sabía que una de las carreras universitarias más difíciles (Traductorado Público) giraba en torno a esa lengua. Su hermana mayor era la persona más inteligente que conocía, y no había podido ni salvar el examen de ingreso. Ahora iba a estudiar diseño.

Y eso era un aliciente para Agustín, quien siempre competía con ella. ¿Qué mejor forma de enseñarle quién era el verdadero genio de la familia?

Pensaba justamente en ello cuando se anotó para la prueba de admisión, en la Bedelía de Carreras Cortas una mañana de febrero.

La funcionaria le dio el talón de inscripción y una copia de los exámenes del año pasado, mirándolo como se mira a un hámster que corre en su ruedita.

A él eso le encantaba. Le encantaba que lo miraran así. Que lo minimizaran.

Recogió el talón y los exámenes, enseñando una sonrisa amarfilada.

Salió por la puerta de 18 de Julio. El aire estaba repleto de sonidos despoblados y de tristezas que ríen sin dejar de ser tristezas, y de gente que sueña sola porque no sabe lo que es la gracia de amanecer en los ojos de alguien.

–o0o–

Ese lunes había unas cuatrocientas personas en el anexo. El calor era agobiante. El edificio parecía una caldera encallada en un desierto a media tarde.

Agustín había comprado una botella de agua en el supermercado que estaba en la otra esquina, y desenroscaba la tapa cuando entró al edificio.

No había casi lugar para moverse, y se quedó de pie cerca de la portería, junto a la escalera que conducía a la segunda planta.

Quedó al lado de un chico y una chica que sin ninguna duda eran más que amigos. Y a Agustín directamente le parecieron marido y mujer; ni siquiera pensó que fueran novio y novia. Pero no tenían anillo de casados. Él estaba sentado a los pies de la escalera, y ella estaba parada a su lado.

La muchacha estaba enjutada en ropas negras. El muchacho vestía un pantalón vaquero muy ancho, y una remera azul con un diseño ambiguo. Se echaba todo su cabello oscuro hacia atrás, por lo que su frente parecía ser mucho más ancha de lo que era realmente. Y había querido dejarse un candado, pero el pelo aún no le crecía a los lados de la boca. Así que solo tenía un bigote, y una delgada perilla.

Ella se veía tan malhumorada como él nervioso.

El muchacho vació media botella de Coca Cola de un trago, y el modo en que la contempló dejó de manifiesto que su sed distaba mucho de haber sido saciada.

Agustín se quedó observándolo con mucho cuidado, como quien trata de descifrar una de esas miradas que no significan nada, pero que suelen encerrarlo casi todo.

Y nunca hubiera hecho algo así, pero por alguna razón le ofreció su botella de agua, y el muchacho la aceptó con una sonrisa. Dio un sorbo, y se la devolvió, con una mirada de hondo agradecimiento.

Parecía una persona *realmente* buena.

–Soy Agustín –dijo, y le extendió la mano.

–Julio. Mucho gusto –contestó, estrechándosela con una mirada inefable.

Agustín contempló entonces a la muchacha parada a su costado.

La iba a saludar, pero cuando la miró a los ojos se detuvo como si alguien le hubiera gritado una advertencia a voz en cuello.

Ella lo estaba observando de pies a cabeza, contemplaba toda la ropa de marca que llevaba puesta, y se detenía en cada logo que tenía estampado, como si fuera una señal obscena.

Después le hundió la vista directo en la cara. Él estaba habituado a recibir y sostener miradas desafiantes. Pero había algo en esta persona que por un momento lo arredró. Y fue el lustre de sus ojos. Su semblante transmitía algo muy opresivo. Si bien Agustín no apartó la cara, en el último instante casi cerró los ojos.

"¿Cómo está este flaco con una mina así?". Agustín reprimió una mueca de incredulidad, mientras se cruzaba de brazos y observaba a uno de las profesoras discutir con uno de los porteros por haberle dado unas llaves equivocadas.

La prueba ya iba a dar comienzo.

–o0o–

Agustín fue de los primeros en ingresar al salón. Tomó asiento contra una de las ventanas que daban a la calle Colonia. Luego de mirar hacia afuera durante unos segundos, dio un rápido vistazo alrededor.

La persona que había entrado detrás de él se estaba sentando en el extremo opuesto del salón,

Era Catalina. Se miraron al mismo tiempo, pero esta vez ella dio vuelta la cabeza enseguida. Se veía agitada.

Cuando Julio entró, se ubicó en la fila contigua a la de Agustín, solo que un lugar más adelante.

Catalina lo siguió todo el rato con la vista.

Cuando Julio tomó asiento, también giró la cabeza en su dirección.

Se miraban como si se estuvieran pidiendo ayuda.

Conformaban una pareja curiosa. No era frecuente que Agustín sintiera empatía por gente que ni conocía. Pero la estaba sintiendo por ellos, de forma palpable.

Luego entendería que toda la gente que había poblado su mundo hasta ese entonces era más bien uniforme. Y por eso, nunca lo podrían sorprender como estas dos personas.

Pero eso vendría luego.

Ahora, una de las profesoras le dio el examen de español. Agustín lo recibió en silencio. Sonrió tan ostentosamente como el día en que se inscribió a la carrera, y tenía la misma sensación de supremacía en el pecho.

Él *sabía* que era mejor.

"Estos giles…." Pensó mientras empezaba a ojear la prueba.

La dio vuelta, una y otra vez. La expresión de su rostro se fue transformando.

Al minuto empezó a completar el primer ejercicio.

Ya no estaba sonriendo.

–o0o–

Qué decepción.

Cuando publicaron los resultados de las pruebas escritas, solo se limitaron a decir quién había aprobado, y quién no.

La lista no incluía notas. Y Agustín hubiera querido saber eso, le hubiera encantado saber qué tan por encima del resto había quedado.

Porque daba por sentado que aprobaría la etapa escrita.

Y también daba por descartado que aprobaría el oral cuando se encaminó al anexo aquel viernes.

Había poca gente. Agustín contó veintiséis personas en las actas que se publicaron con los resultados. Solo había cuatro hombres en la lista. Él, alguien llamado Marcelo, y un tal Julio. Esos fueron los nombres que retuvo, al menos. Por alguna razón, no logró recordar cómo se llamaba el cuarto varón.

Pero cuando leyó esos nombres en la cartelera, se preguntó si alguno de ellos era el muchacho con quien había compartido su botella el primer día. Y también qué suerte había corrido la chica que lo acompañaba.

No había pensado mucho en ellos. Pero cuando lo hacía, los recordaba bien, como si hubieran compartido más que un par de miradas en la soledad viva de aquel salón.

Así que cuando llegó al edificio y los vio, en una postura exactamente igual a la primera vez (él sentado, ella de pie como custodiándolo) sintió algo así como una felicidad.

No se acercó a charlar con ellos, pero los miró todo el tiempo.

Y ellos también lo contemplaron. Catalina con sus ojos relampagueantes, Julio con su mirada transparente. Permanecieron así hasta que anunciaron las parejas para la prueba.

En primer lugar, pasaron este tal Marcelo y una muchacha llamada Paulina.

Estuvieron unos quince minutos en el salón. Salieron con caras de cansancio, y todo el mundo se les vino encima, para averiguar qué les habían preguntado.

La segunda pareja la conformaron Catalina y Agustín.

Catalina mostraba flaquezas, su carácter no parecía ser tan seguro, y su voz sonaba como dulcificada por momentos.

Y el mismo Agustín no estaba tan firme. En un punto, llegó incluso a temblar.

Pero el dominio de la lengua de ambos era muy similar, y hubo una evidente buena intención por ayudar al otro.

Cuando salieron, Agustín se detuvo y la dejó pasar antes a ella. Catalina le sonrió fugazmente, y lo pechó cuando pasó. Agustín sonrió con gusto, y salió detrás.

Y la tercera pareja fue la de Julio, y una chica muy callada llamada Inés.

Ni bien habían tomado asiento, Catalina se lanzó contra la ventana del salón, como si fuera un cristal que hay que romper en una emergencia. Julio, su compañera de oral y las dos profesoras miraron en su dirección al oír el golpe.

–¿Pensás que así lo ayudás? –le preguntó Agustín, de modo bastante áspero mientras se paraba a su lado

–¿Y vos por qué mierda seguís acá? –respondió ella, mirándolo como si fuera a arrancarle la cabeza.

Agustín la tomó del brazo, y se la llevó a uno de los bancos de madera, en el sector de las barandas. Sorprendentemente, Catalina no opuso resistencia.

Estuvieron sentados en silencio durante unos instantes, hasta que Catalina gruñó:

–¿Qué? ¿Te enamorastes de él, y por eso estás así de pendiente?

–No, llegué tarde. Lo vistes vos primero. Qué cagada. Me ganastes de mano. Vos y tus tatuajes lo deben tener enamorado. Seguro que se pajea todas las noches con la estrella que tenés en el hombro.

Catalina lo miró de forma siniestra.

–Vos no me caés bien. Sos muy irónico.

–Me parece que estás reflejando cosas de vos en mí –dijo Agustín, de manera comedida.

–Chupapija.

Agustín la miró, y dijo sin alterar el tono:

–Seguís reflejando cosas de vos en mí.

Catalina estuvo a punto de sonreír, pero una mueca agria fue lo que se terminó imponiendo. Y entonces dijo:

–Tenés huevos.

Agustín echó la cabeza levemente hacia atrás, y le dijo cerrando un ojo:

–Seguís reflejando cosas de vos en mí.

Catalina finalmente sonrió, y se mostró bastante animada. Ella también dejó caer la cabeza hacia atrás. Miró a Agustín, y dijo:

–Cheto puto.

Agustín abrió bien los dos ojos, y la miró de

lleno. Ahí no pudo replicarle nada.

Catalina luego enderezó el cuello, y se quedó observando la puerta del salón hasta el momento en que Julio salió por ella con una expresión de felicidad infinita.

–o0o–

Nadie se fue antes aquel día. Todos esperaron a que la prueba concluyera. Todos hablaron con todos, intercambiaron teléfonos y mails. La excepción fue aquel compañero cuyo nombre Agustín no había podido retener luego de leerlo en la lista. Ese era el tipo que a lo largo de toda la carrera se iba a sentar solo en un rincón. Pero todos los demás tuvieron una conexión excelente.

Y Julio, Catalina y Agustín fueron las tres últimas personas que se quedaron en la puerta del anexo.

Agustín estaba mirando los mensajes en su celular cuando Julio exclamó de súbito:

–Quiero ir a Babilonia.

Acto continuo lo miró, y le preguntó si quería acompañarlos. Babilonia era una de las librerías con el mejor catálogo de cómics en Montevideo. Y quedaba solo a una cuadra, en la esquina de Tristán Narvaja y Mercedes.

Julio se llevaba particularmente bien con el vendedor, alguien bastante avaro en materia de sonrisas, pero con un corazón de oro.

–No le interesa, no tienen revistas con minas en bolas –interpuso Catalina.

–Sí tienen –aclaró Julio, cerrando los ojos como para buscar en su memoria–. Están al fondo, en una sección aparte. Las tienen bien arriba del todo, envueltas en unas bolsitas negras. Tenés que llevarlas al mostrador, y ahí te las abren.

Agustín y Catalina se quedaron mirándolo, boquiabiertos. Cuando Julio los contempló y se dio cuenta de lo que había ocurrido, palideció como un fantasma.

–¡¿V-v-vos cómo sabés eso?! –lo increpó Catalina, con el rostro encarnado.

–Dale, vamos, quiero ir–, dijo Agustín soltando unas risas, antes de que Julio pudiera pensar una respuesta plausible.

En el instante que Agustín accedió a acompañarlos, Julio salió disparado por Tristán Narvaja.

Agustín y Catalina lo siguieron.

La miró con el rabo del ojo, y notó que Catalina estaba observándolo a cada paso que daban.

Seguía mirándolo como si quisiera arrancarle la cabeza.

Solo que ahora con amabilidad.

–o0o–

–Salvé el ingreso. ¿Cómo la ves?

–¿Salvaste el ingreso? –respondió Tuco, incrédulo. Estaba con unos compañeros de equipo afuera del Viejo Jack, recostado contra una camioneta–. ¡Ah bueno, los estándares de la educación pública se nos están yendo bien a la mierda!

El resto también hizo alguna broma en igual tono, y le lanzaron algún golpe que Agustín o esquivó, o contuvo con clase. Y entonces, volvió a dirigirse a Tuco:

–Dale, gil, callate. La copiada que te debés haber mandado vos para entrar no tiene nombre… ¿O te ayudó un ángel de la guarda?

Por un instante, la cara de Tuco pareció cubrirse con las nubes de todas las desilusiones que podían existir. Y luego de ese lapso de tristeza, dijo:

–Estudiá, nene… te va a hacer falta ahí.

Agustín asintió, y se dio vuelta al tiempo que remarcó:

–Te veo en un par de años… si no me recibo antes que vos. Tuco sonrió con amargura.

Esa noche tomó hasta casi perder el conocimiento.

No supo a qué hora llegó a casa. No supo a que hora se despertó. No le interesaba. Igual lo iban a regañar, hiciera lo que hiciera.

Al mirarse al espejo, vio que sus facciones se habían endurecido bastante. Cada día, se endurecían más y más.

Pero se veía como si las cuencas se le podrían reventar de tanto llorar.

Y eso no cambió al año siguiente.

Ni al otro.

Ni al que vino después.

Lentamente, fue aprobando las materias que le faltaban.

Hasta que solo le quedaban dos.

Y entonces, Tuco y Agustín coincidieron en la misma clase. Iban a estar juntos en las dos asignaturas que Tuco aún tenía que aprobar de cuarto año.

Tuco iba a ser compañero de clase de Agustín.

Y también, de todo el resto de su generación.

–o0o–

–Hoy viene mi compañero de equipo –explicó Agustín. Era el primer día de clases, y conversaba con Julio y Catalina en uno de los pasillos del segundo piso de la Universidad de la República.

–¿Es otro anormal como vos? –masculló Catalina.

–Es una persona honorable, un hombre de bien, un….

–¡¡¡Bueno puto!!! –el grito de Tuco se debió haber escuchado hasta desde la otra cuadra. Catalina puso los ojos en blanco.

Se acercó a donde estaban los tres.

Pechó a Agustín, y le dio la mano con un brío exagerado a Julio.

Y entonces, se arrodilló, le tomó la mano a Catalina, y se la besó. Y

habló de esta forma:

–Me llamo Tuco. Recordalo. Después, lo vas a gritar.

Catalina habló con los ojos cerrados.

–¿Cuánto medís?

–Dos metros seis –dijo, poniéndose de pie para demostrar que no exageraba.

–Dos metros seis de boludez.

–Ah, ¡qué bueno! Tenés actitud, como a mí me gus–el diccionario cortó el aire con un silbido, y le dio de lleno en la nuca.

Tuco giró sobre sí mismo desconcertado, y la vio avanzar por el pasillo, como un toro que iba a embestir a alguien.

–¿Marita…?

Sí.

Era ella.

Tenía el pelo más largo, y se veía mucho más elegante. Nunca antes había usado botas, ni un pantalón tan ceñido, ni una remera con un hombro al descubierto.

Pero era Marita. Seguía acarreando sus libros, y su mochila rosada. Y tenía la misma mirada.

Se detuvo enfrente a él.

–Imbécil, estúpido, tarado… me fui unos años y ni te recibiste. ¡Y ni un mail me escribiste!

Tuco la miraba, como quien ve una aparición.

Marita se hincó, levantó su diccionario, y caminó hacia el salón. Y cuando estaba llegando a la puerta, dio vuelta la cara un segundo y gritó de nuevo:

–¡Tarado!

Todos se quedaron pasmados.

Todos, menos Catalina. Se había recostado contra la pared. Y dijo, con una sonrisa pérfida, mientras espiaba dentro del salón:

–Esta mina me cae bien.

Julio. Catalina. Tuco. Marita. Agustín.

Así se conocieron todos.

Era el año 2005.

Cursaban el cuarto (y último) año de la carrera.

Tuco y Marita habían aprobado el examen de ingreso en 1999. Comenzaron a estudiar juntos, pero ella obtuvo una beca para Inglaterra, y se marchó en marzo del año siguiente. Como averiguarían de inmediato, Marita tenía que revalidar dos materias de cuarto para que le reconocieran

el título en el país. Tuco había perdido todo el interés por el estudio luego de que ella se marchara.

Julio, Catalina y Agustín habían comenzado la carrera en 2002. Y no habían desperdiciado ni un año.

Y terminaron todos juntos en esa clase.

Esa misma noche, Julio se despertó como si su cama repentinamente se hubiera transformado en un bloque de hielo.

De repente, estaba en el baño. Lucía estaba arrodillada en el piso, llorando, con sus pupilas empañadas de dolor, y una voz deshecha en balbuceos.

Julio había ido corriendo desde su habitación al baño sin darse cuenta.

–¡Lu! ¡Lu! ¡¿Qué pasa?!

–Mamá… mamá no está…–le dijo, con los ojos abiertos como un cielo de gritos. Julio estrechó su cuerpo, y sintió que estaba a punto de resquebrajarse por completo.

–Mamá no estuvo para mi cumpleaños… mamá no me despertó con el desayuno… mamá no me llevó al zoológico… –dijo, redoblando el llanto.

Dos semanas antes había sido el primer cumpleaños de Lucía desde el accidente. No había querido salir del cuarto en todo el día, incluso cuando su familia entera la invitó a hacer las actividades que su madre había programado.

–Bueno, Lu, ya está… ya está… –estaba por sucumbir a la angustia él también, cuando la voz de Virginia le hizo levantar la mirada.

–¿Qué pasóoo?

Su hermanita estaba en la puerta.

–A Lucía le dolía la panza. Ya está bien.

–Sí Vicky, ya estoy bien.

Virginia caminó hacia ellos, restregándose los ojos.

–Mirá, te doy a Galleta. Galleta te cuida si te duele la panza.

Galleta era un conejito amarillo, con una corbata naranja y un escudo de Peñarol que Rogelio le había bordado en el pecho como broma. Antes de Panpán, había sido el peluche favorito de Virginia.

Lucía lo aceptó, lo abrazó un buen rato, y se reincorporó.

Julio cargó a Virginia a su habitación. Lucía iba al frente, y cuando entró a su cuarto él la miró como diciéndole “que nunca más ella te vuelva a ver tan mal, por favor”. Lucía pareció entender esa mirada, y le dijo que sí lentamente con la cabeza antes de cerrar la puerta.

Julio siguió el pasillo hasta el cuarto de Virginia. Una vez allí, la acostó y la arropó.

Cuando había alcanzado la puerta y estaba por apagar la luz, escuchó la vocecita floral de su hermana una vez más.

–¿Entonces mamá no va a volver?

*No, mamá no va a volver. Nadie va a volver. Vos no vas a volver a ser la misma, Lucía no va a volver a ser la misma, papá no va a volver a ser el mismo, yo no voy a volver a ser el mismo. Esta familia está hecha mierda, y la putísima madre que lo parió al mundo, y al borracho hijo de una gran puta que mató a mamá.*

–Mañana te leo un cuento, princesa. Mañana –no hubiera podido decir de donde sacó la voz, de qué rincón de su alma extrajo la fuerza para hablar con ese equilibrio.

Lo próximo que supo es que se había sentado en el piso de su cuarto, con la espalda contra la pared, la boca desencajada de dolor, y con una serpiente de angustia que se enroscaba alrededor de su corazón, oprimiendo sus latidos. Comenzaba a faltarle el aire.

Entonces, escuchó dos golpecitos del otro lado.

Empezó a respirar más despacio, más despacio, más despacio…

Todo estaba yendo demasiado rápido.

Algo tenía que cambiar.

El jueves siguiente, fue la primera clase de Práctica Profesional II. Y Julio la vio por primera vez.

# VII

## You Don't Make It Easy, Babe

–Mirá, estos son Poison. Mirá, estos son Skid Row. Mirá, estos son Motley Crue...

Catalina había llevado su discman y varios de sus CDs favoritos, y le estaba enseñando todo a Marita. Compartían los auriculares. Reproducía cada disco por unos minutos, saltaba de una canción a otra sin tener siquiera que mirar el orden de los temas en las contratapas, y hablaba sobre cada banda con una fruición enorme. De dónde eran, cuándo se habían formado, cuáles fueron sus mayores éxitos... le explicaba todo con lujo de detalles.

Marita sujetaba el auricular, y asentía de una forma que cualquiera diría era un tanto aleatoria.

Todo esto ocurría antes de que comenzara la clase, dentro de uno de los salones superiores del edificio central de la Universidad.

Agustín, Tuco y Julio estaban afuera, recostados contra la baranda que daba al patio. Agustín estaba de espaldas, mirando al estanque repleto de carpas con una mueca de aburrimiento. Bostezaba a intervalos exactamente iguales. Pero Julio y Tuco no podían apartar la mirada de la escena que se desarrollaba a través de la puerta abierta del salón. Julio estaba comiendo una medialuna, y Tuco habló luego de ponerse un chicle en la boca. Pronunció las palabras con una intensa premeditación.

–Tu novia es una influencia nefasta para mi mejor amiga.

–¡No es mi novia! –interpuso Julio, atorándose con la comida–. ¡Y aparte, Mara no es tu mejor amiga ni ahí!

–¿Qué decís? ¡Somos como uña y carne! ¿Y cómo es eso de que vos y la rubia violenta no son novios?

–Terminaron en febrero –señaló Agustín.

–O sea… tampoco es que fuéramos una pareja oficial –comenzó a explicar Julio, con la vista puesta en ningún lado–. Hacíamos cosas juntos, siempre hicimos cosas juntos. Íbamos al cine, a pasear por la Rambla, nos juntábamos a escuchar música, nos juntábamos a estudiar, a ver tele, a comer con nuestras familias, a pasar las fiestas…

Conforme Julio enumeraba todas las actividades que compartían, Tuco lo miraba como si le estuviera haciendo una broma cada vez más ridícula.

–Boludo… ¡¿Es una fucking joda?! ¡Pará que ya te llamo al Registro Civil, y a una Iglesia! ¡Es lo único que les falta! –. Y agregó casi enseguida: –Espero que tu novia no haga que mi mejor amiga se enamore de mí, y me empiece a pedir boludeces románticas.

–¡Esa no es tu mejor amiga! Recién los conozco, pero es obvio que no es tu mejor amiga.

–Sí, vas a ver que sí. Nuestra relación se desgastó un poco por la distancia. Nada más.

–No es tu mejor amiga ni en pedo –acotó Agustín. Seguía mirando al estanque con la misma cara de cansancio. Y agregó: –Tienen menos onda que un renglón.

Tuco lo tomó de la remera, cerró su puño y lo alzó en el aire, cuando los gritos de entusiasmo de Catalina hicieron que los tres observaran lo que ocurría dentro del salón.

–¡Ahhh! ¡Escuchá nena! ¡Escuchá! ¡El mejor tema de Poison! ¡"Every Rose Has A Thorn"! –Catalina cerró los ojos, y empezó a menearse al compás de la música. Y entonces, comenzó a cantar, como si estuviera en un karaoke. Ocasionalmente, se detenía y le explicaba a Marita que esa era "su" canción, que su letra parecía haber sido inspirada por ella. Y seguía cantando, aún más ensimismada que antes.

Cuando el tema terminó, Catalina prácticamente temblaba de la emoción.

–¡¿Y nena?! ¡¿Y?!

Marita se sacó el auricular, lo contempló por un instante y se lo devolvió. Y le dijo con lentitud:

–Escuchás música muy fuerte.

–o0o–

Al pasar por la puerta, Julio notó que la luz estaba encendida. Ya eran las dos y media de la mañana.

–¿Lu?

Lucía estaba sentada sobre el colchón, de piernas cruzadas. Había sacado una caja que usualmente guardaba debajo de su cama.

Estaba llena de tarjetas hechas a mano. Cada una tenía un corazón en la tapa, y adentro una frase de un libro. Todas se las había hecho su madre, cuando ella era una niña. Cada lunes, Graciela colocaba una tarjeta nueva en el cuaderno que llevaba a la escuela. Aquella tenía una frase de "El Principito":

*Fue el tiempo que pasaste con tu rosa lo que la hizo tan importante.*

–¿Las tarjetas de mamá? –preguntó Julio desde la puerta.

–Sí –respondió Lucía, levantando la que tenía en su mano, y enseñándole el corazón.

–¡Ja! ¿Esa es...?

–Sí, la de aquel día que yo me llevé tu cuaderno, y vos te llevastes el mío.

Aquella tarjeta era distinta a todas las demás. Era la única que tenía brillantina. Y era inolvidable por toda la situación que generó. Sin dejar de sonreír, Lucía comenzó a rememorarla.

–Yo me llevé tu cuaderno, y vos te llevastes el mío. Y en el colegio, cuando lo abrí y vi que mamá no me había puesto ninguna tarjeta me puse a llorar. ¡Y no paraba!

–Entonces la maestra llamó a casa –siguió Julio–. Mamá se dio cuenta de lo que había pasado, y dijo que me fueran a buscar a mi salón. Me llamaron, fui, y mamá me habló por teléfono. Y me dijo lo que tenía que hacer.

Como si no supiera qué ocurría luego, Lucía puso la cabeza de lado, y esperó expectante que su hermano terminara la historia.

Era evidente que recordar todo esto le hacía mucho

bien. Julio terminó el relato.

–Mamá me dijo que te dijera que la tarjeta se había caído del cuaderno. Y que te dijera que un ángel la había encontrado, y me la dio a mí para que te la diera a vos.

Entonces, fui hasta tu salón, vos saliste para afuera de la mano de la maestra, y yo te di la tarjeta. Y seguiste llorando, pero de contenta.

–Y durante años –concluyó Julio, muy animado– pensaste que un ángel había encontrado tu tarjeta.

–Hermanito…

–¿Qué?

–Hoy lo sigo pensando. Para mí, un ángel la encontró. Y fue hasta la puerta de mi salón, y me la dio.

Julio recorrió la corta distancia que lo separaba de la cama, y se arrodilló a su lado. Sujetó la mano de Lucía.

–Mamá hacía todo por nosotros –dijo ella–. Mamá vivía para que nunca nos faltara nada.

–Sí.

–Yo… yo después a mamá la trataba como el culo, le decía cualquier cosa. Cuando no me dejaba vestirme como yo quería, o salir los sábados de noche, le hablaba horrible –Julio apretó su mano aún más–. Y ahora quiero decirle que la quiero, y no puedo. Ahora le quiero decir "gracias", y no puedo.

–Ella siempre supo que la quisiste. Mamá sabía que siempre le ibas a estar agradecida.

–Pero no se lo puedo decir. Nunca se lo voy a poder decir.

–Lu, no hace falta. Mamá lo sabía, lo va a saber siempre.

Lucía se quedó contemplando la tarjeta con el corazón que tenía en la otra mano. Julio sabía que llegados a este punto seguir hablando solo haría retroceder la verdad.

–Ahora dormí.

–No, no tengo sueño. No estoy cansada.

–Dormí. Dormir sirve para otras cosas.

–Bueno.

Lucía se deslizó bajo las frazadas, y cerró los ojos con fuerza. Julio le dio un beso en la frente, y apagó la luz al salir.

Lucía siguió despierta un buen rato.

–o0o–

Marita estaba sentada al frente, como la primera vez que la vio dentro del salón.

Pero ahora Catalina ocupaba el lugar a su lado.

Ya había transcurrido casi un mes desde el inicio de clases. Y Tuco aún no había conversado con ella. No habían hablado desde su regreso inesperado. No porque Tuco no tuviera nada que decirle, sino porque no sabía ni por dónde empezar. Y Marita no había cambiado. El episodio en que el diccionario voló por los aires junto con esa seguidilla de insultos fue un incidente aislado. Seguía siendo exactamente la misma persona retraída que había sido desde el primer día. Así que Tuco decidió tomar la iniciativa.

Caminó hacia ella, dando pasos intencionalmente cortos. Y cuando se hubo acercado lo suficiente, habló con toda la correspondencia que pudo:

–¿Cómo estás?

–Bien –contestó enseguida, pero su voz sonó como el quejido de alguien que entierra su rostro en una almohada para llorar en silencio. Y ni lo miró al hablarle.

Tuco sintió un escalofrío que recorrió toda la escala de la angustia. Era como si nada de lo que habían hecho juntos el año que se conocieron importara o existiera, como si hubieran vuelto de nuevo al primer casillero, solo para quedarse ahí estancados por siempre.

Caminó hasta el fondo, y se sentó como un acusado que aguarda una sentencia en su banquillo.

Cuando miró al frente, notó que Catalina le estaba diciendo algo al oído a Marita. Empezó como un susurro, y terminó con la intensidad de un agravio. Tuco incluso pudo escuchar las últimas palabras que pronunció, fueron "¡…entonces agarrá y encará!".

Luego de unos segundos, Marita miró hacia atrás, y dijo con voz de recriminación:

–No me escribistes. Nunca.

Tuco la contempló firmemente. Y optó por responder de la siguiente forma:

–Marita... ¿querés tomar un café después?

Marita estudió la tapa del libro de poesía que había sustituido a una de las novelas que antes llevaba siempre consigo, mientras Catalina le volvía a decir algo. Marita entonces volvió a girar el cuello. Y dijo sin mucho énfasis, pero dijo al fin:

–Bueno.

La conversación terminó ahí.

Pero al rato, Tuco se dio cuenta de cómo Catalina lo estaba mirando por sobre el hombro. Lo hacía de forma lapidaria. Sus ojos parecían decir "A esta chiquilina la tratás bien, ¿entendistes?".

La expresión de Tuco dejó bien claro que sí, que entendía.

No hubo más miradas ni palabras para Tuco de parte de ellas.

Él sí las siguió observando.

Parecía que fueran las mejores amigas del mundo.

Y por momentos, parecían hasta hermanas.

–o0o–

–¿Este lo compraste allá? –Tuco recogió el nuevo libro de Marita, y analizó la tapa.

–Sí.

Era una antología poética de Hardy, editada por Oxford. Recordó que un día fueron a todos los locales de Bookshop, a ver si podían conseguirla. Y que Marita se sintió muy triste porque no estaba en circulación.

Él pensó en comprársela por eBay, pero justo entonces Marita le contó lo de la beca

Aquel día habían ido a un bar que quedaba a media cuadra de la Universidad llamado La Bastilla, y ese era el mismo bar en el que estaban ahora. Ahí era donde habían ido a tomar ese café.

La primera vez se habían sentado al lado de la puerta. Ahora, estaban al fondo, bajo una luz tenue y los compases de un tema donde el cantante invitaba a su amada a bailar un vals en Viena, disfrazado de río. Y cuando no la miraba a ella, Tuco contemplaba la mesa que habían ocupado la vez anterior con los ojos encendidos de recuerdos, como si tratara de imaginarse la forma en la que se veían aquel día, y porqué las cosas resultaron de aquel modo.

–¿Este tiene todos los poemas que querías?

Marita asintió. Y lo miró a la cara plenamente. Fue la primera vez que lo hizo desde su retorno.

Y Tuco se dio cuenta.

Su mirada. Ella antes tenía una forma de decir con los ojos aquello que su voz procuraba esconder. Había que saber verlo, pero ahí estaba. Y lo había perdido. O se lo habían arrebatado. A los efectos, era lo mismo.

Y se veía aún más frágil que antes.

–Marita…

–Fueron tres años. No me escribistes nunca. No sabés todo lo que me pasó. Extrañé muchísimo a mi abuela. Y de repente, me di cuenta de que extrañaba mi país también. Y vos no me escribistes nunca…

–Marita…

–Y conocí a alguien, y me pasaron cosas con esa persona, y las quería compartir con alguien, y vos nunca me escribistes, y me sentía sola…

–Marita –dijo Tuco, de forma bastante tajante, pero sin perder la amabilidad.

Mara lo miró, como si repente se hubiera dado cuenta de que estaba sentada frente a la verdad misma.

–Vos tampoco me escribistes.

–o0o–

Julio entró corriendo al edificio de la Facultad de Artes por la puerta de Guayabo. La tormenta lo había sorprendido sentado en el corredor que conecta la Universidad de la República con la Biblioteca Nacional. Estaba en uno de los bancos centrales, al lado de una fuente que no tenía agua desde hacía mucho tiempo. Terminaba de acomodarse, e iba sacar unas fotocopias de la mochila cuando todo se ennegreció, y cayó una lluvia tan violenta que se sintió como si una parte misma del cielo se hubiera desprendido.

Corrió la distancia que lo separaba de la Facultad de Artes, y empujó la puerta con el hombro. Si bien solo había tenido que correr media cuadra, un par de segundos bajo esa lluvia bastaba para dejar a cualquiera como barrido por un oleaje.

Le resultó extraño ver que el portero no estaba en su mesa. Y muy pocas luces estaban encendidas, lo que le daba un aire lóbrego al edificio.

Subió el primer tramo de las escaleras, desabrochándose la campera. Acababa de abrir la mochila y se estaba cerciorando de que nada se hubiera mojado, cuando vio que había alguien en el pasillo.

Era Abril.

Estaba de pie frente a una cartelera con noticias y afiches de la Escuela Universitaria de Música. Con las manos tomadas detrás de la espalda, su cabeza se movía como siguiendo el compás de una canción.

"¡Uy! ¿¡Qué hago!?¿Le digo algo? ¿Qué le digo?" Los pensamientos se agolpaban en su cabeza mientras se acercaba, con cuidado de no delatar su presencia antes de tiempo.

Pero Abril miró rápidamente en su dirección.

–¡Hola!

–Ah... ¡Hola...! –disparó Julio, nervioso. Se enfundó la mochila con un veloz movimiento, pero como se había olvidado de cerrarla dos cuadernolas salieron volando contra la pared, y se estrellaron haciendo un ruido burlón. Se dobló para recogerlas, mientras sentía cómo las mejillas se le encendían.

Abril lo contemplaba, con las manos aún tomadas detrás de la espalda. Pero había dejado de mover su cabeza. Y al cabo de unos segundos, Julio la escuchó preguntar:

–¿Te gustó el disco?

¿De qué le hablaba? ¿Qué disco?

Ah. Claro. El disco de Sordromo que ella había recogido la semana pasada, el día que hablaron por primera vez, cuando todo se le cayó al piso. Como ahora.

–Sí... está bueno –respondió, a la vez que se ponía de pie, tratando de elaborar un juicio que dejara de manifiesto un excelso espíritu crítico–. Pero me gusta mucho más "Aquí... Ahora..."... ¡no hay con que darle a la batería de "Sr. Spock"!

Abril sonrió.

"Aquí... Ahora..." había sido el primer álbum de Sordromo. Editado en 2002, el disco cosechó muy buenas críticas y ventas. Los temas "Vuelve" y "Na Na Na" gozaron de amplia difusión en las radios uruguayas. Y con sus referencias ineluctables a la ciencia ficción, era previsible que el tema favorito de Julio fuera "Sr. Spock".

–"Vuelve", "Na Na Na", "Ante La Duda"... todos los mejores temas de Sordromo están en ese disco –agregó Julio con nerviosismo, tratando de definir con mayor precisión porqué le gustaba tanto. Pero con conciencia de que nada de lo que estaba diciendo transmitía la razón por la cual la banda tenía tanta valía para él.

–Y no te olvides de "Lejos De Mí" –le ofreció Abril, a modo de contestación.

Esa era otra de las composiciones más interesantes del disco, pero entraba en esa categoría de temas que únicamente pueden ser conocidos por los seguidores más incondicionales de un grupo.

Y la expresión de Julio sembraba la duda de qué tan familiar le resultaba en verdad.

Así que sin desviar la mirada de sus ojos, Abril comenzó a entonar su melodía. Su voz llenó el pasillo, acompañada por el ritmo de la lluvia sobre los largos ventanales, y los techos cercanos.

Cantó toda la primera estrofa, la parte que hablaba de una amiga desilusionada en busca de la verdad, y los problemas que tenía para encontrarla tanto cerca como lejos de todos. Julio entonces cantó la segunda, aceptando el desafío de buena gana. Pero solo llegó a entonar los tres primeros versos, la parte que hablaba de buscar a la persona querida por el

lugar en que uno nació. Cuando llegó al punto en que la letra decía "Será tarde para ver", Julio titubeó. Contrito, miró a un lado y luego al otro. No. No recordaba cómo continuaba.

–Tengo que escucharla de nuevo –dijo tímidamente. Bajó la cabeza, como un cruzado derrotado por su propia fe. Pero su mirada igual terminó encontrándose con la sonrisa de Abril.

La situación parecía causarle mucha gracia.

Julio levantó la cabeza, y la observó con detenimiento. "Qué linda que es, pensó". Parada frente a él, era como un sol que podría iluminar hasta el cielo más perdido.

–¿Vamos yendo al salón? –le preguntó tras mirar su reloj. Tenía las uñas pintadas de un color carmesí imposible de ignorar.

–Vamos –Julio respondió. Comenzaron a subir la escalera juntos.

"Será tarde para ver… será tarde para ver… ¡Carajo! ¿Cómo decía esa parte?"

–o0o–

Julio pensó en eso toda la clase, pero cuanto más procuraba recordar lo que decía la letra, más le costaba deshacer ese nudo en su memoria.

En un momento de frustración, llegó a escribir toda la parte que sí recordaba en su cuaderno, pero no hizo diferencia alguna.

Era curioso que se hubiera empecinado así. Era como si ese recuerdo fuera todo lo que necesitaba para tender un puente a esa persona que tenía sentada a su lado, esa persona que se encontraba físicamente tan cerca, pero que en todo otro aspecto Julio sentía tan lejos.

Cuando faltaban unos veinte minutos para que concluyera la clase, Abril guardó todo, y se marchó silenciosamente.

Julio hubiera querido hablar más con ella. Tan solo un poco más le hubiera bastado.

Y de haber recordado cómo decía esa canción, quizá lo hubiera podido hacer. La conversación no hubiera finalizado donde lo hizo antes.

Así que al volver a casa, lo primero que hizo fue dirigirse a su habitación, a la repisa en la cual varios cómics ahora compartían espacio con sus discos de música uruguaya. Lapso. Vinilo. La Trampa. Y Sordromo, por supuesto.

Tenía “Aquí... Ahora”, “Salvando La Distancia” e incluso “Supermarket”, un disco editado en 1998 que ya estaba fuera de circulación. Solo le faltaba el álbum editado el año anterior (“Los Amigos Invisibles”) para completar su colección. Pero ya lo había escuchado en una oportunidad, y no le había parecido particularmente inspirado.

Por el contrario, “Aquí... Ahora...” era el álbum que más atesoraba. Ningún otro disco de su colección tenía una resonancia comparable. Era el CD que ponía en el equipo con mayor asiduidad. Y por eso, estaba siempre arriba de esa pila de álbumes, al alcance de la mano.

Colocó el disco en la bandeja con delicadeza, y se sentó en la cama luego de programar el segundo tema y pulsar el botón de reproducción. Sacó el librito de la caja, y empezó a ojearlo. Siempre le había gustado el concepto artístico del álbum, aunque le resultaba enojoso cómo el plastificado de las hojas hacía que se pegaran entre sí.

Enseguida vio cómo terminaba la estrofa que no había podido recordar antes; la letra decía “será tarde para ver si te encuentro”.

–Será tarde para ver si te encuentro –lo repitió en voz alta, luego de leerlo un par de veces. ¿Cómo es que no había podido recordar algo así de sencillo?

Cuando prestó atención a la música otra vez, ya estaba sonando el cuarto tema del disco, “Ante La Duda”.

Se recostó en la cama, y siguió cada canción con las letras impresas en el librito. Las analizaba con sumo cuidado. Y escuchaba la música como si se estuviera creando en ese preciso momento, y él fuera un testigo de excepción de ese proceso.

“Estas canciones son como fotos,” pensó. “Capturan para siempre cosas que duran un solo instante”.

Y fue ahí que se dio cuenta.

Era por eso que le gustaban tanto. Si él fuera músico, era la clase de temas que compondría.

En esencia, su mundo estaba constituido por fotografías, por verdaderas instantáneas de todos los momentos de mayor felicidad que había conocido.

“Sordromo hace canciones con imágenes, no con música”. El descubrimiento de este concepto lo hizo sonreír. Pero luego cerró los ojos y musitó: “¿Por qué no se me ocurrió esto cuando estaba con Abril, cuando le quise explicar por qué me gustaba la banda? ¡Pero qué boludo que soy!”. Pensar en que corregiría la situación la próxima vez fue consuelo suficiente.

Y cuando el disco concluyó, solo pudo hacer una cosa. Escucharlo de nuevo. De principio a fin. Los trece temas, sin interrupción.

Ahora miraba al techo.

Toda su vida, los cambios lo habían asustado. Quería que esas fotografías que tomaba con su mente definieran por siempre las secuencias de su realidad. Se esforzaba por no alterar nada, por no propiciar situaciones donde su existencia se viera modificada.

Pero las cosas cambiaban igual.

Y él no quería que eso pasara.

Quería que su mundo se mantuviera intacto.

Quería que todos los lugares especiales lo fueran siempre por las mismas razones.

Quería que todas las personas importantes estuvieran siempre ahí, en esos lugares que significaban tanto.

Quería que mamá no hubiera muerto para que sus hermanas no tuvieran que recordar lo feliz que habían sido, y sufrir por ese recuerdo toda la vida.

Pero las cosas habían cambiado de cualquier manera.

Y seguirían haciéndolo.

–o0o–

*Lucía estaba tendida en la cama, llorando desconsoladamente. Tenía seis años, y aquella era la primera vez que fallecía alguien de la familia.*

*Graciela se había sentado a su lado, y le acariciaba el cabello.*

*–¿Por qué murió el abuelo? –preguntó Lucía en un momento que las lágrimas comenzaron a menguar.*

*–Todas las personas mueren algún día. La muerte forma parte de la vida.*

*–¿Vos también vas a morir?*

*Graciela hizo una pausa antes de hablar.*

*–Sí.*

*–¡Pero yo no quiero que te mueras! –gritó Lucía entre sollozos.*

*–Todas las personas mueren. No se puede evitar. Lo que hay que hacer es tener una vida feliz, así después cuando las personas piensen en vos se acuerden de lo feliz que eras, y de cómo disfrutaste la vida. Y ese recuerdo las va a llenar de alegría.*

*–¡No! ¡Pero yo no quiero que mueras! ¡Prometeme que nunca te vas a morir! ¡Prometeme!*

*Graciela dejó de acariciar su cabello, y la acercó a su pecho. Habló como si sus palabras fueran las únicas bendiciones posibles en la oscuridad de una noche inmensa.*

*–Lo que te prometo es que yo siempre, siempre voy a cuidarlos. A todos.*

*Madre e hija quedaron abrazadas.*

*Julio estaba en el cuarto de al lado, escuchando toda la conversación. Tenía diez años. Lo que dijo su madre lo maravilló. "Tengo que acordarme de todo esto", pensó mientras abandonaba la silla en la que estaba, y bajaba corriendo la escalera.*

*En la calle, se encontró con Catalina.*

*–¡Mirá! –dijo ella– tengo un trompo nuevo. ¡Vamos a jugar!*

*–¡¡Sí!! –le respondió, contento.*

*Al rato ya se había olvidado de todo lo que acababa de ocurrir.*

–o0o–

Transcurrieron un par de días antes de que se volvieran a encontrar fuera del salón.

El jueves siguiente, Abril estaba sentada en el banco que él siempre ocupaba en el corredor de la calle Emilio Frugoni, al lado de la fuente.

Era casi como si lo estuviera esperando.

Todavía faltaba más de media hora para entrar a clases.

Julio se acercó confiado. Ella lo miró recién cuando estaba a unos metros, aunque la forma en que ladeó la cabeza daba la idea de que ya se había percatado de su presencia mucho antes.

–¿Puedo? –tentó él, indicando el lugar vacío a su lado.

–Sí –dijo ella, con una voz un tanto anodina que lo sorprendió–. Pero tratá de no tirar nada –agregó con su tono chispeante habitual.

Los dos sonrieron.

Julio tomó asiento a su lado. Se había acercado mucho, sus rodillas se rozaban tibiamente. Ambos miraban al frente y se mantenían en silencio, como si hubiera un pacto que debía ser respetado.

Un niño y dos niñas rubísimas jugaban alrededor de la fuente.

–“Si te encuentro” –dijo Julio, satisfecho como quien salda una cuenta de años.

–Te acordaste.

–Sí.

Una de las pequeñas tropezó, y se golpeó la rodilla al caer. Los ojos se le llenaron de lágrimas. El niño se le acercó temeroso, y la miró durante unos instantes. Entonces, la ayudó a levantarse. Cuando lo hizo, la niña le dio un beso en la mejilla.

–Y lo hiciste –añadió Abril.

–¿Qué cosa? –preguntó él, confundido.

–Encontrarme.

“Epa. ¿Me tiró una onda, o me parece?”

–Tampoco tuve que ir tan lejos –observó Julio, como restándole importancia a la situación, como si no quisiera entrar en su juego, aunque no había nada que quisiera más. Y fue por eso que terminó agregando:

–Me tomé mi tiempo, pero lo hice.

Abril dijo:

–Cuando uno va lejos, tiene que ir despacio.

Julio quedó como si le hubieran tirado un balde de agua helada en la cara.

Los niños seguían correteando alrededor de la fuente, y hacían un alboroto cada vez mayor.

El teléfono de Julio vibró. Le había llegado un mensaje de texto, y como recién se lo había comprado y no sabía usarlo muy bien (era su primer celular) lo expuso más de lo necesario para ver quién le había escrito.

Había sido Catalina.

Cuando vio el nombre en la pantalla, lo escondió rápidamente. Pero por suerte, Abril se mostró reservada. No miró el teléfono cuando lo extrajo de la funda en que lo llevaba.

Julio se sintió aliviado. Hubiera sido una vergüenza que saliera el tema. No hubiera sabido ni qué cara poner, ni qué decir.

–¿Son novios?

–¡¡No!!

Era de no creer. Ya no sabía qué cariz podía tomar esa conversación.

–Porque parece que sí.

–Pasamos muchas cosas juntos –indicó, claramente frustrado.

Abril asintió múltiples veces, como si esa oración hubiera valido como varias respuestas. Y entonces preguntó sin dar el menor rodeo.

–¿La querés?

–Yo... –estuvo a punto de responder, pero cerró los labios como si repentinamente hubiera recordado algo, algo que debía resolver en su mente antes de poder dar una respuesta definitiva.

–Ah, dudaste. ¿Viste?

–¡Y...! ¡¿Y qué?! –replicó, poniéndose a la defensiva.

–Y eso está bien. Primero dudas, y después sabes –le explicó. Julio la miraba como un pupilo mira a su tutor. Y callaba sintiéndose igual de cohibido.

–Entonces, ¿qué sentís por ella?

–Hay cosas que me gustan, y cosas que están de menos.

–¿A ver...?

–Desde que somos chicos me cuida y me apoya. Pero pira, y tiene arranques violentísimos por cosas que no son para tanto. Lo que más me jode es que teniendo a su madre viva no estaba con ella, no valoraba el tiempo que podían compartir. No sé... a veces pienso que odia la vida.

–¿Eso es porque vos odiás la vida?

Julio se vio aún más desconcertado que antes.

–¡¿Y eso?!

–Para decir que alguien odia algo, vos tenés que odiarlo aunque sea un poco también. –Así que, ¿vos odiás la vida?

Julio nunca se había sincerado, y hablado sin tapujos desde esa víspera de Navidad en la cual esperaban a sus padres junto con Lucía y Virginia en el comedor de casa, y el teléfono sonó, y Viginia saltó de su silla festejando "¡Es mamá! ¡Es mamá! ¡Mamá ya viene!", y atendió y era Rogelio, y le pidió que por favor le pasara con su hermano, y Julio atendió y cuando colgó se sentía como alguien que necesitaba gritar, pero no había un silencio tan perfecto como para ser quebrado por tanta desesperación.

Y ahora, sintió que podía hablar francamente con Abril.

–Cuando pasó lo de mi mamá, empecé a odiarla un poco.

–¿Por qué, exactamente?

–La odié porque no era perfecta.

–Y hoy, ¿a Catalina la odiás porque no es perfecta?

–No.

–¿A Catalina la odiás porque la querés, y eso te asusta?

Nunca le habían hecho esa pregunta de forma tan directa. Y al escucharla de labios de Abril, se dio cuenta de que ni siquiera se la había planteado él mismo.

Y la naturalidad de su respuesta fue avasallante.

–Sí.

Se quedaron mirando, como si todo lo demás hubiera desaparecido. Y esta vez, Julio no titubeó ni un poco al hablar.

–Abril, ¿querés venir a casa el fin de semana, a hacer las traducciones de la Práctica conmigo?

Abril lo miró con sus ojos aguamarina, y le respondió con un ligero movimiento de la cabeza. Luego, siguieron mirando a los niños que jugaban alrededor de la fuente.

Respondiendo al llamado de la madre de alguno de ellos, el niño se colocaba entre las dos pequeñas, las tomaba de la mano, y las llevaba corriendo de vuelta con sus mamás.

–o0o–

Abril entró caminando detrás de Julio, con una sonrisa que prodigaba tanta calidez como siempre. Toda la familia estaba sentada alrededor de la mesa. Rogelio ayudaba a Virginia con los deberes de geografía, y Lucía buscaba algo en la programación del cable. Cuando Julio abrió la puerta, todos dejaron de hacer lo que los ocupaba y contemplaron a su nueva amiga. Acercándose a la mesa, Julio comenzó a hablar.

–Bueno, les presento a…

Virginia saltó de su silla, y corrió hacia Abril antes de que Julio pudiera completar la oración. La abrazó con muchísima fuerza, como si nunca fuera a soltarla. Y ella hizo exactamente lo mismo.

Todos las contemplaron, llenos de asombro.

Abril le acariciaba el cabello.

–¿Cómo estás? –le preguntó.

–¡Bien! ¡Bien! –respondió Virginia, inundada de felicidad. Arreglándole los dos broches que tenía en el pelo, Abril miró a los demás. Y los saludó.

–Hola.

–¿Qué tal? –Rogelio se puso de pie, se acercó, y le dio un beso en la mejilla.

Hablaron durante unos minutos, sobre esa clase de cosas triviales que pueden revelar la verdadera esencia de alguien, al cabo de los cuales ya habían entrado en plena confianza.

Abril entonces miró a Lucía. Seguía parada detrás de la mesa. No se había acercado ni un poco.

La miraba con firmeza, pero sus ojos estaban tamizados de interrogantes.

–Hola.

Lucía tardó unos instantes en devolver el saludo. Cuando dijo "hola", fue claro que le costó no decir otra cosa.

Pero fue claro para todos menos para ella.

–o0o–

–¿Terminaste los deberes?

–¡Sí!

–¿Todos?

–¡Sí! ¡Todos! ¡Vamos a jugar! –dijo Virginia, bajándose de la silla y tomando a Lucía de la mano.

Lucía se inclinó, e inspeccionó su cuaderno. Mientras lo hacía, Abril regresaba del baño. No volvió a ocupar su lugar en la mesa, sino que se quedó de pie al lado de las dos hermanas.

Ya eran casi las cinco. La tarde había transcurrido para Julio y Abril sumidos en una traducción de veinte carillas para la Práctica Profesional. Y hacía media hora habían hecho un paréntesis para comer algo junto al resto de la familia.

Rogelio fue quien se mostró más gregario. Abril respondió todas les preguntas que se le plantearon gustosa, y dejó de manifiesto un gran conocimiento artístico junto con un muy buen sentido del humor.

Lucía se mantuvo en silencio, pero fue quien más observó a la invitada. En cualquier otro contexto hubiera sido grosera, pero tanto Rogelio como Julio se dieron cuenta de que la contemplaba así por algún motivo.

Solo que no sabían cuál.

Una vez terminada la merienda, Julio y Abril continuaron con la traducción. Era un contrato de alquiler con una cadena de legalizaciones interminable.

Virginia también permaneció en la habitación, y alternó sus deberes con dibujos en Cartoon Network. Encendía el televisor cada diez minutos. Pero la serie que le gustaba no empezaba hasta mucho más tarde.

A pesar de que se habían dividido el trabajo en partes iguales, Abril completó su mitad de la traducción mucho antes. Se levantó para ir al baño, y cuando volvió se encontró con que Virginia también había finalizado su tarea, y Lucía la estaba corrigiendo.

–Sí... sí... sí. Está muy bien –dijo Lucía, asintiendo.

–¡Vamos! ¡Al castillito! –gritó Virginia, comenzando a jalar a su hermana.

–Le gusta ir al castillo del Parque –aclaró Rogelio desde la cocina, si bien Abril no pidió ninguna explicación, y no parecía necesitarla. De hecho, cuando Virginia habló la había mirado a ella, no a Lucía.

–Claro –contestó Abril– ¡Si es una princesa!

Virginia entonces la tomó de la mano también a ella, feliz.

–¡Vamos! ¡Vamooos!

–Vamos, princesa –dijo Lucía, comenzando a moverse.

Rogelio se les adelantó y abrió la puerta, despidiéndose de las tres. Julio las saludó desde la mesa, dándole un adiós a Lucía y a Abril con la mano, y lanzándole un beso a Virginia, quien no dejó de mirar en su dirección hasta que se lo envió.

Luego de eso, trató de continuar traduciendo el texto que tenía frente a sí.

Fue inútil. Lo analizó solo por unos segundos antes de volver su mirada a Panpán, sentado en la silla que antes ocupaba siempre su madre. Era el último regalo que le había hecho a Virginia en la semana del accidente, en la víspera de aquella Nochebuena donde sus vidas se vistieron de cicatri- ces blancas.

Julio se quedó observándolo como si no lo hubiera visto nunca.

–Son tal para cual.

Rogelio se había sentado en uno de los lugares que quedaron libres en la mesa, frente a su hijo. A pesar de que sus palabras lo sorprendieron, Julio no dejó de mirar al oso.

–Sí... –su voz le sonó increíblemente agobiada al hablar. Y su padre también se tenía que haber percatado de ello.

Su padre siempre se daba cuenta de todo. Si le preguntaba algo, le hablaría con honestidad.

Ya era el momento de compartir el tumulto de sentimientos que lo inundaba con alguien. Y entonces, Rogelio volvió a dirigirle la palabra.

–¿Qué pensás?

Julió respondió tras un fugaz silencio en que pareció estar reordenando los pensamientos en su cabeza, aún sin apartar la mirada de Panpán:

–Es increíble. Con Abril a mi lado, me siento más contenido de lo que estuve en mi vida. No sé bien cómo definirlo... no pensé que iba a encontrar algo así en alguien... todavía no pensé que fuera el momento de buscarlo. Y cuando no lo estaba buscando, lo encontré. Y lo encontré donde menos lo esperaba.

Julio suspiró profundamente luego de decir eso. Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para poder sincerarse así. Su mirada se quedó entonces detenida en el mantel de hule floreado.

Transcurrió un buen rato antes de que contemplara directamente a su padre.

Al hacerlo, descubrió que lo estaba observando lleno de asombro. Y sonrió –no pudo no sonreír– al hablarle.

–Hijo... yo estaba hablando de tu hermana, y del oso.

–o0o–

Lucía estaba sentada en uno de los muros de ladrillos rojos que circundan el Parque Rodó, sobre la avenida Julio Herrera y Reissig. Desde donde estaba, tenía una visión excelente de lo que siempre ha sido una de las zonas más características de esa parte de la ciudad. El Castillo había conocido tiempos mejores, pero era innegable que aún tenía algo de mágico y encantador, sobre todo para los niños. El lago devolvía una refracción del cielo, extrañamente despejado en aquel atardecer de otoño.

Abril y su hermana llevaban un buen rato jugando. Virginia corría alrededor de los árboles, y Abril la perseguía. Cuando la atrapaba, las dos reían, y se quedaban un rato abrazadas.

Ya iba siendo hora de retornar a casa. Pronto anochecería. Lucía se puso de pie, y miró en su dirección. Virginia la señaló con el dedo, y tomó a Abril del brazo. Ambas sonrieron, y comenzaron a caminar de vuelta hacia donde las esperaba.

Se veían tan felices. Tenían esa clase de sonrisa donde resulta fácil hallar lo mejor de uno en los demás.

Lucía se soltó su cabello castaño, se puso el broche en la boca, y comenzó a alisarse el pelo.

Se veían tan felices.

Y Lucía lloró.

–o0o–

Lloró de forma incontrolable. Se llevó ambas manos al rostro. Comenzó a gemir. El broche cayó al pasto, haciendo un ruido sordo.

Al notarlo, Virginia se soltó de Abril, corrió hacia ella, y se prendió a sus piernas.

–¡No! ¡Estás triste! ¿!Por qué estás triste¡?

–No... no estoy triste... yo... –Lucía hablaba entre sollozos, secándose las lágrimas de forma mecánica. Su mirada se encontró entonces con la de Abril, con esos ojos azules tan profundos como el dolor que ella guardaba en silencio día tras día, desde hacía un año, desde que la sonrisa de su madre quedara a la merced de las sombras del recuerdo.

Y sin darse cuenta, sin entender lo que pasaba, sin saber lo que sentía, lo que había sentido y lo que un día lograría sentir, Lucía habló.

Lucía abrió los labios, y dijo una sola palabra.

Dijo *esa* palabra.

–Gracias.

No entendió por qué. No entendió lo que pasaba, por qué repentinamente se conmovió así, y por qué dijo eso.

Pero se sintió increíblemente bien por hacerlo, como si en un mero segundo se hubiera quitado un fardo de siglos de encima.

Abril se acercó aún más, y le secó las lágrimas que habían rodado por sus mejillas como si estuviera curándole una herida. Le acarició entonces el cabello con igual cuidado, mientras Virginia seguía tratando de reconfortarla, a pesar de que le había dicho que no estaba triste.

Y tras unos instantes escuchó la voz de Abril, cortando el silencio así como la luz de un faro corta la noche más abnegada.

–¿Estás bien?

–Sí.

–¿Sí?

–Sí. Estoy *muy* bien.

Lo decía en serio. No sabía que pudiera existir una felicidad que fuera tan súbita y plena a la vez.

–¿Volvemos a casa? –preguntó Abril. Su mirada era el espejo de la piedad.

–¡Sí! –gritó Virginia –¡A ver las Chicas Superpotentosas!

–Son las Chicas Superpoderosas, "po-de-ro-sas" –la corrigió Lucía, arrodillándose para arreglarle la ropa. Ya no lloraba.

–¡Nosotras también somos superpoderosas! –exclamó Virginia, dándole su broche.

–Sí, claro que lo somos –corroboró Abril–. Vos podés ser Bombón, Lucía Bellota y yo Burbuja.

Virginia cerró los ojos, y durante unos instantes hizo un esfuerzo denodado por concentrarse. Y entonces exclamó:

–¡Noo! ¡Yo soy Bellota!

–Bueno Bellota –dijo Lucía mientras reía y comenzaba a ponerse de pie –¡Vamos!

Virginia las sujetó y las llevó hacia adelante, tarareando la melodía de la serie.

Julio se asomaba al balcón en el momento justo en que estaban regresando. Virginia iba en el medio, tomada de las manos de su hermana y de Abril. Y aunque todavía estaban como a una cuadra de distancia, sus risas se podían escuchar muy claramente bajo ese cielo de invierno que parecía hecho de pura luz.

–o0o–

Abril se fue al rato. Julio la acompañó a la parada, y volvió justo cuando Lucía terminaba de preparar la cena.

Le quedó sorprendentemente apetitosa. Todos se sirvieron un segundo plato.

Todavía era temprano cuando terminaron de comer. Tanto Lucía como Virginia se quedaron en la habitación. Virginia ocupó su lugar en la mesa, y se dispuso a cambiarle los vestidos a varias de sus muñecas. Lucía se sentó en el piso a ver televisión, en su posición habitual. Se había cruzado de piernas, y cambiaba de canal con el control remoto cada dos o tres minutos.

Julio estaba en la cocina con su padre. Hoy les tocaba limpiar y ordenar a ellos. Su tarea se retrasaba por lo mucho que conversaban.

–Qué persona especial que conociste –le dijo Rogelio mientras ponía los platos que Julio le alcanzaba en su repisa. Y agregó casi enseguida:

–Lo que me dijiste antes, es así. Hay gente que solo se puede encontrar cuando no la estás buscando. Es así.

Julio asintió. Y al cabo de un rato, inquirió:

–A mamá la conociste igual, ¿no?

–Sí...

Su padre se quedó pensativo,

Como era lógico, mencionar a Graciela tenía ese efecto, incluso si lo que se estaba evocando eran recuerdos agradables.

Guardaron silencio durante unos minutos. Cada uno se concentró en su tarea.

Rogelio habló cuando ya casi estaban finalizando.

–Ahora... hay algo que me llamó la atención en tu amiga. ¿No notaste que cuándo ella... ?

Los ronquidos interrumpieron la conversación, e hicieron que Rogelio y Julio se asomaran a la puerta del comedor.

Lucía.

Lucía se había quedado dormida. Su cabeza había encontrado el sillón más cercano como respaldo, su mano derecha se había deslizado a un costado, acunando el control remoto.

–¡Jajaja! ¡Lu se durmió! ¡Lu se durmióoo! –rió Virginia desde la mesa.

–Shhh –le dijo Julio por lo bajo, mientras caminaba silenciosamente hacia ella–. No la despertemos.

Inmediatamente, Virginia puso una cara muy seria, y se llevó el dedo índice a los labios, indicando que había que guardar silencio.

Julio tomó a Lucía en sus brazos, y la cargó hasta su habitación. La dejó en su cama, y la tapó con un acolchado de Hello Kitty.

Miró alrededor. La caja con las tarjetas de Graciela estaba sobre la mesa de luz, con la tapa levantada. Y una tarjeta estaba afuera.

Julio la recogió, y sonrió al abrirla y ver la frase que contenía. Era el título de una de las canciones de La Cenicienta:

*Un sueño es un deseo que hace tu corazón.*

Estudió la tapa de esta tarjeta. Era azul, con un esfumado que hacía de nubes. El corazón no estaba en el centro mismo de la tapa, en el medio de ese cielo. No, estaba bastante más arriba. Como si el amor

que representaba pudiera llegar más lejos y más alto que cualquier otro.

Cerró la tarjeta, y la depositó en la almohada de Lucía como quien deja una rosa en un altar. Aún sonriendo, apagó la luz, y salió de la habitación.

–o0o–

El lunes siguiente, Julio volvía con Catalina de la Facultad. No era exactamente lo que él quería, pero ella lo había esperado afuera. Quizá tendrían la oportunidad de aclarar algunas cosas. Pero el tono mortífero con el que habló Catalina ni bien habían caminado una cuadra dejó de manifiesto la clase de intercambio que iban a tener.

–Qué linda tu nueva amiga –habló como si estuviera escupiendo dientes podridos.

–Es buena persona –observó Julio, de manera trémula.

–Si, es divina, *divina* –la forma en la que movió la cabeza cuando lo dijo fue atemorizante. Y ya no se detuvo:

–Me encanta como la llevastes a tu casa, y le presentastes a tu fa- milia. Ahí hicistes puntos. Bien jugado.

Julio suspiró, y dijo sin pensar:

–Vos no sos mi novia.

Eso era todo lo que Catalina necesitaba oír.

–¿Ella sí? ¿La princesa esta es tu novia?

–Basta...

–¿Ya cogieron?

Julio se mordió el labio.

–Ah, ¿todavía no te la cogistes? Claro, cuando te mudés el año que viene te la llevás a tu apartamento en el Centro, y ahí cogen tranquilos.

–Basta, por favor…

–“Basta por favor, basta por favor”… ¡¿Te pensás que diciendo “basta por favor” las cosas dejan de importar, dejan de existir?! ¡¿No pensás en mí?! ¡¿Alguna vez pensaste en mí?!

–No.

Catalina lo tomó del cuello de la camisa, y lo empujó contra la pared. Se quedó respirándole en la cara.

–¡¿No pensás en mí?! ¡¿En las cosas que me prometistes?!

–Yo nunca pensé en vos –le dijo con las pupilas húmedas–. Yo siempre pensé en nosotros. En *nosotros*.

Julio puso su mano en su abdomen, y ella retrocedió lo justo para dejarlo pasar, con la mirada aún puesta en sus ojos.

Julio se alejó bastante antes de mirar hacia atrás, y decirle con palabras que temblaban de dolor y de verdad

–¿Entendés por qué vos no sos mi novia? Catalina entendía.

Y por primera vez, él también lo entendió.

Y mientras caminaba solo, se dio cuenta de que ya nunca podría dejar de entenderlo.

–o0o–

Luego de eso, Julio no tuvo miedo de hablar públicamente con Abril, o de que se los viera juntos.

El jueves siguiente, Abril tuvo que irse una hora antes. A Julio ya le resultaba extraño todo esto, y pensaba preguntarle cuanto antes a qué se debían esos horarios que manejaba. Pero ese día la acompañó por el pasillo en silencio cuando llegó la hora del receso, y se despidió de ella una vez doblaron la esquina, y alcanzaron las escaleras.

–¿Después nos vemos?

–No, todavía no… pero vos buscame–. Abril hizo una pausa en la que el aire se pobló de sueños –Buscame… vos siempre me vas a encontrar.

Julio sintió una calidez enorme en su pecho, y no supo qué decir. Solo sonrió. Se despidieron, y comenzó a caminar de vuelta al salón.

La palmada en la espalda lo hizo toser. Y fue seguida de empujones de ambos lados.

–“¡Buscame!” “¡Buscame!”

–¡“Vos siempre me vas a encontrar!”

Tuco y Agustín.

Escondidos atrás de la esquina, habían escuchado toda la conversación, y ahora se lo estaban pasando entre ellos, como si fuera un muñeco de trapo, mientras se reían y repetían las mejores instancias del diálogo.

–¡Jajaja! ¡Boludo! ¡La nueva te quiere garchar! –rió Tuco, empujándolo hacia Agustín con violencia.

–¡Clavatelá! ¡Clavatelá! –coreó Agustín, y le dio un aventón aún

más fuerte hacia Tuco. Pero éste no lo recogió, y Julio se dio de cara contra la pared. Quedó tendido en el piso.

–¡Uy! ¿Estás bien?

–Grtfxdsirm...

Marcelo entró en escena entonces.

–Loco, él no es como ustedes, no lo tienen que empujar así –les dijo, inclinándose sobre él. Luego de Agustín, Marcelo siempre había sido el varón con el cual Julio había tenido más afinidad en el grupo.

Tuco y Agustín lo ayudaron a levantarse. Y lo invitaron a tomar una cerveza en el UNI Bar al término de la clase. Estaban pasando muchas cosas. Sería bueno hablar de ellas.

Pero eso no fue lo que hicieron. Agustín y Tuco se pasaron divagando. Y cuando no estaba tratando de seducir a la moza, Tuco hacía una caricatura en su cuaderno. Lo terminó cuando ya estaban por irse, y le dio la hoja a Julio.

–Mirá –le dijo, riente–. Tus dos bellezas, la convencional y la de pasarela.

Julio no quiso ni saber cuál era cuál. Simplemente estudió el dibujo,

Estaban todos. Él, Tuco, Agustín, Marita, Catalina, Marcelo y Susana (la novia de Marcelo – se habían conocido el primer día de clases).

Y Abril.

Julio estaba en el centro, con Catalina de un lado, y Abril del otro. Los rasgos estaban exagerados, pero Tuco había capturado muy bien sus miradas..

Julio dobló la hoja, y la guardó dentro de su cuaderno. Al llegar a casa iba a ponerla en una carpeta, pero Rogelio le pidió que lo ayudara con la computadora, y para cuando terminó ya era tarde. Julio estaba cansado, y se echó en la cama a dormir. El dibujo de Tuco se quedó donde estaba.

–o0o–

Ese mismo día Catalina había esperado a Abril afuera del liceo francés, sentada en uno de los muros de la iglesia metodista de la esquina. Cuando vio que se aproximaba, se puso de pie. Abril comenzó a caminar de manera más pausada, pero no se detuvo. Y no dejó de sonreír.

Cuando estaba a un par de pasos, Catalina la abordó:

–Siempre contenta vos, ¿eh? –le dijo, con los ojos muy grandes.

Abril continuó caminando en su dirección, y se paró a unos escasos centímetros. Habían quedado cara a cara.

Y fue curioso, porque por algún motivo Catalina no sintió que su espacio estuviera siendo invadido.

Cuando volvió a hablar, estaba más sorprendida que iracunda.

–¿Se puede saber por qué todo el tiempo estás tan feliz?

Sin el mínimo cambio en su semblante, Abril respondió:

–Que una persona sonría, no quiere decir que sea feliz. Quiere decir que es fuerte.

Una tenue brisa comenzó a recorrer la plazoleta de extremo a extremo, como una primavera anticipada.

"Ahora resulta que también sos filósofa".

Catalina lo pensó, pero no se lo dijo. No quiso insultarla en la cara. O simplemente, no pudo. Era como si una fuerza invisible anulara su componente agresivo, como si su violencia se viera contrarrestada por algo extrañamente amable.

Abril la miró a los ojos, y entonces siguió su camino, como si no tuviera nada más que decir. Pero luego de dar unos pasos miró por sobre su hombro, y agregó:

–Julio siempre hace todo lo que está a su alcance para sonreírte. La mención de Julio hizo que Catalina bajara el rostro.

–Él te da su tiempo. Y cuando alguien te da su tiempo, tenés que agradecérselo. Porque te está dando algo que nunca va a recuperar.

Abril dio por terminada la conversación en ese punto. Entonces sí, continuó su camino sin volver a mirar atrás.

Catalina permaneció donde estaba, con el rostro apesadumbrado.

Empezó a caminar en dirección opuesta, a pesar de que tenía que ir en la misma dirección que Abril. Daba grandes zancadas, como si quisiera apartarse de ese lugar cuanto antes.

Y recién entonces pudo articular algo:

–Ahora resulta que también sos filósofa... ¡Pero qué sabrás vos! ¡Qué *carajo* sabrás vos!... ¡Ja!

Parecía buscar la aprobación de alguien.

Siguió caminando en esa dirección que ni siquiera debía seguir. No estaba pensando en dónde quería ir.

Realmente, nunca lo hacía. Sus objetivos eran tan difusos que no se podía decir que en verdad tuviera alguno.

Julio era quien le daba dirección y sentido a su vida. Julio era quien más luchaba por su sueño de conocer a su padre; la idea de estudiar Traductorado Público surgió de él, mientras Catalina jugaba con una banda, persiguiendo la fantasía de ser famosa y llegar hasta el fin del mundo con ella.

Y lo que Abril le dijo era cierto.

Julio siempre se había esforzado por sonreírle.

–Qué sabrás vos... –lo repitió amargamente, como si necesitara que el mundo entero escuchara esas palabras–. ¡Pero qué mierda sabrás vos!

Sintió una necesidad imperante de mirar hacia atrás. Y lo hizo, volteando no solo su cabeza sino también todo su cuerpo.

Abril ya no estaba ahí.

Catalina miró insistentemente en su dirección, como si se rehusara a aceptar que hubiera desaparecido.

Como si la necesitara de verdad.

Como si verla pudiera abolir las lágrimas que le estaban quemando las mejillas en ese momento.

Pero Abril ya no estaba. Y todo lo que Catalina pudo hacer fue limpiarse el rostro con la mano.

Repentinamente, cerró el puño. Miró primero al piso, y luego a la pared de una farmacia que tenía al lado. Y le lanzó un golpe animal. Pero ella misma detuvo su puño, antes de que se impactara contra el muro. Abrió la palma de su mano, y la apoyó contra la pared.

–¿Por qué...? ¿Por qué odio todo?

La única persona que pensaba que tenía esa respuesta ya no estaba.

–o0o–

–O le empezamos a meter huevo, o fuimos... nos la llevamos a diciembre–dijo Marcelo, claramente contrariado a la salida de la Práctica. El próximo parcial era el más difícil de los cinco que deberían enfrentar. Giraba en torno a seguros, y la complejidad del léxico era desconcertante para todos. Este parcial en particular era el que había llevado a Tuco a abandonar la asignatura tres veces ya con el correr de los años.

–¿Para qué estudié Derecho, yo? –las palabras provinieron de su espalda, y ni bien fueron pronunciadas un brazo fornido le envolvió el

cuello. Le hizo un candado durante unos segundos, y luego lo dejó libre.

Era Agustín.

–¿Pero para qué estudié Derecho yo? –repitió, golpeándose el pecho como Tarzán. Marcelo se quedó mirándolo, como si tratara de determinar la seriedad o no del planteo.

–Sino, preguntale a éste –agregó el jugador de rugby vivamente, señalando a Julio con la mirada.

Lo que planteaba era básicamente cierto. A lo largo de la carrera, Julio y Catalina siempre habían contado con la ayuda inestimable de Agustín para aprobar las materias jurídicas. Y ahora que los lazos se habían ampliado, era lógico que también le ofreciera su asistencia a Marcelo y Susana.

–Venite con Susana y Julio el finde a casa.

Tuvo especial cuidado de no mencionar a Catalina.

–¿De qué me estás dejando afuera, sorete? –espetó Tuco, que venía caminando por el pasillo con Marita. Ella no decía nada, pero lo vulgar que se comportaba cuando Agustín estaba presente comenzaba a resultarle agobiante. Era como si estuvieran competiendo todo el tiempo.

–Vamos a estudiar Derecho el finde, gil. ¿Qué, ahora te pinta estudiar?

–A tu hermana me pinta estudiarla.

–Es por donde vive Tuco, ¿no? –terció Marcelo, y sus palabras fueron como una bandera blanca izada entre un fuego cruzado.

–Sí, no es lejos de lo de Tuco. Te paso la dirección. Julio sabe llegar. Si van juntos, él te muestra.

Marcelo miró a Julio.

Lentamente, Julio afirmó con la cabeza. Como si pudiera hacer otra cosa.

–o0o–

No era lejos de lo de Tuco, no. La casa de Agustín quedaba en un punto más céntrico de Carrasco, sobre la calle Millington Drake, a una cuadra de Rivera.

También tenía dos pisos, pero era una construcción mucho más moderna. Y los espacios estaban mejor aprovechados, especialmente en la parte de adelante.

Lo más llamativo era una piscina con forma de "T" recubierta de mosaicos luminiscentes, varias escaleras de acero y un trampolín, en el punto mismo donde se encontraban los dos trazos de la letra.

Y ahí es donde estaban todos los varones, sentados en torno a una mesa de madera plegable. Estudiar había sido una tarea muy ágil. La presencia de las chicas había logrado que la reunión se ciñera a su cometido, sin ningún tipo de distracción o divertimento.

Entonces ya era de noche, y como no había nada más que repasar, Susana y Marita estaban adentro, con la hermana mayor de Agustín. Era una estudiante avanzada de diseño de moda, y les estaba enseñando sus creaciones una por una. Susana alguna vez pensó en abocarse a esa carrera, pero fue una idea que desestimó pronto por razones de costo. Así que observaba todas las láminas gustosa. Y Marita miraba los diagramas maravillada, siguiendo los trazos como si fueran líneas en un mapa bizantino.

La habitación en la cual se encontraban estaba en el extremo de la casa más alejado del patio. Todos los varones seguían allí, bajo un cielo teñido de puntos parpadeantes que estaban desapareciendo lentamente.

–Guarda, pajero –rezongó Tuco cuando Agustín le pasó la botella, y lo golpeó en la sien.

Marcelo y Julio estaban frente a ellos; Tuco estaba sentado con los pies sobre la mesa, y Agustín estaba parado a su lado. Había entrado a buscar una botella de Johnny Walker, botella que ahora compartían después de haber vaciado tres de cerveza y una de vino tinto, en sucesión tan rápida que cualquiera hubiera pensado que habían venido solo llenas por la mitad. Los otros dos tomaban cerveza, cada uno de su vaso. Marcelo bebía con moderación, y Julio tenía una paupérrima tolerancia alcohólica, por lo que apenas se había humedecido el paladar.

La ingesta de alcohol hacía que la discusión entre Tuco y Agustín empezara a desvirtuarse. Estaban alcanzado el punto en que los fundamentos dejaban de importar, y las opiniones más valiosas eran justamente aquellas que tenían menos asidero. Y que revestían la mayor vulgaridad.

A esta altura, ya era más bien una charla de vestuario, de la clase que habían definido muchas de las conductas adultas de Tuco y Agustín.

Ahora habían comenzado a comparar las clases de mujeres que habían conocido por el mundo, y sus diversos escarceos amorosos. La conversación avanzaba entre risotadas y protestas. Miraban a Marcelo y Julio mientras hablaban, pero en esencia estaban manteniendo un intercambio cerrado entre ellos dos. Marcelo les sonreía benignamente, y

bebía de su vaso dando sorbos cortos. Julio se sentía cada vez más fuera de lugar, y miraba su reloj por debajo de la mesa.

Tuco era quien más alcohol había consumido, y estaba empezando a hablar con más voz de la necesaria. Agustín recordó una "amigota muy católica" que tuvo, y su rostro cuando relató la última vez que se vieron habló por sí solo. Y Tuco (en un afán de superarlo) narró un encuentro que tuvo en Chile con una misionera.

De repente hizo una pausa, como si hubiera reparado en algo enteramente obvio que hasta el momento le había resultado imperceptible. Y exclamó:

–¿Y cuando te agarra una como Marita? –. Se lo dijo a Agustín, y luego miró al resto– ¿Se dan cuenta, no?

Nadie sonrió. Ni siquiera Agustín. La inclusión de Marita en la charla pareció molestarlo.

–¡Jajaja! ¿No se dan cuenta? –dijo entre carcajadas, moviendo la botella por el aire como si fuera el micrófono de un reportero en busca de una respuesta categórica. Pero como nadie dijo nada, la tuvo que acercar a sus labios otra vez para terminar de precisar el concepto por sí mismo.

– ¡Con el hambre que tiene, si te agarra después tenés que ir a un doctor para que te la reconstruya! ¡Jajajaja!

Solo él rió. Marcelo y Julio miraban por sobre sus hombros, maridados por una expresión de espanto. Tuco y Agustín miraron hacia atrás.

Marita estaba parada en la puerta que conducía al patio donde estaban todos.

Ni bien Tuco posó su mirada en ella, se dio vuelta y se dirigió a la mesa donde todos habían estudiado más temprano. Echó los cuadernos y útiles dentro de su mochila, recogió su campera del respaldo de la silla que había ocupado, y salió nuevamente al patio. Se dirigía directo al portón. Pero tendría que pasar por donde estaban para salir a la calle.

Tuco ahora estaba de pie, y la interceptó. Le tomó la mano derecha, con mucha más fuerza de la que hacía falta.

–¡Pará! ¡Estaba jodiendo! ¡Todos estábamos jodiendo!

–Soltame...

–¡Pero pará un poco!

– ... de mi vida –.Marita musitó algo.

–¡Te lo puedo explicar!

–Salí de mi vida –ahora habló con la intensidad suficiente como para que su malestar fuera tangible. Las palabras fueron como un mazazo para Tuco. Pero no dejó de sujetarla.

–Mara...

–Salí de mi vida –Marita estaba temblando. Y Tuco no la quería dejar ir.

–Ya fue –Agustín le puso la mano en el hombro. Todos estaban de pie. Julio estaba a escasos centímetros de su silla. Marcelo se había acercado prácticamente tanto como Agustín. Susana acababa de salir al patio, y ahora avanzaba decididamente hacia donde estaban. Marcelo la miró, y cuando lo hizo automáticamente dejó de moverse.

–Ya fue –repitió Agustín. Sonaba más cansado que contrariado.

Tuco dejó de tomarle la muñeca. Agustín se lo llevó consigo, lo hizo retroceder un par de pasos hacia la mesa. Susana entonces caminó veloz hacia Marita. Estaba frotándose la marca que le había quedado en la piel, donde Tuco la había sujetado. Cuando Susana llegó a su lado, la abrazó y comenzó a inspeccionarle la muñeca. Marita entonces empezó a llorar. Miró a Tuco de una forma descorazonada, y dijo:

–Salí de mi vida.

Susana la condujo afuera, y Marcelo las siguió de cerca. Tuco caminaba en círculos, con la mirada llena de dolor. Súbitamente, pateó la mesa de madera, y esta voló por los aires.

Fue a dar a la piscina, junto con todas las botellas. Julio se cubrió el rostro con ambas manos, y cayó sobre el pasto.

Un viento helado comenzó a silbar a través de los árboles, como el último fraseo de un estribillo lánguido.

Todavía en el piso, Julio miró al cielo. Esas nubes azules como abrazos perdidos amenazaban con borrarlo todo en un instante.

## VIII

## The Bad Actress

–¡Que se vayan a la mierda! ¡Nosotras no les damos más bola! ¿Quieren algo con nosotras?¿Nos quieren decir algo? Bueno, ¡nos vienen a buscar ellos!

–Sí.

–¡Nos van a tener que rogar! ¿Pero se puede saber quién se piensan que son?

– Sí.

–¿Te quedó clarito, nena? ¡Ahora es nuestro momento!

–Sí.

Catalina le daba estas instrucciones a Marita mientras caminaban juntas por 18 de Julio. Ella iba al frente, marchando a paso endemoniado. Cuando quería enfatizar lo que estaba diciendo, se detenía repentinamente para mirar a Marita. Y luego, resumía la marcha en arranques igual de súbitos.

Ya había transcurrido una semana desde el incidente donde Tuco se mostrara falto de todo decoro.

No existía forma alguna de relativizar lo que había ocurrido, y mucho menos de legitimarlo.

El vínculo que los unía se había roto como se rompe la cuerda de un violín, y ese mismo vínculo ya no se podría reconstituir. En el mejor de los casos, podría ser sustituido por uno nuevo. Pero la relación que habían entablado después de tanto tiempo se había perdido para siempre. Y lidiar con eso no sería fácil para ninguno de los dos.

Así que no fue una sorpresa que Tuco recién se hiciera presente el jueves de la semana siguiente en la Facultad.

Estaba esperando afuera del salón con Agustín, y buena parte del grupo. El profesor ya llevaba más de media hora de retraso. Una marcha había tornado 18 de Julio intransitable desde la Plaza Cagancha hasta la Universidad de la República. Tuco y Agustín se encontraban un tanto apartados del resto. Ninguno de los dos decía nada, no porque no hubiera nada que decir, sino porque articular sentimientos en aquel momento costaba un esfuerzo ingente.

Catalina llegó entonces. Caminó directo hacia donde estaban, y sin dejar de mirar a Tuco a los ojos ni por un segundo le dio una cachetada tremenda. Retumbó por todo el pasillo, como un latigazo descendiendo desde un infinito insano. La violencia del golpe hubiera tumbado a cualquiera. Pero a él solo le dio vuelta la cara.

Se quedó mirando en esa nueva dirección, con una Catalina que irradiaba suficiente furia para derretir hasta su sombra.

Al ver que Tuco no diría nada, y que ni siquiera la miraría, ella fue la que habló.

–Hijo de puta.

Todos los demás contemplaron la escena horrorizados. Si alguien ignoraba lo que había ocurrido el fin de semana entre Tuco y Marita, eso cambiaba ahora.

–Hijo de puta –se lo volvió a decir, como si por repetirlo fuera aún más cierto. Todavía más iracunda que antes, se dio vuelta y entró al salón, haciendo un ruido ensordecedor al caminar. E igual de intempestiva, se sentó al lado de Marita.

Se encendió un silencio sepulcral. Consciente o inconscientemente, todas las miradas se depositaron en ella.

–¡¿Qué me miran todos?! –Catalina explotó–. ¡¿Pero qué mierda me tienen que mirar?!

–¿Por qué...? –Julio comenzó a decir algo desde el otro extremo de la clase, pero el miedo frenó sus palabras. Sin embargo, la preocupación genuina que sentía por quien aún consideraba su mejor amiga lo espoleó a seguir adelante.

–¿Por qué... por qué no hacés eso vos también?

–¡¿Qué?! –Catalina respondió enardecida, cómo si le acabaran de inferir un insulto.

–¿Por qué no hacés eso vos también? –su voz estaba impregnada de angustia– .¿Por qué no te mirás un poco a vos misma?

–¡¿Pero por qué no te vas a la...?! –empezó a decir, y se detuvo. Marita había comenzado a sujetarle el brazo férreamente. Iba a llorar si esto no se detenía. Y al notarlo, Catalina no dijo nada más. Actuó como si se hubiera tranquilizado, pero le hervía la sangre.

El resto del grupo entró entonces, siguiendo al profesor que venía malhumorado por la más de media hora de retraso. La atmósfera aquel día era un velo de hostilidad que se tornaba más espeso a cada minuto.

Catalina miró a Julio varias veces durante la clase. Al principio, como un contendiente que busca provocar a su rival, y precipitarlo a un movimiento en falso.

Pero conforme pasaba el tiempo, su enojo se fue atenuando, como una sombra que pierde grosor

Julio procuró evitar su mirada. Lo invadía una mezcla intensa de preocupación y fastidio.

Y con ese peso de amargura en el pecho, contempló el asiento vacío a su lado. Era el de Abril. Aquel jueves había faltado.

Y todo lo que sucedió hizo que pensara en lo bien que se sentía cuando ella estaba ahí.

Catalina lo seguía mirando, desde el extremo opuesto del salón. Su gesto despreciativo ahora había trocado en uno de angustia.

–o0o–

–¡Harta me tiene este pendejo! ¡Harta!

–Sí.

–¡Podrida, más que harta!

– Sí.

–O sea... ¡todo el tiempo yo tengo que estar pendiente de él! ¡¡Todo el tiempo!! Desde que somos chicos, yo siempre lo tengo que andar cuidando.

Ese sábado de tarde Catalina y Marita estaban en el Shopping de Montevideo. En teoría, habían ido a ver vestidos para la boda de Susana y Marcelo. Pero fue lo último que hicieron. Marita estaba llevándola de una librería a otra, mientras Catalina no paraba de despotricar. Ahora mismo estaban en una de las predilectas de Marita.

–¡Es de terror este pibe! De no ser por mí, no sé ni dónde estaría, ni qué le hubiera pasado –continuó Catalina, igual de expeditiva.

–Sí.

–O sea, no es desde ahora... ¡Es desde siempre! ¡Toda la vida cuidando que no se meta en bardo!

–Sí.

Catalina la miró, enfurecida.

–"Sí, sí, sí"... a ver, ¿qué te acabo de decir? ¿Qué pensás de todo esto?

Marita cambió la orientación del libro que tenía en sus manos para estudiar un diagrama, y habló con su mirada puesta en él.

–Pienso que sentís un amor tan grande por Julio que tenés un problema enorme para lidiar con esos sentimientos. Lo querés, y lo querés tanto que eso te desborda y tenés que recurrir a la violencia para enmascarar lo que realmente sentís.

Silencio.

–¡¿PERO VOS SOS PELOTUDA?! –el grito de Catalina hizo que toda las personas que estaban dentro de la librería miraran en su dirección. También lo hizo la gente afuera del local, formada en la cola de una casa de cambio.

Catalina se había puesto completamente roja, como si la hubiera golpeado una ola de fuego.

–¿Sabés qué? –, dijo tomando a Marita de la mano –¡Van a ver! ¡Nos vamos a buscar los mejores vestidos que encontremos para la fiesta! ¡Ahora es *nuestro* momento!

El libro que Marita estaba leyendo prácticamente voló por los aires. Catalina y Marita partieron en busca de sus vestidos para el casamiento de Susana y Marcelo, que se celebraría exactamente en dos semanas.

–o0o–

Se detuvieron en el local de ZHOR, en el primer piso. Catalina escogió un vestido corto color turquesa. Tenía la falda recta, con un escote strapless y un talle muy ceñido al cuerpo. Marita (con la ayuda irrefrenable de Catalina) optó por un vestido rojo de seda.

Llevaba un escote cerrado con cuello redondo, y mangas tipo ojal que dejaban sus hombros al descubierto. La falda caía recta hacia las rodillas, y llevaba un lazo negro de correa.

Salió tímidamente del probador, como si la esperara un jurado procaz, cuando solo estaban Catalina y dos vendedoras. Primero asomó el rostro, y luego el resto del cuerpo.

–¿Está bien? –preguntó, acuciada por la incertidumbre. Pero antes de que le respondieran, ella misma vio su refracción en varios espejos a la vez. Y su rostro se iluminó de alegría.

–¡Ah! –exclamó, dando vueltas sobre sí misma –¡Ah! ¡Qué lindo!

Catalina y las vendedoras se limitaron a asentir. Ella lo había dicho todo, no había nada que agregar.

La vendedora de mayor edad fue quien les cobró. Mientras les daba el cambio y salía la impresión de las facturas, Catalina tomó a Marita del brazo.

–¡Y ese día temprano vamos las dos a la peluquería! ¡Ya van a ver! Marita sonrió, animada. Sus mejillas habían adquirido un color muy rosado.

–A sus novios les van a encantar –dijo la vendedora, entregándole las facturas y el cambio a Catalina. Marita bajó la mirada, y Catalina apretó el papel y las monedas en su puño con tanta fuerza que todo quedó hecho una pelota.

Salieron de la tienda con sus bolsas, y se dirigieron a la salida más cercana, sobre Luis Alberto de Herrera. Marita caminaba con una mirada totalmente extraviada, como si sus pensamientos estuvieran yendo tan lejos que debía seguir su vuelo con sus ojos para no perderlos.

–¿Qué te pasa? –le preguntó Catalina, en un tono que no fue del todo amable.

Marita comenzó a caminar más lento, y preguntó:

–¿Tuco se va a fijar en mí?

–¡Sí, nena! ¡No puede no fijarse en vos con ese vestido!

A pesar de lo enfático de su respuesta, el semblante de Marita seguía tan triste como el de una niña que lleva horas esperando a su madre lejos de casa

–Yo quiero que él sea bueno conmigo otra vez… nada

más. Catalina se colocó frente a ella.

–Tuco se va a fijar en vos. No va a poder no tratarte como una reina –dijo Catalina. Y agregó con una sonrisa que daba un poco de miedo: –Si no, lo reviento.

Aunque le costó un poco, Marita sonrió. Siguieron caminando, y apenas habían dado un par de pasos ella dijo con un tono tan dulce como el de quien canta una canción de cuna:

–Julio también se va a fijar en vos.

–¡Ja! ¡Pero claro! ¡Claro que se va a fijar en mí! Y me va a tener que suplicar toda la noche si quiere que baile con él. ¡Ja! ¡Le va a costar sangre, sudor y lágrimas que le dé un baile!

–o0o–

La historia de Susana y Marcelo era digna de una telenovela del horario central. Se habían conocido el primer día de clases, pero no en la Facultad. No, se habían conocido una media hora antes, en la parada de ómnibus.

Susana no era de la misma generación. Había dado el examen de ingreso el año anterior, y por motivos laborales decidió comenzar los cursos en el 2002. La aprobación del examen de Traductorado habilita al estudiante a comenzar la carrera en cualquier momento dentro de los tres años siguientes.

Marcelo sospechó que ella estudiaba Traductorado y que su rumbo sería el mismo porque junto con su cuadernola llevaba una copia de la Gramática de Alarcos bajo el brazo. Esa gramática es poco menos que la lectura de cabecera para todo estudiante de la carrera.

Así que cuando la vio, le preguntó si estudiaba Traductorado. Ni siquiera se presentó antes. Ella lo miró a los ojos. Había algo muy genuino en ellos. Algo muy humano, que también se proyectaba en cada una de sus palabras. Sin preguntarle su nombre siquiera, Susana le dijo que sí. Y le preguntó si él también estudiaba esa carrera. A lo que Marcelo le dio una respuesta afirmativa, pero aclarándole que estudiaba eso y algo más.

Cuando Susana le preguntó qué otra cosa estudiaba, Marcelo la miró con anhelo y le dijo, “A partir de hoy, tus ojos”.

A las dos semanas ya eran oficialmente novios.

Al año y medio convivían.

Y a los tres años se habían comprometido.

Marcelo era una persona positiva y con un espíritu emprendedor por excelencia.

Su rostro era simpático, con una mandíbula muy redonda y una nariz aguileña. Cuando hablaba con alguien, lo miraba a los ojos en todo momento. Y le gustaba que hicieran lo mismo con él.

Era un estudiante brillante que recorrió toda Sudamérica y buena parte de Europa una vez completó el bachillerato. Se fue de casa con una mochila. Volvió cuatro años después con solo una cosa, y esa era una comprensión cabal de las palabras de Goethe:

*El que ignora una lengua extranjera, ignora la suya propia.*

Antes de que pasara una semana de su retorno, ya se había inscripto para el examen de ingreso a la carrera. Y lo aprobó con una facilidad pasmosa. Cualquiera hubiera pensado que su vida estaba siguiendo una línea invisible, trazada desde hacía tiempo.

Susana era menos peripatética. Tenía una larga cabellera oscura que nunca estaba recogida, y una sonrisa perlada. No hablaba mucho, y cuando lo hacía hablaba muy rápido. Pero siempre decía cosas interesantes. Esa era su particularidad.

Esa, y el hecho de llevarse bien con Catalina. La consideraba su amiga por algo que ocurrió una noche de invierno, durante el primer año de la carrera. Estaba sola en el estacionamiento, y le rompieron el vidrio de la ventanilla para robarle su bolso cuando acababa de subir a su auto.

Catalina estaba en la parada con Julio. Le había prometido a Lucía que la llevaría al cine a ver "La Era Del Hielo", y le pidió por favor que tomaran un ómnibus. Catalina consintió en acompañarlo. Ella nunca lo dejaba solo.

Cuando Julio se dio cuenta de lo que estaba pasando, ya todo era un caos.

Primero, reventó la ventanilla y Susana gritó.

Luego, Catalina había desaparecido de su lado, disparada como una flecha hacia el lugar de donde provino el ruido.

Por último, Catalina estaba dándole una paliza a alguien.

La pelea ya había concluido cuando tomó conciencia cabal de lo que ocurría. La policía se llevó al ladrón, Susana y Catalina tuvieron que declarar. Julio también fue en calidad de testigo, pero no tenía mucho para aportar.

La espera se hizo eterna en la quinta seccional, pero un par de horas después ya todos estaban por volver a casa. Julio y Catalina esperaban a Susana, sentados en un banco de madera. En la pelea, Catalina había recibido un golpe en el maxilar. No era grave, casi no sentía dolor. Pero de cualquier manera, sostenía una bolsa de hielo sobre la zona afectada.

Estaba sentada con una pierna flexionada sobre el banco, y su cuerpo reclinado sobre ella. Miraba a Julio, sentado con su espalda completamente pegada a la pared. Estaba muy tenso. Era su primera vez en una comisaría.

–¿Cuándo vas a empezar a reaccionar vos, nene? –dijo en un tono ligeramente burlón.

–¡Si tengo que hacerlo, lo hago! Yo hago lo que sea –interpuso Julio, ofendido –. Yo… ¡yo igual entro a una casa en llamas para salvar a quien quiero!

A Catalina se le escapó una carcajada. El dolor apareció súbitamente, como una puntada en el rostro, y la silenció. Catalina aplicó el hielo con más atención.

–¡Ah, bueno! –dijo, procurando contener otra risotada–. Eso quiero verlo.

Se quedaron en silencio, observándose de a ratos, hasta que Catalina le puso un punto final a la conversación diciendo:

–Por lo menos no saliste rajando. Algo es

algo. Julio apretó los dientes, y se cruzó de

brazos.

No es que hubiera querido insultarlo, pero el resultado había sido el mismo.

"Si tengo que hacerlo, lo hago". Él sabía que sí.

Aunque claro. Esperaba que nunca hiciera falta llegar a un extremo como ese.

–o0o–

Finalmente, llegó el día de la boda. Era el primer fin de semana de agosto, y un frío de ultratumba caía sobre Montevideo como una guillotina insaciable. La celebración se llevaría a cabo en la Ciudad Vieja.

Agustín y Tuco habían acordado pasar a buscar a Julio por su casa. Y si bien las relaciones distaban mucho de ser óptimas, Agustín planteó llevar también a Catalina y Marita. Los otros dos consintieron.

Todos quedaron asombrados con el vestido que había comprado Marita. Tuco en particular quedó boquiabierto. Se sentó a su lado en la camioneta, y no dejó de mirarla ni por un instante.

Pero la persona más asombrada aquella noche fue Catalina, cuando Abril hizo su aparición.

Las dos llevaban puesto exactamente el mismo vestido turquesa.

## IX

## Wings

La boda y la fiesta tenían lugar en la Ciudad Vieja, en una casa que estaba bastante venida a menos. La habían decorado con mucho esmero, pero el mal estado de las paredes y de los pisos era igual de deducible.

–Fue lo que conseguimos –dijo Marcelo, encogiéndose de hombros–. Los padres de Su la consiguieron a través de unos amigos que les debían un favor grande por un trámite–. Y entonces añadió: –La conseguimos gratis. Con la plata que ahorramos, vamos a disfrutar la luna de miel el triple.

Era imposible objetar nada. Todos expresaron su aprobación casi al unísono. Marcelo estaba mostrándole las instalaciones a Julio, Catalina, Tuco, Marita y Abril. Los guiaba de ambiente en ambiente.

Marita se veía sorprendentemente interesada por el entorno, y más de una vez se detuvo para tocar los relieves de las puertas y de las paredes con las palmas de sus manos, como si al hacerlo estuviera leyendo la historia escrita en ellas.

Tuco marchaba a su lado. Procuraba que no se notara, pero la seguía observando prácticamente a cada paso que daba. Catalina iba del otro lado.

Fulminaba a Abril con la mirada en todo momento. Abril no paraba de sonreír. O no notaba cómo su presencia la exacerbaba, o le era totalmente indiferente. Lo que por supuesto no hacía otra cosa que crispar aún más a Catalina.

Julio iba parado exactamente en el medio de las dos, como un marinero entre Escila y Caribdis.

Ahora habían bajado al sótano. Las paredes estaban repletas de cajas, apiladas sin ningún cuidado. Pero lo más llamativo era una caldera antiquísima que hacía un ruido ominoso. Debería estar en un museo, no en una casa. Y mucho menos encendida. Tuco fue quien la observó con más detenimiento.

–La fiesta va a estar buenísima. Dejando de lado que esta caldera va a reventar y va a volar el edificio a la mierda con todos adentro, la fiesta va a estar buenísima.

–¡Ah! ¡No! –Marita se asustó, y tomó del brazo a Catalina, buscando su protección.

–¡Imbécil! ¡No asustés a Marita! –Catalina le dio un buen coscorrón en la nuca.

Tuco sonrió y la miró de costado, como desafiándola, e invitándola a un golpe más fuerte. Al mirarla a los ojos, notó que la aversión del día que le dio la cachetada ya no se asomaba en ellos.

Un buen rato después, Catalina y Marita estaban juntas del mismo lado de la pista. El resto de sus amigos estaba disperso por el salón.

Marita había tomado asiento. Catalina estaba de pie a su lado, y no paraba de moverse. Tomaba largos tragos de un vaso de cóctel, y hablaba como si estuviera dirigiéndose a un interlocutor que ponderaba todo lo que decía, cuando la realidad era que la mitad de sus gestos y palabras tenían una cortina de satén roja desgastada como receptor.

–¡Pero qué yegua! ¡No te puedo creer que me copió el vestido! ¡Esto es guerra!

Catalina terminó su trago, y volvió a llenar el vaso sin esperar ni un segundo. Se precipitó tanto al hacerlo que derramó bastante líquido afuera. Con ésta, ya eran tres las jarras que había vaciado.

Marita estaba aún más taciturna que de costumbre.

–¡Y el pibe este! ¡El pibe este! ¡Ja! ¿Se piensa que no me di cuenta cómo le fichaba el orto a esta mina? –dijo, corroída por la furia.

Marita continuaba sin decir nada.

Catalina dejó de moverse, y la miró duramente.

–¿Y a vos se puede saber qué te pasa?

–No encuentro mi diccionario –dijo con una voz apenas audible entre la música y toda la algarabía que las rodeaba. Catalina se arrodilló a su lado, y preguntó: –¿Pero estás segura de que lo trajistes, nena?

–Sí. No lo encuentro.

–Después lo buscamos bien, seguro que lo dejastes en tu casa. Y cualquier cosa, compramos otro.

La mirada afligida que le dio Marita le hizo comprender enseguida el error de sus palabras. No era un simple libro que pudiera ser reemplazado. Ese diccionario representaba lo mejor de sí, lo mejor de un mundo que nunca pensó que hallaría. Lo que estaba en juego era lo que había marcado el inicio de su felicidad. Y eso no lo pensaba transigir.

Catalina puso su mano sobre su rodilla, y habló con toda la empatía que pudo.

–Tranqui, yo ahora vuelvo y te ayudo a encontrarlo. Voy a buscar algo más de tomar, y vuelvo, ¿dale?

Acompañó la última oración con una sonrisa y un guiño. Se levantó rápidamente, y sintió el efecto de las tres jarras que había vaciado. Le llevó unos segundos estabilizarse del todo.

Marita se quedó sentada, con las manos sobre la falda, viendo cómo se alejaba y se perdía en la multitud.

–o0o–

Mientras todo esto pasaba, Julio y Tuco estaban en el otro extremo del salón. Julio estaba de pie, con la vista fija en el gentío. No miraba a nadie en particular. Tuco ocupaba una silla a escasos centímetros. Y el tipo que se sentaba siempre solo en un rincón estaba en la mesa de atrás, con una cara de aburrimiento escandalizado.

–Te juro que no sé qué hago si salta Catalina –dijo Julio, preocupado– ¿Vos viste cómo la miraba a Abril? ¡No quiero líos!

Tuco no respondió nada. No estaba prestándole atención, se estaba entreteniendo con algo que tenía en la palma de la mano. Algo muy diminuto.

–¿Qué te pasa? ¿Qué tenés ahí?

–¡Mirá! –le respondió con una risa parecida a la de un villano de James Bond.

–¡El diccionario de Marita!

–Sí, se lo saqué cuando estábamos abajo, en el cuarto ese con la caldera a punto de detonar –dijo entre carcajadas.

–¡Loco, se va a preocupar! ¡Buscala y devolvéselo!

–Más tarde, más tarde –le respondió, riendo de igual manera.

Julio negó lentamente con la cabeza, y siguió mirando a la gente. Le hubiera gustado poder distenderse y divertirse así aunque fuera un poco, para variar.

–Oíme, voy al baño –le dijo a Tuco –. No quiero saber nada con Catalina. Si la llegás a ver y te pregunta por dónde ando le decís que no tenés ni idea.

–Ok.

–La voy a ignorar toda la noche. Hoy para mí no existe.

–Ok.

–Ta, después vuelvo.

–Ok.

Dicho esto, se marchó de su lado y comenzó a abrirse paso a través de la muchedumbre.

–o0o–

Resultó que Catalina y Julio se cruzaron en el centro mismo de la pista. Se miraron por unos segundos, y entonces cada uno siguió su camino. Pero justo en ese momento la canción “Red Red Wine” de UB40 comenzó a sonar.

Julio se dio vuelta, y le tomó la mano con torpeza.

–Ésta te gusta. Ésta siempre te gustó.

–Sí –ella habló sin girar la cabeza.

–¿Bailás?

Catalina entonces lo miró muy lentamente, como si pensamientos enormemente contradictorios se debatieran en su interior. Y tras unos segundos, le respondió acercando su cuerpo al suyo, y pasándole los brazos por encima de los hombros. Bailaron un buen rato sin que mediara palabra, hasta que Julio la pisó.

–Pelotudo.

–¿Quién es más pelotudo, el pelotudo o la que baila con el pelotudo?

Eso hizo que Catalina sonriera. Y le respondió:

–El pelotudo, sin ningún lugar a dudas.

“Red Red Wine” finalizó entonces, y fue seguida por “Corazón” de los Auténticos Decadentes.

–¡Noooooo! ¡Qué terrajada! –vociferó Catalina. Las parejas más cercanas los miraron por un instante, para luego seguir bailando, con caras de resignación. Y ellos también continuaron bailando, ahora con algo más de ritmo, todo el que la poca motricidad de Julio y lo mucho que Catalina denostaba la canción permitían.

Cuando “Corazón” alcanzaba su estribillo final, Julio continuó la conversación.

–Te felicito, estás bailando una canción terraja con un pelotudo. No parás de superarte.

–Música terraja... pelotudos... un pelotudo más pelotudo que el resto... me estoy acordando por qué ni quería venir a esta fiesta.

–Bueno, tratá de ser más tolerante –se permitió rezongarla–. No todo el mundo celebra su día especial con canciones de Guns 'n' Roses y Poison.

No terminaba de decir esas palabras cuando la siguiente canción dio inicio. Era ni más ni menos que la balada "Every Rose Has A Torn", el gran éxito de Poison. Y fue en ese instante que Julio comprendió una charla reciente en la que Susana le preguntó por las canciones favoritas de Catalina, de forma más que insistente. *Este* era el motivo.

–¡¡Wooooww!! ¡Síiiiiiiiiii! –los aullidos de Catalina seguramente rompieron la barrera del sonido.

Ahora sí, las parejas que estaban cerca se alejaron un poco.

–¿Podés llamar un poco más la atención?

–¡Callate! ¡Ahora es mi momento! ¡Woooow! ¡Síiiiiii! –Catalina le aullaba en el oído, y agitaba un puño cerrado en el aire. El resto de las parejas se alejó aún más. Los dejaron bailando solos en el centro de la pista.

–Ésta es mi canción, ¡ésta es mi canción! ¡La de la letra soy yo! –gritaba, más desaforada que nunca.

–Y decime una cosa, si se aplica tanto a vos la letra, si es tan cierto que toda rosa tiene espinas. ¿Por qué no se aplica a los demás?

Catalina guardó un silencio tan repentino que pareció como si la hubieran amordazado, especialmente después de lo exaltada y poseída que se acababa de mostrar.

–¿Por qué todos tienen que tolerar tus defectos, y aceptar todo lo que hacés mal si vos no les dejás pasar ni una?

Catalina no le dijo nada. Pero lo abrazó con fuerza. Julio continuó hablándole al oído, luego de armarse de valor.

–¿Vos sabés lo mal que me hace estar peleado contigo?

Catalina seguía sin hablar, pero había comenzado a recorrer su espalda con sus brazos, como quien busca la mejor forma de aferrarse a una verdad que perdió varias veces, y que ya no quiere perder jamás.

–Las cosas que hacés lastiman a todos. Lastiman al resto, te lastiman a vos. Y me lastiman a mí más que a nadie.

Fue entonces que Catalina habló. No hacerlo llegados a ese punto era pecar de la cobardía que siempre le achacaba a él.

–Yo te...

No pudo decir nada más. La explosión estremeció el edificio entero, desencadenando la más irracional de las pesadillas.

–o0o–

–¡¿Pero qué mierda pasó?! ¡¿Qué mierda fue eso?!

La música se había detenido. Muchas de las parejas que estaban bailando en la pista habían caído al piso. Las personas que estaban sentadas en las mesas se habían sujetado a ellas instintivamente.

Agustín fue quien salió primero al pasillo. Y volvió enseguida, gritando:

–¡Fuego! ¡Hay fuego! ¡Hay fuego!

Los gritos de calma que dieron algunos fueron ignorados por la muchedumbre, que se abalanzó al pasillo, y luego a las escaleras.

El humo estaba subiendo desde el sótano, contaminándolo todo con un hedor a muerte.

Julio, Catalina, Tuco y Agustín fueron de los últimos en salir. Una vez en la calle, Catalina se abrazó a Julio. Estaba temblando. Julio también sentía pavor, pero ver a Catalina tan asustada hizo que fuera fuerte. Agustín tosía de forma cada vez más violenta.

Tuco miraba para todos lados. Corría un par de metros en cada dirección, apartando personas de su camino. Y gritaba solo un nombre.

–¡Marita! ¡Marita! ¡Marita! Desesperado, volvió junto a sus amigos.

–¿Marita? ¿!Dónde está Marita!? ¡No está en ningún lado! Apartó a Catalina de los brazos de Julio, apremiante.

–¿Dónde la viste por última vez?

–No sé... no... ¡no me acuerdo!

La tomó de los hombros, y la zarandeó.

–¡Acordate! ¡Pensá! ¡Acordate!

Catalina cerró los ojos, sollozando.

–Estaba... estaba buscando su diccionario.

Al oír esas palabras, Tuco dejó de ceñirla. La dejó libre como quien soltaría una piedra incandescente que ha tomado con toda su mano por error y dio varios pasos atrás, sujetándose la cabeza. Miró al edificio, a la puerta por donde salía un humo cada vez más espeso.

Al lugar donde alguien tan frágil y pequeña como Marita debía estar.

Agustín ahora estaba recostado sobre su espalda, con ambas manos en el pecho mientras luchaba por llevar aire a sus pulmones.

Fue Julio quien habló.

–Vamos...

Tuco lo miró, como si nada de lo que ocurría fuera real.

–¡Vamos, carajo! –Julio empezó a correr de vuelta dentro del edificio. Tuco hizo lo mismo, y lo rebasó en segundos.

Recién entonces Catalina reaccionó.

–¡Yo voy tam... –

–¡TE QUEDÁS AHÍ! –Catalina se frenó en seco. Era la primera vez en su vida que Julio levantaba la voz. Nunca lo había escuchado gritarle a nadie. Y mucho menos a ella.

Julio corrió detrás de Tuco, dentro de ese edificio en llamas.

–Julio... Julio... –Catalina cayó de rodillas, con sus ojos clavados en la espalda de Julio que desaparecía en ese edificio en llamas.

–¡¡Julio!! –gritó con la voz destrozada, y en ese solo grito libró todas las angustias y miedos que nunca se había animado a enseñarle a nadie.

–o0o–

–¡Marita! ¡Marita! –ambos la llamaban al tope de sus voces, entre los choques de las llamas y un humo que no permitía ver más allá de unos pocos metros en cualquier dirección. Era como si hubieran descendido al averno mismo.

–¡La puta madre! –Tuco se separó de Julio, y se adentró en la zona donde el humo recrudecía más. Casi enseguida, Julio dio un grito lastimoso.

–¡Tuco! ¡Vení!

Tuco acudió al llamado. Y cuando vio lo que Julio había encontrado, fue como recibir una estocada en el corazón.

Marita estaba atrapada debajo de una columna que se había desplomado.

Era espantoso. No se movía.

Ambos se arrodillaron a su lado.

Julio se llevó las manos a la cabeza, desesperado. Era imposible que movieran esa columna por sí solos.

Tuco se pasó la mano por la cara, y habló con una voz que vibraba con adrenalina.

–¡Julio...!

No le respondió. Estaba temblando.

–¡Julio! –vociferó como un poseso –. Voy a levantar esto... ¡Vos tenés que agarrar a Marita!

Julio asintió, de forma más bien vacilante. Sabía que la realización de lo que decía Tuco era algo impensable. Una persona sola nunca podría mover esa columna, sería necesaria lo fuerza de un coloso. Pero no se le ocurría qué otra cosa decir o hacer. El infierno que los rodeaba podía engullirlos de un momento a otro. Así que asintió, y sujetó el brazo de Marita que estaba libre.

Tuco se desplazó al extremo de la columna caída, y colocó ambas manos debajo de ella. Cerró los ojos. Y gritó.

Julio se estremeció. Nunca había escuchado algo tan feroz en su vida.

Y muy lentamente, la columna empezó a elevarse.

Julio no podía creerlo. Cuando Tuco la hubo levantado lo suficiente, jaló de Marita con todas sus fuerzas, hasta tenerla en sus brazos.

Al ver que estaba libre, Tuco dio un último grito y dejó caer la columna. Él también cayó a su lado, y de inmediato comenzó a sujetarse el brazo derecho. Se retorcía de dolor, pero en cuestión de segundos se recompuso, y gritó:

–¡¿La tenés?!

–¡La tengo! ¡La tengo!

–¡Vamonós! ¡Vamonós!

Los dos comenzaron a correr lado a lado hacia la escalera, en el otro extremo de la habitación.

Solo que Tuco llegó mucho antes. Al alcanzar los pies de la escalera, notó que Julio ya no estaba con él. Miró hacia atrás frenéticamente, pero el humo ya no dejaba ver nada.

Julio venía corriendo con Marita en sus brazos. Lo separaban solo unos metros de Tuco. Pero repentinamente detuvo su carrera, como si una fuerza invisible lo hubiera frenado.

En ese preciso instante, una llamarada enorme se cruzó frente a sus ojos.

De no haberse detenido, esa barrera de fuego lo hubiera devorado por completo.

Se había salvado de milagro. Pero ya no podría salir por ese camino. Y esa era la única forma de abandonar el sótano que conocía.

Con una Marita que no se movía en absoluto en sus brazos, Julio cerró los ojos, en el medio de esa habitación en llamas.

Su corazón comenzó a latir de forma extraña.

No rápido, ni lento.

De forma extraña.

Una voz lo comenzó a llamar entre el batir enajenado de las llamas.

Y Julio ya no vio nada más.

–o0o–

Una luz lo enceguenció ni bien abrió los ojos. Primero uno, después el otro. Y entonces, la luz se apagó con la misma prontitud que se había encendido.

¿Dónde estaba? Hacía frío. Algo le sujetaba el cuello. No podía mirar para los costados. Sentía manos heladas sobre él.

"¡Atiéndanlos a ellos! ¡Yo juego rugby, ya me hice mierda el brazo antes!"

Ese era Tuco. Se oía furioso. Cuando se salía de sus casillas daba miedo, pensó Julio.

"¡Julio! ¡Julio!" Esa era Catalina. Sonaba aterrada. Era raro escucharla así, pensó él. Después le haría alguna broma al respecto.

Todas esas voces estaban cerca.

Todos sus amigos estaban

cerca.

Y también había una voz que le preguntaba incesantemente cómo estaba.

–¿Puede oírme? ¿Me escucha? ¿Cómo se llama?

Qué voz tan hosca. Esa no la conocía.

Era uno de varios paramédicos que lo estaban socorriendo.

Y entonces, Julio pensó en la voz que había escuchado dentro del edificio en llamas. Y su cuerpo se estremeció.

–Mi madre... –murmuró.

–¡¿Qué?! –gritó el paramédico, al ver que finalmente reaccionaba.

–Era la voz de mi madre –. Lo dijo, como si estuviera hablando consigo mismo, en un tono inteligible para cualquier otra persona. Y luego, miró ese tropel de estrellas que corría como un río por el cielo.

Todas esas candelas en el rostro de la noche. Todas brillaban como si se hubieran encendido desde hacía siglos, y no fueran a apagarse hasta el final de los tiempos.

Recostado en el medio de ese frío pavimento, Julio buscó esa que para él brillaba más que todas las demás juntas.

"¿Dónde está?".

No la veía.

"¿Dónde *estás*?".

Fue lo último en que pensó cuando cerró los ojos, y la oscuridad volvió a rodearlo, entre las voces cada vez más urgentes de los paramédicos, y los gritos arrolladores de Catalina.

–o0o–

El olor. El olor fue lo primero que azotó sus sentidos, como un flagelo.

Era tan pulcro que lo hizo pensar en cosas moribundas.

Estaba en un hospital. Tenía una mascarilla sobre la boca. Quiso moverse, cuando alguien lo sostuvo. Era su padre. Lo sostuvo, y le dijo:

–¡Tranquilo! No te levantes...

¿Qué... dónde... por qué... cuándo...? No solo no podía hablar por la mascarilla.

Tampoco podía pensar con claridad. Sentía como si le hubieran derramado fuego por la garganta. Tosió.

–¡No hablés! Estás bien, en el hospital. ¡Tranquilo! Estás bien– dijo Rogelio, sujetando su mano con fuerza por un instante, y apartándose luego del camino para que una enfermera lo pudiera examinar.

Julio miró a su padre mientras lo hacía.

–Estás bien. Estás bien –le repitió.

Pero todo lo que Julio sabía en ese momento es que tenía muchas ganas de llorar.

–o0o–

Era cierto.

Estaba bien.

Había logrado salir de aquella habitación en llamas con Marita en brazos. Su padre le contó lo que había ocurrido.

–Había otra puerta. Atrás de unas cajas, había otra puerta. ¿Cómo la encontraste? ¿Cómo supiste que estaba ahí?

Julio no supo qué responder. Era como si lo ocurrido dentro de esa habitación a partir de cierto momento estuviera obturado.

De algún modo, había logrado salir de aquel sótano con Marita en brazos.

¡Marita!

–¿Marita...? –no debía hablar, pero lo hizo igual. Se arrancó la mascarilla, y pronunció su nombre con dificultad.

Su padre cerró los ojos. Y los abrió con un pesar enorme.

–o0o–

La habitación de Marita estaba varios pisos debajo. Los que no estaban montando guardia en la puerta, estaban por otras partes del hospi- tal, en vigilia. Los padres de Tuco estaban siempre con sus abuelos. Eran dos personas muy ancianas, con unas expresiones de cariño enormes en sus rostros, y profundamente unidas.

El pronóstico era nefasto.

Sus vértebras se habían dislocado tanto que Marita ya no podría mover ni los brazos, ni las piernas.

El día después del accidente, luego de que le enyesaran el brazo, Tuco volvió un instante a su casa. Su padre lo llevó en el auto. Tuco se estaba esforzando por ser fuerte, pero sus ojos podrían cerrarse en un mar de dolor, y nunca volver a ver la superficie de la vida.

De vuelta en su habitación, miró el disco que ella le había regalado, y lo tomó con la mano que no estaba enyesada. Lo palpó como si fuera el último recuerdo de Marita que tendría, y lo dejó sobre la mesa.

Dio un par de pasos en blanco, y puso esa misma mano en el bolsillo.

Al hacerlo, se encontró con el diccionario de Marita.

Se tapó el rostro, y se dejó caer al piso como si en ese instante renunciara a todo.

Y dijo, consumido por la clase de lágrimas que son el origen y el centro de toda carencia:

–Vos… sos vos… Sos vos la que está en todos lados.

–o0o–

Ya había transcurrido más de una semana.

Esa noche, Tuco y Susana estaban a un lado de la cama de Marita. Ella estaba en una poltrona reclinable de cuero marrón, pasando las hojas de un suplemento dominical de la semana anterior. Era lo único que tenía a mano. Tuco miraba la pared, sentado en una silla que cojeaba de una pata. Por momentos, sus ojos se cerraban y su mentón se vencía sobre su pecho. Pero se quedaba así solo por unos pocos de segundos. No quería permitirse dormir. Agustín estaba recostado contra la ventana, mirando a través del cristal empañado cómo las nubes navegaban por la oscuridad estrellada.

Marita tenía la mirada fija en el techo, ahíta de emociones y de pensamientos. Su diccionario estaba en la mesa de luz.

Abril entró a la habitación entonces.

Caminó directo hacia Marita. Se inclinó sobre su cama, y le dio un largo beso en la frente. Las luces titilaron fuertemente por unos instantes, y una única lágrima rodó por la mejilla de Marita. En ningún momento dejó de mirar al techo. Tuco seguía contemplando a la pared. Susana se concentraba en su revista.

Agustín continuaba mirando por la ventana.

Abril entonces se enderezó, observó a Marita del mismo modo que la vida miraría a la felicidad, y abandonó la sala.

Tuco seguía mirando la pared, extenuado. Susana continuaba ocupada con su revista. Agustín todavía miraba por la ventana.

Marita seguía con la vista detenida en el techo.

Abril salió al pasillo. Empezó a recorrerlo cuando repentinamente se detuvo, y volvió la cabeza. El tipo que se sentaba siempre solo en el rincón estaba en uno de los sillones del fondo, mirándola con intensidad, como quien nota algo que no está en su sitio. Se incorporó.

Abril lo miró fijamente. Sus ojos parecían haberse vuelto más azules que antes. Este hombre arqueó las cejas y miró al piso, como si necesitara recordar que estaba de pie. Luego observó sus manos, como si no recordara para qué servían. Y entonces, volvió a mirar en dirección a Abril.

Al hacerlo, ya había desaparecido.

Unos quince minutos después, trajeron la bandeja con la cena para Marita. Le tocaba alimentarla a Susana. Tuco se puso de pie, y se desplazó

hasta los pies de la cama. Repentinamente, Marita estaba mucho más animada. Preguntó por Julio. Y Tuco se animó a hacer un chiste:

–Se fue a vender todos tus libros de Thomas Hardy a la feria. Dijo que ya no los vas a necesitar.

–¡Tarado! –gritó ella, a la vez que recogió el diccionario de la mesita, se lo tiró, y le dio de lleno en la cara.

Tuco dio un paso hacia atrás.

Marita recogió el diccionario de la mesa de luz.

Marita recogió el diccionario de la mesa de luz, y se lo tiró.

Marita recogió el diccionario de la mesa de luz, y se lo tiró, y lo

golpeó con la fuerza necesaria para hacerlo retroceder.

–Me... me puedo... ¡me puedo mover! –Marita levantó ambos brazos, y agitó sus manos en el aire– ¡Me puedo mover!

Todos quedaron boquiabiertos. Una total estupefacción descendió sobre la sala, y en cuestión de segundos todo fue gritos y euforia.

–o0o–

Unos pisos más arriba, Rogelio estaba sentado a un lado de la cama de Julio. Ambos dormían. En el instante que Abril besó a Marita en la frente, despertaron. Más que abrir los ojos como si hubieran estado durmiendo, lo hicieron como quien se despierta de una realidad. Fue muy extraño.

Se miraron.

Ambos habían tenido el mismo sueño.

Lucía se despertó de igual manera. Estaba en casa, en la habitación de Rogelio. Virginia estaba llorando mucho, así que para tranquilizarla aunque sea un poco la había acostado con ella en la cama de papá.

También se había despertado de una manera desconcertante. Se sentó en la cama, y dio una mirada circular hasta que corroboró que estaba en el cuarto de su padre, en su hogar. Y Virginia también estaba despierta.

–¿Vicky? –al igual que ella, Virginia se había sentado en la cama. Pero parecía estar despierta desde hacía mucho más rato.

Estaba mirando por la ventana.

–¿Vicky? ¿Qué pasa?

Sin decir nada, Virginia señaló hacia arriba con el dedo índice.

Lucía entonces se dio cuenta. Virginia no estaba mirando a través de la ventana. Estaba mirando a *la* ventana, a uno de los paneles superiores, uno de los que estaban casi pegados al cielorraso. Lejos del alcance de cualquiera.

Había un corazón dibujado en el cristal empañado.

–o0o–

Agustín le dio la noticia a Julio y a su padre. Ni siquiera esperó al ascensor; al ver que demoraba, se precipitó escaleras abajo, y entró a la habitación como la luz de un relámpago.

Lo súbito de su aparición hizo que temieran lo peor. Pero cuando les relató lo ocurrido, Julio se cubrió el rostro con las manos, colmado de emoción. Y su padre lo abrazó, luego de cerrar los ojos y alzar mucho la cabeza.

No era lógico. No tenía sentido alguno que Marita recobrara la movilidad luego del daño sufrido.

Había sido un milagro. Un verdadero milagro.

Agustín dijo que iba a dejarlos solos, y cuando estaba por salir de la habitación, el grito de Julio lo detuvo.

–¡Avísenle a todos! –levantó la voz sin importarle lo mucho que la garganta le doliera por hacerlo luego.

–¡Sí, obvio! –dijo Agustín, dándose vuelta bajo el marco de la puerta.

–¿Le avisaron a Marcelo? ¿Le avisaron a Susana?

–¡Sí!

–¿Le avisaron a…? –Julio calló, y miró hacia un costado, como si buscara la ayuda de un apuntador que le pasara las palabras que lo estaban eludiendo.

–¿A quién? –preguntó Agustín.

–Le avisaron a… a…

–¿A quién, Julio? –lo miraba como se mira la tapa de un libro escrito en un idioma desconocido.

–A nadie –dijo finalmente, agitando la mano en el aire, como si estuviera disipando humo. Su expresión se había transformado en un abrir y cerrar de ojos– A nadie…–repitió en un murmullo.

Agustín asintió con cara de poco convencimiento, y salió de la habitación seguido de Rogelio, quien sacaba el celular para llamar a sus hijas.

Julio se quedó solo.

Algo no estaba bien.

Seguía agitando la mano, ahora como si le estuviera diciendo "adiós" a alguien.

Súbitamente, dejó caer su espalda contra el colchón, como si no hubiera dormido ni un segundo desde que lo internaran,

Se quedó siguiendo las líneas en el techo blanco de la sala con la mirada.

No podía cerrar los ojos. Algo no estaba bien.

–o0o–

Dos semanas después, llegó el temido parcial de la Práctica Profesional sobre seguros.

Tuco había visitado a Marita cada día desde que la internaran. Y seguiría haciéndolo hasta que le dieran el alta.

Estudiaba con ella en el hospital, y hablaban hasta que terminaba el horario de visita. Y a veces, un buen rato más.

En el parcial, obtuvo un nueve. Fue la nota más alta aquel día, y la nota más alta que obtendría en toda su carrera universitaria.

Volvió a casa sintiéndose como un soldado que no conoce el miedo, y llamó a Marita. Hablaron por más de una hora. Este nueve le aseguraba que podría exonerar la materia a fin de año.

Y algo aún más importante.

Le aseguraba que finalmente se podría recibir.

Cuando ya llevaban unos cuarenta minutos hablando, Tuco se puso a ordenar su habitación. El escritorio estaba lleno de textos del Taller de Lengua, la otra asignatura de cuarto año que cursaba. Estaban todos apilados, y Tuco los recogió sin prestarles mucha atención. Pero cuando los estaba guardando, empezó a leer uno de ellos.

Era un poema de Longfellow titulado "Un Día de Abril".

No recordaba que lo hubieran estudiado en clase. No lograba identificarlo en absoluto.

Se quedó mirando la palabra "Abril" como si significara algo más.

Se terminó convenciendo a sí mismo de que no. Y concluyó que era un texto que habían fotocopiado, y que nunca dieron en clase.

No significaba nada.
No podía significar nada.
Tuco no pensó más en ello.

–o0o–

Julio estaba sentado en uno de los bancos del pasaje que une la Universidad de la República con la Biblioteca Nacional.

Después de mucho tiempo, la fuente que estaba en el centro de ese corredor volvía a tener agua.

El día se oscureció repentinamente, como si alguien hubiera pateado una alfombra de cenizas sobre el cielo. Y una lluvia violenta como el fuego del fin del mundo arrasó con todo.

Julio corrió lo más rápido que pudo, y entró al edificio de la Facultad de Artes por la puerta de Guayabo. A pesar de que solo estaba a media cuadra, la lluvia caía con una intensidad tal que lo bañó de pies a cabeza en esa brevísima distancia.

No había nadie en portería. Eso le resultó llamativo. Pero no tanto como el hecho de que ni la mitad de las luces estuvieran encendidas.

El edificio tenía un aspecto un tanto agobiante, y Julio sentía la lluvia golpear las ventanas con una antipatía cada vez mayor mientras subía las escaleras.

Cuando iba por la mitad del primer pasillo, un relámpago transfiguró el cielo, y llenó el corredor de luz. Julio se detuvo, y miró al costado. Se encontró con una cartelera de la Escuela Universitaria de Música. Y al verla, recordó parte de una canción. Era de una banda que le gustaba mucho, una estrofa terminaba con “si te encuentro”. Pero solo recordó ese fragmento de la letra. Por más que pensó, por más asociaciones que hizo no logró recordar el nombre de la banda, y mucho menos del tema.

Pensó en ello toda la clase. No pudo concentrarse en ninguna otra cosa.

Al volver a casa, se dirigió sin dilaciones hacia su cuarto, hacia la repisa donde sus queridos cómics de la infancia ahora coexistían junto a una torre de álbumes de rock nacional. Su mano se movió como repitiendo un gesto heredado hacia los discos de Sordromo, que ahora estaban abajo del todo, en la base de la pila.

Extrajo "Aquí... Ahora...", y sacó el disco de la caja. Lo colocó en la bandeja de forma precipitada, seleccionó el segundo tema y le dio al botón de reproducción con uno de sus nudillos.

"Lejos De Mí" comenzó a sonar.

Julio la escuchó de pie, como quien escucha el sonido de la lluvia azotando un río que no corre hacia el infinito de ningún mar.

Y cuando llegó la parte que decía "será tarde para ver si te encuentro", Julio comenzó a transpirar. Un sudor frío le bañó todo el cuerpo. Tuvo que sentarse en la cama, con la mano derecha en su frente.

Algo no estaba bien.

Definitivamente, algo no estaba bien.

–o0o–

–La traducción más natural para "transportista".

El profesor recorrió el salón con la mirada. Nada. Nadie respondió. Faltaban solo dos semanas para la prueba final de Práctica Profesional II. Ésta consistía en un repaso de toda la asignatura.

–La traducción más natural para "transportista".

Repitió la pregunta, con un tono mucho más adusto. No quería fustigarlos, pero esto lo enervaba.

–¿Será posible que tendremos el último interno en tres semanas y nadie tiene claro ese concepto?

–"Shipper".

El profesor miró a la derecha, al sector del que provino la voz. Julio fue quien habló, para sorpresa de todos. No era alguien dado a intervenir en clase. De hecho, esta era la primera vez en todo el año que participaba sin haber sido interrogado directamente. Y faltaba solo un mes para terminar las clases.

Miraba fijamente al suelo. Su mente parecía estar en otra parte.

–¿Y la traducción de "adecuación al fin"? – inquirió el profesor, tras acercarse unos metros a él.

–"Fitness for purpose" – a pesar de que se había entablado un diálogo, Julio seguía cabizbajo, con un gesto de alienación en el rostro.

–¿Y el verbo que se emplea para la...

–"Surrender".

El profesor lo contempló, sorprendido. ¿Cómo podía saber la respuesta antes de que la pregunta fuera formulada? Y antes de que pudiera salir de su asombro, Julio volvió a hablar. Lo hizo con la vista detenida en el asiento vacío que tenía a su lado:

–No es ni “give”, ni “hand over”. El verbo para la entrega de la mercadería es “surrender”.

Observó entonces al profesor, y luego al resto de sus compañeros. En sus ojos se reflejaba una angustia que no se podía borrar.

–“Surrender”… el verbo es “surrender” –dijo con cansancio. Y agregó: –Discúlpeme.

Julio se levantó repentinamente, y atravesó el salón dando pasos cada vez más veloces. Dejó la puerta entreabierta cuando salió.

Avanzó por el pasillo desierto, sin rumbo fijo. Miraba dentro de cada salón. Sus pisadas ahora eran mucho más lentas, y por momentos casi no levantaba los pies al andar.

Sintió una mano muy grande en su hombro. Miró hacia atrás.

Era Tuco. Lo había seguido afuera, junto con Catalina.

–Loco, ¿qué te pasa? –le preguntó tras darlo vuelta con cuidado, y dejarlo de frente. Puso ambas manos en sus hombros.

Julio lo miraba a los ojos, pero lo hacía como si estuviera mirando dentro de un abismo sin fin.

–¿Pero qué te pasa? –repitió Tuco.

Julio no dijo nada. Solo negó con la cabeza.

Catalina se acercó entonces. Le sujetó uno de sus brazos con delicadeza, y le habló como se le habla a un recién nacido que está llorando para tranquilizarlo.

–Vení, vamos a la cafetería.

Catalina le pasó el brazo por encima del hombro, y comenzó a guiar sus pasos.

Tuco se quedó parado en el pasillo, viendo cómo se alejaban. Y luego de pensarlo unos segundos, avanzó hacia ellos.

–¡Julio!

Catalina y Julio se detuvieron, y Tuco lo abrazó con todas sus fuerzas. Le habló al oído.

–No sé qué mierda te pasa, pero lo vamos a arreglar, ¿me oíste, loco? Lo vamos a arreglar.

Julio se aferró a él, a esa espalda que había aprendido a llevar un peso enorme sobre ella sin doblarse, y mucho menos quebrarse.

Catalina y Julio entonces siguieron su camino, y Tuco regresó al salón. Mientras caminaba, veía sus reflejos en uno de los ventanales. Sus imágenes estaban como oscurecidas por la agonía de la noche. Reinaba un silencio similar al de labios que han olvidado todas las respuestas que una vez supieron besar. Las carreras artísticas habían acabado la semana ante- rior, y los instrumentos que siempre llenaban los pasillos a toda hora ya no se dejaban sentir. Los jueves siempre sonaban unos fliscornos que hacían que todos se detuvieran al subir las escaleras, como si sus melodías ejercieran un hechizo sobre personas que saben que la magia existe, pero que nunca la habían experimentado.

Ahora todo era una quietud cortante.

Y Tuco pensó en la frase de Keith Richards que dice “en el medio de la nada se encuentra casi todo” mientras giraba el picaporte.

Tuco sabía lo que sentía Julio.

Sabía que faltaba algo.

No entendía bien qué, pero algo le decía que era preferible no pensar en eso. Que de hacerlo, tan solo encontraría algo inmortalmente triste.

Y no pensaba en eso.

Pero eso seguía existiendo igual, del mismo modo que la realidad sigue existiendo aunque alguien se rehúse a abrir los ojos.

–o0o–

Julio y Catalina se quedaron juntos en la cafetería hasta que cerró.

Catalina ahora estaba menos distante. Y mucho, mucho menos distinta al resto.

Julio se sentía más relajado cuando volvió a casa. Le pareció un buen momento para comenzar a estudiar, y preparar el último interno de la Práctica. Buscó el primero de los tres cuadernos que había usado a lo largo del año, en los cajones de la mesita donde tenía el equipo de música.

Lo abrió en una de las primeras hojas. Y algo cayó al piso. Era la caricatura que Tuco había hecho varios meses atrás. La recogió, y la miró con alegría. Ya la había olvidado.

Estaban Marcelo, Susana, Tuco, Marita, Catalina y él.

Pero también había alguien más. Por un instante, había alguien más en ese dibujo.

Era una muchacha. Y Julio sintió esa clase de terror que nos asalta cuando algo que debiera ser cotidiano se nos revela como irreal. Catalina estaba a su izquierda, y esta muchacha a su derecha.

Pero su imagen desapareció enseguida, como si fuera un espejismo. Se borró del dibujo. Y a su lado solo quedó un espacio vacío, un espacio que no resultaba lógico que estuviera vacante.

Se llevó la mano que tenía libre a la cara. Las lágrimas le alcanzaron la boca en segundos, y sintió como un vacío en el estómago. Y dijo, con la voz tan quebrada como su alma:

–Vos... vos... estabas ahí...

Se vino abajo. Ahora se sujetaba la cabeza con ambas manos, como si tuviera que comprobar que no la había perdido. Porque eso era lo que sentía, entre las lágrimas que lo desfiguraban y el corazón que le latía como si tuviera algo atravesándolo.

Ya no podía más.

–o0o–

El día siguiente no logró levantarse de su cama. Despertó con una noción del tiempo y del espacio distorsionada por completo.

No sabía dónde quería estar. Pero seguro que no quería despertar sintiéndose así ni una vez más.

Y para detener lo que le estaba ocurriendo, sentía que él necesitaba detenerse primero. Y eso haría.

Citó al profesor el lunes, media hora antes en el salón de las Prácticas Profesionales, en el piso superior de la Facultad de Artes. Los alumnos de cuarto tenían su Práctica los martes y los jueves, mientras que los de tercero los lunes y los miércoles.

No pensaba abandonar. Eso sería un desacierto. Solo quería tiempo. El próximo año recusaría todas estas asignaturas, y se recibiría. Pero ahora mismo, tenía que hacer un paréntesis.

Llegó temprano al salón, y se quedó de pie frente de la mesa del profesor. Posó su mirada en el lugar que ocupaba siempre, en el costado de la clase, bajo esos ventanales que daban a una ciudad de sueños profundos. Y en ese instante se percató de que había algo en el banco de al lado. Se acercó a ver qué era.

Para su sorpresa, era un CD.

"Los Amigos Invisibles."

El disco que le faltaba de Sordromo.

"Pero ¿qué hace esto acá?", pensó.

Lo recogió. Y entonces

la casa en la que creció – el barrio y sus tradiciones – su madre y su sonrisa capaz de enviar amor aún desde el final más abrupto – su padre y su rostro jovial – Lucía y su energía sempiterna – Virginia y su ternura infinita – Catalina – Catalina – Catalina – fue feliz con Catalina – se enojó con Catalina – quiso muchísimo a Catalina – Tuco y su desenfado – Tuco y cómo aprendió a abrir su corazón – Marita y las sonrisas que había guardado toda su vida – Agustín y su mirada heráldica, que le hablaba a las personas como un temporal al viento – Marcelo y todo lo que estaba bien – Susana y todo lo que estaba aún mejor – todos ellos – toda esta carrera – toda esta vida

relampagueó en su mente. Todo eso relampagueó en su mente. Y pasó a sentirse fuerte y decidido como quien encuentra la forma para que su pasado y su futuro empiecen y terminen en un mismo horizonte.

La puerta del salón se abrió con elegancia. Era el profesor.

–Buenas tardes, ¿Se encuentra mejor, Bernárdez?

Julio asintió, con una precisión marcial.

–¿Para que me citó?

Julio cerró el puño de la mano. Y habló con una propiedad que no conocía en sí.

–Un doce.

–¿Disculpe?

–Un doce. Voy a sacar un doce en el último interno.

El profesor lo estudió con la mirada. Había algo muy llamativo no solo en su voz y en sus ojos, sino también en su postura. Era difícil de explicar, pero Julio repentinamente parecía haberse vuelto un gigante.

–Nunca nadie obtuvo esa nota –le dijo desde donde estaba parado.

–Yo voy a ser el primero.

El profesor colocó su sombrero y su abrigo en el perchero, y caminó hasta su mesa. Julio lo miraba, con la espalda muy recta.

–¿Por qué quiere hacerlo?

–Por todos.

–Hágalo por usted –le advirtió–. Usted tiene un deber consigo mismo.

–Yo soy yo, y toda la gente que me quiere, y que yo quiero con toda mi alma. Ellos me crean con su cariño, yo los creo con el mío. Y lo que haga por mí, lo hago también por todos ellos. Ellos son la mejor parte de mí, yo soy la mejor parte de ellos.

Julio transmitía algo electrizante.

–¿Dónde aprendió eso?

Julio miró alrededor, deteniéndose en los lugares que ocupaban cada uno de sus compañeros cuando estaban ahí, en ese salón. Luego, contempló al profesor. Y habló de forma tan rotunda que sus palabras sonaron como si se hubieran estado formado en su cabeza una vida entera.

–Lo aprendo cada día. Cada vez que veo a mi familia, a mis amigos y a toda la gente que me hace valorar lo que tengo, lo aprendo cada vez un poco mejor.

El anciano asintió durante toda la última parte de su discurso. Y dijo:

–Nunca olvide eso, Bernárdez.

Julio entonces cerró los ojos, y sonrió como si estuviera en un estado de gracia total. Acto seguido, comenzó a caminar hacia la puerta. El profesor se quedó de pie a un lado de su silla, y colocó la mano derecha sobre el respaldo.

–El año que viene habrá un llamado a concurso. Se necesitan adjuntos para todas las asignaturas de la carrera, ésta incluida.

Julio se detuvo, y volteó su cuerpo.

–Entiendo.

–Lo veo mañana.

–Sí.

El profesor ocupó su lugar. Empezó a darle golpecitos con el dedo índice a la mesa. Él fue uno de los fundadores de la carrera de Traductorado Público, en la década del 50. Mucho había ocurrido desde aquel entonces, suficiente para poner en pugna la dedicación del más devoto.

Él lo recordaba todo, cada incidente que lo hizo distanciarse de la carrera que él mismo estableció, cada desilusión con la que fue embestido por el sistema. Y cómo cada vez encontraba la determinación y los motivos para regresar, y formar una nueva generación de profesionales, no desde el odio sino desde el amor más noble.

Pero ya estaba cansado.

Pocos sabían que pensaba jubilarse ese mismo año.

Y en ese momento, se dio cuenta.

“Todavía hay gente que cree”.

Los dos primeros alumnos de Práctica Profesional I llegaron entonces, y se sentaron. Eran un chico y una chica. Curiosamente, el chico se sentó en la silla que Julio siempre ocupaba en el salón, y la chica se sentó a su lado. Estuvieron charlando entre sí, hasta que el muchacho miró al profesor, y le dijo a la chica en un susurro:

–¿El viejo...? ¿El viejo está sonriendo?

–¡Está sonriendo! ¿Qué pasó acá? –replicó ella,

incrédula. Efectivamente. El profesor estaba sonriendo.

Y todo el gris que algunas veces le enturbiaba la mirada se había disuelto como lo hace un mal sueño en la plenitud del día.

## X

## Snow Is Gone

El doce que Julio obtuvo en el parcial final de la Práctica determinó que tuviera el mejor promedio ese año, y que fuera el orador en la ceremonia de entrega de títulos, a fines de febrero de 2006.

Pensaba en escribir un discurso, pero plasmar en palabras tantos sentimientos y vivencias se le hizo imposible.

Y además, había otra cosa que últimamente no se podía sacar de la cabeza, y que le ocupaba gran parte de su tiempo.

El día antes de la ceremonia había salido al balcón a pensar un enfoque general para su charla, cuando Lucía le hizo compañía. El año pasado por estas fechas se había quebrado por completo. Ahora, estaba más íntegra que nunca. Y había notado que su hermano estaba preocupado por algo. Le preguntó qué pasaba.

Julio le respondió con total franqueza.

–Lu, esto no te lo dije nunca, y no sé porqué te lo digo ahora, pero… el día que Marita se recuperó, papá y yo tuvimos el mismo sueño en el hospital. Estos días pensé un montón en eso. Y no sé por qué, no tengo idea. Ni por qué siento que ahora te lo quiero contar.

–Alas. Alas blancas.

Julio la miró estupefacto.

–Alas blancas. Se movían más y más rápido. Y al final, desaparecían en una luz muy brillante.

–¿Vos… vos también soñaste con eso?

–Yo, y Virginia. Y estos días yo también pensaba pila en eso.

Julio se quedó muy reflexivo. Y habló recién al término de varios minutos.

–¿No sentís.... no sentís como que hay algo que no está bien? –dijo mirando al cielo. E hizo una nueva pausa, muy pronunciada–. ¿Cómo que nos falta algo importante?

Lucía también miró el cielo, como si la respuesta estuviera ahí, y en ningún otro lado.

–No sé... en realidad... creo que no nos falta algo importante. Creo que lo tenemos. Creo que lo tenemos, para siempre.

Su expresión cambió súbitamente al pronunciar esas palabras, como si ella misma se sorprendiera por lo que había dicho. Y agregó:

–Hay algo que no está bien... pero no nos falta nada.

–No nos falta nada –corroboró Julio, como quien dice “amén”.

Lucía recostó su cabeza sobre su hombro, y los dos se quedaron mirando el firmamento como si cada estrella fuera un deseo que pudieran pedir.

–Te quiero, hermanito.

Julio le puso la mano en la cabeza, y la meció un poco de atrás para adelante. Lucía sonrió, y dijo:

–Nos cuidastes. A todos. Sin vos, no sé qué nos pasaba.

–Todos nos cuidamos. Todos nos cuidamos entre nosotros.

–No nos falta nada –dijo Julio por última vez, mientras los dos se daban vuelta y entraban al comedor.

–A mí también me cuidaste.

Catalina se había asomado a su balcón. Al verla, Julio se quedó donde estaba, mientras Lucía entraba a la casa.

Julio se sentó en el alféizar de su ventana.

Catalina se recostó contra la baranda, y encendió un cigarrillo.

Los dos se quedaron un buen rato afuera.

Y esta vez, no dejaron de mirarse ni por un segundo.

La estrella que más brillaba en el cielo seguía ahí.

Pero Julio y Catalina ya no necesitaron mirar al cielo para recordar quienes eran, y por qué estaban donde estaban.

Solo tenían que mirarse el uno al otro.

–o0o–

El discurso de Julio terminó girando en torno a ello.

Trató sobre todo lo que tenían, luego de haber perdido cosas tan importantes.

Julio habló al final, luego de que cada uno de los integrantes del grupo pasara al frente del Paraninfo a recoger su diploma. Él pasó primero, y se quedó detrás del podio.

Parado a un lado del Decano, el anciano profesor era quien les entregaba los diplomas a todos.

El momento más llamativo fue cuando Tuco recibió el suyo. El profesor le negó el diploma con una sonrisa, y le dio un sobre cerrado. Tuco se quedó mirándolo, y recién entonces el profesor le extendió su diploma. Y le indicó que volviera a su lugar.

Luego, cuando la ceremonia hubo terminado y todos estaban en las escaleras del edificio hablando por última vez, Tuco lo abrió y vio lo que tenía dentro.

Era una caricatura, como las que él siempre hacía de los demás. Solo que esta la había hecho el profesor. Y lo tenía a él como protagonista.

–¡A la mierda que dibuja bien el viejo! ¡Para algo servía! –gritó ni bien la vio.

–Usted también, Demora. Usted también.

Tuco miró hacia el costado con cara de "yo no fui". El profesor estaba saliendo de la Universidad en ese instante. Le dio una palmada en la espalda, y entonces contempló a Mara, en su silla de ruedas. Ya pronto dejaría de usarla. Y en menos de seis meses, caminaría aún mejor que antes.

–Espero verla este año, García.

–¡Sí! –Marita sonrió.

No había podido recibirse con todos sus compañeros debido al accidente, pero ese mismo año lograría revalidar las materias que tenía pendientes.

–Había escuchado un rumor. Decían que usted ya se retiraba.

Todos miraron a Agustín, atónitos. ¿De dónde había sacado eso?

Primero, el profesor lo miró sorprendido. Y luego, le dijo con una expresión tan soberbia como la que él tenía en su rostro.

–No crea todo lo que escucha, Urrutia.

Agustín y el profesor sonrieron exactamente con la misma intensidad, y por el mismo lapso.

Descendió un par de escalones, y entonces los observó a todos, uno por uno.

–Pueden visitarme un día si quieren. Los recibiré gustoso en mi casa.

Lo vieron alejarse. Tenía casi setenta años, y no había un día que no hiciera el trayecto que separaba su casa de la Universidad a pie.

–Qué buen profesor este Roberto –comentó Marcelo, mientras su esposa le tomaba la mano con más fuerza que nunca.

Nadie agregó nada. La frase era tan cierta que no era susceptible de valoración alguna.

Julio y Catalina ya habían descendido las escaleras, y estaban algo aparte del resto. Julio fue quien la condujo ahí, como si necesitaran hablar a solas sobre algo de vital importancia. Y Catalina fue la que generó el espacio para hacerlo cuando inquirió:

–Entonces, ¿este año te mudás a ese apartamento que vistes por el Centro?

–No, a ese no –le explicó Julio–. A uno un poco más grande. Apenitas. Pero lo justo para que vos y yo estemos cómodos.

Catalina se quedó mirándolo.

Julio sacó un bombón del bolsillo, y se lo ofreció.

–¿Aceptás? –le preguntó, sonrojándose un poco. Pero su felicidad era evidente.

Catalina tomó el bombón, dio un salto, y se quedó abrazada a su cuello.

Tuco silbó, Agustín hizo un canto como de estadio, y todos los demás dieron vítores mientras se daban un beso tan completo como la unión del cielo con la tierra.

Cuando sus labios se separaron, ya todos habían bajado las escaleras, y comenzaban a despedirse.

Agustín quedó de pie ante Catalina.

–Cheto puto –observó ella–. Pero te banco –le dijo, abrazándolo con muchísimo afecto. Y se lo repitió, derramando alguna lágrima–: Te banco a morir, loco.

Agustín rió con fuerza, y la estrechó con cariño.

Un cariño descomunal.

Y le dio una palmada en la cabeza antes de soltarla. Ni bien lo hizo, retrocedió varios pasos rápidamente.

Catalina se había quedado con una expresión confusa en la cara.

–¡Me… me acabás de apoyar! –le gritó, enrojeciéndose.

Y entonces se llevó la mano al pelo, y se dio cuenta de que Agustín además le acababa de pegar un chicle.

–¡¡PENDEJO DEL ORTO!! –gritó, y empezó a correrlo por toda la cuadra.

Julio sonrió. La graduación no hubiera estado completa sin esto.

Luego miró alrededor. Y se encontró con Tuco y Marita frente a él.

–¿Y ahora? –les preguntó de forma un tanto capciosa.

–Voy a escuchar un disco –respondió Tuco, con una sonrisa de circunstancias.

–Vamos –lo corrigió Marita.

–Vamos –repuso él, empujando su silla de ruedas.

–¿¡Y después!? –gritó Julio, cuando ya se habían alejado unos cuantos metros. Él quería escuchar algo en particular.

Tuco tardó unos instantes en darse vuelta. Pero le respondió ni bien lo hizo. Y le dijo lo que quería oír:

–Voy a tomar a alguien de la mano, y dar la vuelta al mundo.

–Vamos –dijo Marita, sonriendo y extendiéndole la mano.

–Vamos –respondió Tuco, tomándola con firmeza, y sonriendo, ahora como si toda su vida hubiera sido el preludio de este momento.

Y así, muy lentamente, todos se fueron alejando. Nadie pudo evitar mirar hacia atrás varias veces, como tratando de obtener un último recuerdo que fuera tan pleno como lo que sintieron aquella mañana soleada.

Y el último en irse fue el tipo que se sentaba solo en el rincón. Se quedó a los pies de la escalera, mirando la fachada de la Universidad como quien encuentra la historia de su vida y la lee, tratando de entender todo lo narrado en ese tomo, y sin poder asimilar que esa historia que está leyendo trata sobre él, y sobre nadie más.

Ese tipo que se sentaba solo en el rincón era yo. Fue el lugar que ocupé esos cuatro años. Fue el lugar qué opté por ocupar. Nunca interactué con ellos. Y ahora lo siento, y lo voy a sentir toda mi vida, porque aun cuando sean las palabras más importantes del mundo, lo que debo decir nunca podrá brotar de mis labios. Julio. Catalina. Tuco. Marita. Agustín. Marcelo. Susana. Y las otras catorce personas que integraban aquel grupo no las van a escuchar. No existe un escenario en el cual pueda encontrarme cara a cara con ninguno de ellos, y decirles cómo me siento. Ya pasaron ocho años. Y me consta que ellos siguieron con sus vidas desde entonces.

Y yo no. Yo no pude continuar como si nada.

Porque yo sí recuerdo. Yo sí recuerdo exactamente todo lo que pasó aquel año.

Lo mucho que rieron. Lo mucho que lloraron. Las miradas que bailaron en cada tiempo de silencio. Lo alimentados de anhelo que estuvieron.

Seguro que eso lo recuerdan.

Pero yo recuerdo algo más.

A ella.

Yo la recuerdo a ella.

Nunca la olvidé. Y su imagen pareciera fortalecerse cada día, pareciera recalcar la distancia que separa los latidos de mi corazón de todas las reacciones posibles cuando me tengo que enfrentar a la palidez del mundo, y tengo que darle lo mejor de mí, y no puedo hacerlo. Y me siento como quien tuvo un sueño tan fuerte que la realidad luego parece un mosaico sin cristales, un mero esqueleto, la burla de una carcasa de algo que debería ser mayestático. Pero solo que no fue un sueño. Todo fue real.

Tenía un nombre y una piel de promesas. Pisadas que sonaban en todos los caminos que podías llegar a conocer, recordándote que cada uno es uno en un millón. Un aroma que te habitaba de forma paulatina, como un río que alcanza la costa y la enciende igual que un jardín se llena de gracia.

Y no sé que va a pasar ahora. Pienso en todas las mentiras que son la tristeza y pienso en todas las verdades que son la soledad, hasta que esas mentiras son ciertas, y esas verdades son aprehendidas por una legión de labios que no tienen tiempo para dejar las tumbas de su orgullo. Y no sé qué va a pasar ahora.

No sé. Todo lo que sé es que ella existió. Y ese recuerdo es precioso y a su vez es una maldición, una clase de esperanza que te duele en cada fibra del alma cuando se tiene, y que te deja esmirriado cuando la perdés, como si una luz cruda te quemara a fuego lento.

Pero esa verdad es lo único que me queda de aquellos años. Y eso hace que me aferre a ella. Porque si bien me recibí y retiré mi título aquel día en el Paraninfo junto a todos, nunca ejercí como Traductor Público. Nunca busqué trabajo en ninguna embajada, y nunca me presenté a ningún estudio de Traductores. No, al poco tiempo conseguí emplearme en una empresa de publicidad en la Ciudad Vieja, como redactor de contenidos. Y al año, decidí mudarme al apartamento que aún hoy ocupo.

Siempre viví cerca de la Universidad. Y cuando me fui de casa, no quise alejarme mucho. De hecho, me mudé a un edificio en la esquina de Guayabo y Arismendi, desde donde puedo ver el cuarto piso de la Facultad de Artes, donde todos los martes y jueves teníamos la clase de Práctica Profesional II. Ahora mismo estoy ahí, sentado en un rinconcito del balcón que da a la calle Guayabo. Casi todas las tardes estoy acá, viendo al sol tenderse sobre la ciudad.

Y siento que se me destiñen los ojos de tanto mirar cómo el fuego del cielo se convierte en cenizas, cenizas que me habitan y que se entremezclan con mi alma hasta formar una tierra tan yerma que ni una

fuente de lágrimas extensa como las riberas del tiempo podría dotar de vida.

Estoy solo.

Estuve solo, y sigo solo, sentado en un rincón. Y pienso en todos ustedes. Me pregunto qué rocío despierta sus mañanas, y el balcón de qué luna cuida sus noches.

Y me pregunto qué va a pasar ahora.

Y por qué el cielo es tan grande cuando el mundo es tan pequeño para contener tantos espacios vacíos.

# EPÍLOGO

## BABY, THAT'S NOT ALL

*Luego de obtener sus títulos, Catalina y Julio se mudaron juntos a un apartamento en las calles Arenal Grande y Paysandú. No era muy espacioso, pero era todo lo que necesitaban. Llegados a este punto, ya sabían que a menudo un poco es más que suficiente. Eran felices con lo que tenían, daban gracias por el simple hecho de poder despertar abrazados y mirarse tibiamente, con pupilas alumbradas por un mundo de promesas en flor.*

*A los dos meses de haberse mudado, Catalina terminó todos los preparativos para su viaje a California. Las manos le temblaban tanto cuando estaba haciendo sus maletas que Julio debió sujetarlas, y hacer que se sentara en la cama por unos instantes. "Vuelvo en un mes", le dijo. "En un mes", repitió él, sintiendo su sonrisa contra su corazón, y su alegría en las alas de este sueño que finalmente alcanzaba su momento decisivo.*

*Julio nunca había tenido conciencia de la situación.*

*La verdad era que Catalina nunca le había escrito a su padre. Nunca. Ni una sola vez.*

*Quería sorprenderlo.*

*Volvió tan solo una semana después. Julio la esperaba en el aeropuerto. Cuando lo vio, arrojó sus maletas a un lado, y corrió a abrazarlo. Se quedó llorando sobre su hombro hasta que de sus cuencas se desbordaba una vida entera de horrores imposibles.*

*Nunca más hablaron del tema.*

*Su hija nació dos años después. Ya habían decidido cómo iban a llamarla. Pero en el hospital, con la niña en brazos, ambos se miraron a los ojos, y dijeron al mismo tiempo: "Abril". Ninguno supo porqué. Sus labios se movieron como si tuvieran vida propia.*

*Al crecer, Abril resultó parecerse mucho a la mamá de Julio. Y a la de Catalina. De algún modo, tenía lo mejor de ambas. Su llegada le dio una serenidad total a sus días. Verla crecer y reír era la mejor recompensa para todas las tristezas que alguna vez nublaron sus vidas.*

*Fue un lunes de tarde. Julio y Catalina estaban en el supermercado, terminando de hacer las compras. Su hija estaba en casa, con Lucía. La semana pasada había cumplido siete años. Lucía ahora trabajaba como cocinera, había hecho un curso de gastronomía y se sentía verdaderamente realizada. Ya quería enseñarle todo lo que sabía a Abril. Y Virginia comenzaba el liceo. Decía que quería ser pintora de grande, estudiar en Bellas Artes.*

*A Rogelio la idea no lo entusiasmaba del todo, pero apoyaba a su princesa plenamente. Le dio una charla sobre la importancia de luchar por lo que uno cree, de aferrarse a ello con todas sus fuerzas, y de ser constante. Virginia le dijo que entendía. Le dio un abrazo, y le cantó al oído que iba a ser una artista muy muy famosa. Rogelio le dijo que todo era más sencillo, que solo tenía que preocuparse por ser feliz. Muy muy feliz. Como lo había sido él con Graciela. Como lo era Lucía con su novio que conocía desde hacía ya tres años.*

*Como lo eran Tuco y Marita. Como lo eran Julio y Catalina.*

*Aquel lunes en la cola del supermercado, estaban hablando sobre qué enviarle a Marita para su aniversario de casada cuando Catalina cayó de cara al piso. Julio se echó sobre ella, la abrazó, le habló, le pidió que volviera en sí, le suplicó que volviera en sí, le gritó que volviera en sí, y al ver que no reaccionaba aulló como si le hubieran desgarrado la parte más sensible del alma.*

*En el hospital, descubrieron que el cáncer ya estaba tan avanzado que lo único que podían hacer era aplicar alguna clase de tratamiento paliativo.*

*Agustín llegó al día siguiente de Argentina. Tuco y Marita volvieron lo más rápido que pudieron de Inglaterra. Los tres varones hablaron muy poco cuando se reunieron luego de tantos años, y en circunstancias tan desoladoras. Se fundieron en un abrazo tan lleno de vida que cualquiera hubiera pensado que el mañana podría volver a ser como el ayer, que toda la aridez que había surgido desaparecería por la sola fuerza de los recuerdos. Luego se sentaron, y cada uno le tomó una mano a Julio.*

*Tuco tenía una mirada mucho más recia, pero seguía siendo el mismo. Agustín ahora usaba el pelo largo, para tapar la cicatriz que le atravesaba la frente después del accidente del año anterior.*

*No hablaron mucho. Solo estuvieron ahí para él.*

*Julio sabía que ya no iba a ser feliz toda su vida con Catalina. Una enfermedad tan horrible que ni siquiera merecía tener un nombre se la iba a*

*robar en un par de meses. Y no había nada que se pudiera hacer. Solo un milagro podría cambiar eso.*

*Solo un milagro.*

–o0o–

*Algunas semanas después, Julio caminaba por el Centro. Llevaba varias bolsas consigo. Se estaba deshaciendo de muchas cosas. Las vendía a cualquier precio. Todo el dinero ayudaba. Catalina ya no se podía ni levantar de su cama. Y había muchas cosas que Julio simplemente ya no quería tener en su poder.*

*No pudo evitar chocar con la muchacha al doblar la esquina. Al hacerlo, los CDs que llevaba en una de las bolsas se le cayeron al piso. Se hincó de inmediato para recogerlos, mientras se disculpaba con una voz cansina.*

*Uno de los discos había rodado al salirse de su caja. Era "Salvando La Distancia", de Sordromo. La muchacha lo había recogido, y ahora lo miraba con detenimiento, inspeccionado que estuviera bien.*

*–Es el que tiene "Las Cosas Del Querer" –comentó, con un tono intermedio entre una pregunta y una aseveración. Su voz sonaba como la de alguien que podría decir soles por una eternidad. Y al escucharla, Julio notó que el corazón le latía de forma extraña. No rápido.*

*Tampoco lento.*

*De forma extraña.*

*Levantó los ojos para mirar su cara.*

*Tenía una sonrisa increíble.*

*Dedicado a mi madre, el ángel más real que conozco*
*Y a todos mis compañeros de Traductorado Público, Generación 2005*

## AGRADECIMIENTOS

Tuve, tengo y siempre voy a tener la mejor familia del mundo. Mis padres y mi hermano me enseñaron que cuando las cosas se rompen no hay que tirarlas, hay que arreglarlas. Y esa es la gran historia de este libro: cosas rotas, que logran estar íntegras una vez más.

Existe un grupo de personas que con su amistad definió mi vida. Son Luis Eduardo Machado, Nicolás Colombino, Rogelio Lucas, Diego Servín, Macarena Dopazzo, Agustín Ulivi, Nicole Rivas, Madelaine Casco, Emiliano Rodríguez, José Luis Plácido y Martín Kamil.

Atravesamos muchos vacíos juntos.

Y todavía nos debemos muchas felicidades.

Mi gratitud para todas las bandas y artistas que han pasado por las páginas de MusicKO, Cooltivarte, la Revista LAMayor y ElDiario.com.uy. Son muchos para nombrarlos uno por uno, y tengo miedo de omitir a alguien. Pero les agradezco a todos de igual modo por haber compartido aquello en lo que creían conmigo. Una y otra vez, me recordaron esa frase genial que dice: “la música no es el arte de combinar sonidos, es el arte de combinar amigos”.

No puedo dejar de mencionar a los artistas que participan en los diversos eventos de la presentación de “Ayer La Lluvia”.

Casablancas (Martín Rela, Juan Geronés, Nacho Lorenzelli y Sebastián Moroni). Formar parte de una banda así hubiera sido mi gran sueño. Pocas personas entienden que divertirse y trabajar son cosas que van de la mano, que solo aquellos que disfrutan lo que están haciendo logran conocer el éxito más genuino.

No sé si tienen conciencia de esto, no creo habérselos dicho nunca. Así que ahora es un buen momento para hacerlo:

Son mi banda uruguaya favorita.

La Medio Siglo (Paul Higgs, Thomas Bate, Pablo Deferrari y Manuel Souto). Fueron los artistas más jóvenes que reseñé en MusicKO, y los

responsables directos del ciclo de presentaciones que comienza el primero de junio en AGADU, y nos lleva el veinticuatro del mismo mes a la Sala Zitarrosa. La idea floreció luego de una conversación con Paul.

Ahora, estamos avanzando a la par. Y sé que el camino hacia adelante nos encontrará unidos.

Flanger (Nicolás Pastorini, Fernando Pastorino, Martín Neme y Luis Canobra). Otro grupo joven. Comparten el mismo credo de Pete Townshend, ven todo a través de dos filtros. Uno dice "rock", y el otro "roll". Lo que no pasa por ninguno de esos filtros, puede ser importante pero no vale la pena. Gente como ellos hace que el mundo sea un lugar un poco menos grave.

Nico Sánchez. Alguien que será un hermano de por vida.

Nadia Costa. Gracias por tu ternura infinita, por defender sueños, y por bajar estrellas del destino para que brillen en todos.

Josefina Martino. Gracias por enseñarme que cuando uno anhela ser feliz con todo su corazón, ya está siendo feliz.

También quiero agradecerle a la poeta Déborah Eguren por la sensibilidad que le brinda a cada texto que celebra su voz, y a Martín Barea Mattos, el artista más pleno que tuve la suerte de conocer. Su manera feérica de batallar la indiferencia es lo único que puede borrar la noche que por momentos nos mira tan fijamente en esta ciudad.

Palabras de admiración para Carmen Galusso, y todo el equipo de Rumbo Editorial. Es la tercera vez que cuento con ellos. Y siempre han conseguido que mi entusiasmo se mantenga tan latente como el primer día.

Saludos para los equipos de trabajo de Cooltivarte (Federico Meneses, Mauricio Conde y Agustín Fagetti Methol) y la Revista LAMayor de Maldonado (Emilio Pistone, Yanka Fernández, Darwing Cabana, Gabriel Arce, Marcelo Fernández, Gastón Rotta y Martín Pagano). Y también para el Zapa y el Pato, y toda la gente de la Radio El Aguantadero.

Un agradecimiento especial para Nelson “Cable” Silvera. Sin su conocimiento, no hubiera sido posible organizar el festival de música y literatura que terminó existiendo en torno a este libro. Y sin su amistad y sus consejos, ninguno de los involucrados lo hubiera podido disfrutar de un modo tan sano y espontáneo.

Finalmente, mi mejor sonrisa para Pablo Faragó y Verónica Ramos. Pablo y Verónica me enseñaron guitarra y piano respectivamente. Pero hicieron mucho más que eso. Al ayudarme a reflexionar el porqué de las composiciones que más me gustaban, me permitieron entender cómo las personas pueden maravillarse con lo más simple de las cosas.

Me costó asimilar ese conocimiento que había adquirido. Pero luego de haber publicado dos libros de poesía extremadamente enmarañados, me doy cuenta de que mi objetivo como escritor es ese: generar emociones complejas, empleando un lenguaje accesible. Es a lo que apunto hoy.

Y eso sí que vale la pena. Te permite crear algo que es instantáneamente de recibo en mucha gente, te deja subrayar el hecho de que vos y los lectores simplemente están compartiendo una experiencia que puede engrandecerlos y humanizarlos a ambos.

En un punto, ya no te fijás si las cosas son fáciles o difíciles. Solo sabés que son posibles. Y con eso alcanza.

Ya no te preocupa si ayer la lluvia era hermosamente triste o no. Solo sabés que la vida que se había quedado estancada en tus ojos finalmente podrá ser libre y perderse en la distancia, del mismo modo que el agua vuelve al mar.

Gracias.

Totales.

*Montevideo, jueves dos de mayo de 2013.*

## DISCOGRAFÍA:

Ryan Adams – “This House Is Not For Sale” y “Political Scientist” (del disco *Love Is Hell*) (Lost Highway) (2004)

The Corrs – “No Frontiers” (del disco *Unplugged*) (Atlantic) (1999)

Nirvana – “Smells Like Teen Spirit” (del disco *Nevermind*) (DGC) (1991)
Nirvana – “Rape Me” (del disco *In Utero*) (DGC) (1993)
Nirvana – “All Apologies” (del disco *MTV Unplugged In New York*) (DGC) (1994)

The Rolling Stones – “Sympathy For The Devil” (del disco *Beggars Banquet*) (Decca) (1968)
The Cardigans – “Lovefool” (del disco *First Band On The Moon*) (Stockholm) (1996)

Leonard Cohen – “Take This Waltz” (del disco *I'm Your Man*) (Columbia) (1988)

Josh Ritter – todas las canciones del disco *Hello Starling* (V2 Records) (2003), y “Lantern” (del disco *So Runs The World Away*) (Pytheas Recordings) (2010)

—o0o—

Sordromo – “Sr. Spock II”, “Lejos De Mí”, y “Ante La Duda” (del disco *Aquí… Ahora…*) (Koala) (2000)
Sordromo – “Las Cosas Del Querer” (del disco *Salvando la Distancia*) (Bizarro) (2002)

Lapso – “Volver Atrás” (del disco *Días Lúcidos*) (Bizarro) (2006)

The Bear Season – “Infinity” (del EP *Do It*) (Independiente) (2010)
*(Descarga gratuita: http://www.thebearseason.com)*

Valentina Pecora – “Parámetro Paraíso” (del disco *Simplerío*) (Perro Andaluz) (2011)

Buceo Invisible – "La Vida Pasa Lejos" (del disco *Disfraces Para El Frío*) (Bizarro) (2011)

Les Enfants – "Estrellas", "Desamparo" y "El Sueño Es Hoy" (del disco *Volver Al Futuro*) (Surbeats Records) (2012)

La Teja Pride – "Juega Sola" (del disco *Las Palabras y La Tormenta*) (Bizarro) (2012)

Van Velthoven – "Por Estar Contigo" (del disco *Rey*) (2012)

Nadia Costa – "Lejos De Ti" (de su primer disco solista, *Sueños*) (de próxima edición)

*Y los siguientes discos completos, en descarga directa:*

Josefina Martino – Tiempos Libres (Independiente) (2012)
(http://www.josefinamartino.com.uy)
¿Lobo Está? – ¿Sueñan Los Lobos Con Ovejas Lunares? (Independiente) (2012)
(http://www.vialacteaediciones.com)
Casablancas – Please Don't Be Like Me (Independiente) (2012)
(http://www.wearecasablancas.com)
Nico Sánchez – Temporales (Independiente) (2012)
(http://www.nicolassanchez.com.uy)
La Medio Siglo – Lista De Mi Ciudad (Módulo Records) (2013)
(http://www.lamediosiglo.com)

## ÍNDICE

Otras publicaciones de
**RUMBO EDITORIAL**

*Doce canciones amorosas*
*del juglar Xoan Zorro*
Washington Benavides

*Guillermo Chifflet*
*El combate de la pluma*
Jorge Chagas - Gustavo Trullen

*El exilio de Artigas*
Joselo González Olascuaga

*Teatro IV*
Franklin Rodríguez

*Camino al cementerio*
Iche Marx

*La otra escena*
Diana Nion

*El llanto del jazmín*
Raphael Ficher

*Todos fuimos alguna vez nosotros*
Julio Barrera

*Quebrando escarcha*
Wilson y Margarita Cuadro

*Catorce campanadas*
Delma Perdomo

*Por culpa de los girasoles*
Raquel Méndez

*Tres historias de amor*
Héctor Zas Thode

*Viento de Nadie*
Fabián Severo

*La Strato*
Eduardo Ruben Di Lorenzo

El amor tiene muchas facetas. La que logramos ver es el resultado del lugar que elegimos ocupar.

En el transcurso de *Ayer la lluvia*, de Emilio Pérez Miguel aparecen casi todas ellas.

El amor es entrega, y sacrificio.

Es piedad, y venganza.

Es un color que no se puede pintar, y todos los matices de la verdad juntos.

Es sueños encadenados, y tiempos libres.

Es gritar lo que queremos decir, y meditar lo que los demás callan.

Y es triste.

El amor es un poco triste.

Pero por sobre todas las cosas, el amor es real.

Y en un mundo de mentiras, entre tantas pérdidas y angustias, entre tantos olvidos y ausencias, es lo único que nos puede llegar a ofrecer la esperanza de una vida mejor.

*Déborah Eguren*




